Capitulo XXXIV.

Un leon que se convierte en tigre.

I.

Mis lectores recuerdan que al perderse las embarcaciones en que debian ir á España Bobadilla, Roldan y los rebeldes, conduciendo las grandes riquezas que el sucesor inícuo de Colon habia atesorado en Santo Domingo, algunos de los indios que se llevaban á España pudieron librarse de la muerte, llegando á nado hasta el paraje que habia buscado para abrigo de su buque el ilustre Colon.

II.

Entre los indios habia una jóven hermosa, que llamó la atencion del almirante, porque pronunció algunas palabras en castellano, y sobre todo las oraciones

con que se rinde culto al Supremo Hacedor, á Jesucristo y á su Santa Madre.

Aquella jóven, de quien hasta ahora no hemos hablado, era Lianata.

III.

Al llegar á la costa de Veragoa intentó lanzarse al mar; lo cual, avisado á Colon por algunos marineros, fué causa de que la encadenasen al palo mayor en el sollado del buque.

Esto le afligió tanto, que cayó enferma, y aunque á bordo se la prodigaron los mayores cuidados, la honda pena que llenaba su alma la puso en un estado lamentable.

Ni hablaba ni lloraba.

Parecia que su inteligencia habia desaparecido, y que se habia vuelto idiota.

Abandonémosla para ver las disposiciones que tomó Colon al llegar á Veragoa.

IV.

Por de pronto, envió dos botes á la orilla con el intérprete indio, y los naturales del país, aleccionados por Quibiam, los recibieron con las mayores muestras de simpatías.

Los marineros tornaron, asegurando al almirante que los indios les habian dicho que habia mucho oro

en el país; pero que las minas se hallaban en el interior.

Dos dias despues, el adelantado se dirigió á la costa, y con bastantes soldados, todos perfectamente armados, por medio de uno de los indios avisó á Quibiam que deseaba verle.

V.

Quibiam salió al encuentro de Bartolomé Colon, rodeado de todos sus caciques, cubriendo con la máscara de la amistad el rencor profundo que sentia hácia aquellos hombres.

Saludando cortésmente á Bartolomé, le ofreció los adornos de oro que llevaba, y recibió con aparente alegría varios diges que le dió el adelantado.

Bartolomé invitó á Quibiam á pasar á visitar los buques, anunciándole que el almirante tendria mucho gusto en verle.

Quibiam, deseoso de medir las fuerzas de sus enemigos, accedió á aquella súplica, y ofreció al dia siguiente visitar las embarcaciones.

Así lo hizo, y en aquella entrevista engañó por completo á los españoles.

Les aseguró que podian recorrer en todas direcciones sus dominios, aprovechar el oro que encontraran, pedir á todos provisiones, vivir como en sus propias casas, contando siempre con la seguridad de su afecto.

VI.

Estas palabras, traducidas por el intérprete, produjeron en ellos una satisfaccion inmensa.

Encontrar un tesoro y apoderarse de él sin necesidad de luchar, era una fortuna que ni aun en sueños se habian prometido.

Como al mismo tiempo el rio donde habian entrado, y en donde estaban anclados los buques, era un paraje muy abrigado, resolvieron permanecer allí mucho tiempo, y resuelto Bartolomé Colon á explorar el país, salió con sesenta y ocho hombres bien armados á recorrerle y examinar sus minas.

VII.

Quibiam supo su resolucion, y como el adelantado se dirigia á la morada del gran cacique, este salió al encuentro con muchos de sus vasallos; pero sin armas, para inspirar confianza á los españoles.

Apenas se encontraron, uno de los indios sacó del rio una gran piedra y la ofreció á Quibiam, el cual se sentó en ella, y mandó sacar otra para el adelantado.

Era una gran muestra de cortesía.

VIII.

Quibiam no hacia más que mirar á aquel hombre corpulento, y cuanto más le examinaba, más formida-

ble le parecia y más acariciaba la idea de emplear la astucia con aquellos hombres, para quienes la fuerza seria inútil.

IX.

El adelantado le pidió de nuevo permiso para recorrer sus dominios, y Quibiam accedió á sus deseos, dándole tres guias para que le condujeran á las minas.

Dejó el adelantado ocho hombres para que guardasen los botes, y salió á pié con los demás, precedido de los guias.

Quibiam los miró partir con sonrisa de triunfo.

X.

—Van á su perdicion,—dijo á Irayba.

Los españoles durmieron la primera noche en la orilla de un rio que surcaba una inmensa vega, y al dia siguiente llegaron á unos bosques muy espesos, en donde les dijeron los guias que se hallaban las minas.

La tierra estaba llena de oro.

Hasta en las ramas de los árboles hallaban aquel precioso metal, y sin gran trabajo pudieron los soldados de Bartolomé recoger cada cual una crecida cantidad de oro.

XI.

Desde allí condujeron los guias á los extranjeros á

la cima de una elevada montaña, y mostrándoles una vasta extension de tierra, les aseguraron que en toda ella abundaba el precioso metal.

Los guias los habian engañado.

Por órden de Quibiam los habian conducido al territorio de un cacique vecino suyo, con quien estaban siempre en guerra, pensando que su enemigo lucharia con los extranjeros y le ayudaria á exterminarlos.

Mientras tanto, pensaba el rey de Veragoa tender otra emboscada á los que habian quedado en las embarcaciones, para acabar con todos.

No salió, sin embargo, su plan á medida de su deseo: el cacique de quien esperaba concurso buscó la alianza de los españoles contra él, les indicó dónde estaban las minas que producian más oro, y les señaló el camino por donde podrian llegar en breve tiempo al sitio en que habian dejado los botes.

XII.

El adelantado logró de esta manera evitar el peligro, y al reunirse con sus hermanos resolvió pedir una satisfaccion á Quibiam.

Este, para no dar á conocer su juego, no tuvo más remedio que castigar delante de los españoles á los tres guias, asegurándoles que habian sido malvados y torpes.

Satisficiéronse los españoles con esta prueba de lealtad, y el adelantado prosiguió explorando el país por la costa con cincuenta y nueve hombres, llevando

además catorce en un bote que seguia por el mar su mismo camino.

XIII.

Todos los caciques inferiores le recibian con las mayores muestras de amistad.

A los pocos dias volvió con grandes cantidades de oro y las mejores noticias de la riqueza y feracidad del terreno.

En vista de esto, resolvió el almirante establecer una colonia en Veragoa y apoderarse del país.

La tormenta comprimida iba á estallar en breve.

Capítulo XXXV.

La colonia de Veragoa.

I.

Reanimado el espíritu de Colon al ver que al fin habia logrado realizar los deseos de toda su vida, encontrando un país fértil y rico que conquistar para los reyes de España; confiando por esto en que al regresar á su patria adoptiva una nueva ovacion le indemnizaria de los hondos pesares que habia sufrido, se entregó confiado á la esperanza, y hasta sus males se aliviaron.

II.

—No hay duda,—exclamaba en sus momentos de expansion, dirigiéndose á su hermano, á su hijo y al valiente Diego Mendez, su más leal servidor,—la Pro-

videncia nos ha protegido, y hemos llegado al país más espléndido del continente asiático.

—No puedo ménos de recordar,—añadia, volviendo á acariciar sus antiguas ilusiones,—lo que dice el historiador Josefo al describir el templo de Salomon.

El oro empleado en él habia sido arrancado de las minas del aureo Quersoneso, y todo me hace creer que las minas que hay en este país son las que cita el escritor judío. Están á la misma distancia del polo y de la línea equinoccial, y no hay un sitio más á propósito que este para establecer una colonia, que será con el tiempo un gran mercado, abundante siempre, puesto que en breve tiempo hemos visto reunido aquí más oro que el que tanto trabajo nos ha costado adquirir en la Española durante muchos años.

III.

Tanto por estas circunstancias, como por la usurpacion de derechos que habia sufrido en la Española, y por la que los aventureros españoles le habian hecho explotando el Golfo de Paria, resolvió conquistar á toda costa la provincia de Veragoa ó Veragua, y consolidar en este triunfo su reputacion.

IV.

—Lo que procede,—dijo el adelantado,—es que mientras yo con un puñado de hombres domino el territorio de las minas, y construimos la colonia, vuel-

vas tú á España para dar cuenta á los reyes de este descubrimiento, y conseguir nuevos refuerzos de hombres para sacar partido de tanta fortuna.

Esta idea halagó á Colon, porque en efecto deseaba cuanto antes recuperar su menoscabado prestigio.

Pero no quiso partir sin que todos contribuyeran á la construccion de la colonia, á la dominacion del país.

V.

Con este deseo, desplegó la mayor actividad para dar órdenes, y designó á ochenta hombres, divididos en cuadrillas de diez cada una, para que empezaran á construir casas en una altura próxima al rio de Belen.

Los españoles, seducidos por los tesoros que encerraba aquella provincia, y halagados por la idea de que no tardarian en volver á España la mayor parte, á recibir el premio de sus afanes, se consagraron con entusiasmo á aquella tarea, y empezaron á fabricar las casas de madera, cubriéndolas con hojas de palma, que crecian con abundancia en la costa.

VI.

Construyeron una de grandes proporciones para que sirviera de almacen, y aun cuando las provisiones

que habian llevado de España estaban á punto de acabarse, no sufrian privaciones, porque aquellas fértiles tierras producian platanos, cocos, maiz, y además podian coger abundantes pescados.

Una circunstancia permitió á los españoles llevar á cabo el establecimiento de la colonia, sin que Quibiam ni sus guerreros se lo estorbasen.

VII.

Los indios de la costa, no solamente no eran hostiles, sino que les ayudaban, porque las instrucciones que habian recibido eran las de tratarlos aparentemente con la mayor afabilidad.

No hubiera, sin embargo, consentido Quibiam á los españoles que se apoderasen de su territorio, ni levantasen edificios para guarecerse y defenderse en caso necesario, si un inmenso dolor no le hubiera hecho olvidar por algun tiempo los peligros que le amenazaban y el ódio que abrigaba en su pecho.

Explicaré en breves líneas lo que habia sucedido.

VIII.

Unima fué por órden de Quibiam á visitar las embarcaciones de los extranjeros, con el objeto de averiguar los elementos con que contaban para combatir, la calidad é importancia de sus armas, y todos cuan-

tos datos podian servirle para tender mejor el lazo á sus enemigos.

Al hallarse á bordo de la carabela capitana fijó sus ojos en una pobre india que permanecia sentada sobre cubierta, mirando á todas partes sin fijarse, y como víctima de un alucinamiento.

IX.

Al verla se estremeció.

Creyó reconocer en sus facciones las de Lianata.

No se equivocaba.

Pero temeroso de que se alarmaran los extranjeros si notaban en él algun interés en favor de aquella jóven, se serenó, y por medio del intérprete preguntó al almirante quién era aquella india.

El intérprete satisfizo su curiosidad.

Despues de oir la revelacion que aquel le hizo, no tuvo la menor duda.

Aquella era Lianata.

Una idea cruzó por su imaginacion.

X.

—Cacique de los extranjeros,—dijo á Colon, por medio del intérprete,—ya has visto con qué cordialidad te ha recibido nuestro rey. Ha permitido á tus vasallos recorrer todo su territorio, apoderarse del oro

que nace en las entrañas de sus minas. Nada te ha negado, nada te negará; pero Quibiam sufre una inmensa pena, y tú tienes en tu poder el medio de alejarla para siempre de sú alma.

—Mucho me agradaria,—contestó Colon,—que fuera cierto lo que decís, porque mi mayor satisfaccion seria demostrarle mi gratitud.

—Pues bien, escucha,—dijo Unima.

Nuestro rey Quibiam amaba á una mujer con toda su alma. Desde las hermosas llanuras de Ornofay la habia traido á su reino para consagrarla todo su amor.

Una mirada suya bastaba para devolver la alegría á su espíritu, para dar poder á su brazo contra todos sus enemigos, para dulcificar su ira é inspirarle clemencia.

Compartia con Irayba, la madre de los hijos de Quibiam, todo el amor del rey.

Pero un dia abandonó las playas de Veragoa.

Fué á recibir el último adios de su moribundo padre, y en medio de los mares asaltó á su canoa la tempestad.

Los vientos la arrojaron á costas desconocidas.

En ellas encontró á vuestros hermanos, los cuales,—añadió con amargura Unima,—apiadándose de su desgracia, abrieron su corazon á la fé, y haciéndola abjurar de su religion, la inspiraron respeto y veneracion á la vuestra.

Quibiam la llora por muerta, pero vive.

Vos podeis devolvérsela.

—¿Está en Haiti, sin duda?

—No, viene con vos... Héla allí,—añadió, señalando á Lianata.

XI.

La jóven india habia tomado el nombre de María. Este nombre era el que le daban los españoles.

—¿María,—exclamó Colon,—la esposa de Quibiam?...

—Su esposa predilecta.

—Ahora comprendo su inmensa alegría al descubrir las costas de Veragoa. ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido antes que mis soldados, hubiera ella misma llegado á la presencia de Quibiam para ofrecerle nuestra amistad.

—No es tarde.

—Cierto.

—Si quieres conceder un gran favor, confíala á mi cuidado; yo la llevaré á los brazos de su esposo, y su gratitud será tan grande, que con todo su reino no podria pagarte el beneficio que le dispensas.

XII.

Colon dió inmediatamente órdenes para que Lianata fuera puesta en libertad, y consintió á Unima que se acercase á ella.

—Lianata,—dijo el cacique,—¿no me reconoceis?

La jóven fijó en él su mirada.

—No, no sé quién eres; y sin embargo, yo he oido tu voz antes de ahora.

—Vengo á buscarte para llevarte al lado de tu esposo.

—¿Mi esposo?... Mi esposo ha muerto.

—No, vive; yo te aseguro que vive. Ven conmigo y no tardarás en estrecharle contra tu corazon.

—Estoy prisionera.

—Te han concedido la libertad.

—No, no; yo debo la vida á los que me han traido aquí. Encadenada iba á partir lejos, muy lejos de mi patria, acaso para siempre. Pero estalló la tempestad, los barcos se sumergieron, los hombres que los tripulaban cayeron en el mar lanzando gritos terribles de desesperacion.

Yo pude sostenerme sobre las olas.

El viento me empujaba; llegué á las embarcaciones, allí me recogieron y tuvieron piedad de mí. Soy su prisionera, y no puedo abandonarlos.

—Lianata,—dijo Unima,—vuelve en tí: ellos desean verte feliz, devolverte la razon, que has perdido, y para que seas dichosa vengo á buscarte.

—Mira,—dijo la india,—yo creo en Dios trino y uno; yo creo en la Vírgen, Madre de los afligidos: ella no se separa de mí, ella consuela mis penas.

Yo creo en los ángeles, espíritus puros que interceden con Dios por nosotros.

Pues bien: un ángel, el ángel de mi guarda, me ha dicho muchas veces:

«No abandones á los españoles: mientras estés con ellos conservarás la fé, y la fé es tu salvacion. En cuanto te alejes de su lado, los tuyos te obligarán de nuevo á adorar á los falsos ídolos, y en el momento en que la fé te abandone exhalarás el último suspiro.»

—No,—añadió, estremeciéndose,—no intentes separarme de mis hermanos; al tercer dia exhalaria el último aliento.

XIII.

Unima pidió á Colon que mandase á la india obedecerle.

El almirante se acercó á Lianata, y ofreciéndola una cruz:

—Toma,—le dijo;—mientras lleves contigo esta reliquia no te abandonará la fé.

La india besó la cruz.

—Ven, ven ahora conmigo,—dijo Unima;—Quibiam te espera.

—Quibiam... ¡Ah! Sí... ya recuerdo... Quibiam, mi querido esposo... Corramos, corramos á su lado; quiero que participe de mi fé, que goce las delicias que á mí me sonrien.

Y besando la cruz, siguió á Unima á la canoa que habia conducido al cacique de Guaniguanito, partiendo á la playa.

XIV.

Lianata estaba desfallecida.

Le faltaban fuerzas para andar el camino que les separaba de la morada de Quibiam.

Unima se cogió de su brazo, y no tardó en llegar con él á la solitaria caverna en donde vivia Quibiam sufriendo su desgracia, y acariciando la venganza que proyectaba tomar de los españoles.

Capítulo XXXVI.

Ultimos momentos de Lianata.

I.

Al ver en su presencia á Lianata, todos los sentimientos, todas las ideas que abrigaba Quibiam, desaparecieron.

Se olvidó del horrible martirio que habia sufrido, se olvidó de que los españoles estaban en sus territorios, y durante algun tiempo fué tanta su emocion, que ni aun pudo preguntar á Unima cómo habia llegado á su poder Lianata.

La jóven fijó en él su mirada con un vivo deseo de reconocerle, y sin embargo, como si tuviera un velo en sus ojos, pasó el índice de sus manos sobre ellos para alejar la sombra que le impedia ver á Quibiam como le habia visto en otro tiempo.

II.

—Lianata, esposa mia,—exclamó el rey, estrechando en sus brazos á la jóven.

—¿Quién eres?—preguntó Lianata, separándose de Quibiam.

—¿No me reconoces?

—Sí... sí; pero no acierto á saber quién eres.

Quibiam fijó en ella sus ojos, y al ver la vaguedad de su mirada se estremeció.

—¿Qué es esto, Unima?—preguntó al cacique.

—Esto es una desgracia; pero no tan grande como la que llorábamos.

—Explícate.

Unima refirió á Quibiam todo lo que habia pasado á Lianata, desde el momento en que la habia dejado en un buque próximo á partir á España para ir á comunicarle la adjuracion de la jóven india.

—Los extranjeros la han hechizado,—dijo Quibiam;—pero no importa. Yo buscaré los medios de devolverle la razon.

Y como poseia el secreto de curar las enfermedades por medio de yerbas y de conjurar el peligro por completo, despertó, como él decia, el alma dormida de la jóven.

III.

Todos cuantos esfuerzos hizo fueron inútiles.

Lianata le manifestaba un entrañable afecto.

Pero no queria apartarse de la cruz bendita, y cuando Quibiam la veia próxima á recobrar su razon, el éxtasis que experimentaba contemplando el símbolo de la Redencion le hacia caer de nuevo en el delirio que le producia su enfermedad.

IV.

—Los extranjeros han desembarcado en las playas, y han empezado á construir casas cerca del rio de Belen,—dijeron á Quibiam.

—No importa,—contestaba;—yo vivo sólo para Lianata; cuando la salve castigaré á mis enemigos.

Y la llevaba de tribu en tribu para que en todas ellas distrajesen su alma con festejos, y cada dia empleaba un nuevo medio para endulzar sus males.

V.

Un anciano indio le aseguró que en la isla de Cariari habia un butio muy sábio que curaba las enfermedades de los caciques.

Quibiam envió un emisario al butio para que fuese á Veragoa.

Era un anciano que no podia moverse, y aseguró que no ejercia su poder más que dentro de la isla.

Quibiam partió para Cariari con Lianata y los caciques principales.

El butio interrogó á la jóven.

Despues de un minucioso exámen:

—Déjame á solas con Quibiam,—exclamó.

Al hallarse sin testigos, le dijo:

—El único medio que tienes de salvarla la vida, es arrebatar de sus manos ese objeto que tanta veneracion le inspira.

VI.

El butio aludia á la cruz.

Quibiam, resuelto á obedecer las órdenes del butio, volvió con su comitiva á Veragoa, y allí empleó todos los medios suaves y cariñosos para separar la cruz de Lianata.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

VII.

—En cuanto me separe de esta cruz,—dijo la jóven,—moriré al tercer dia.

Lianata no la abandonaba ni aun cuando el sueño cerraba sus ojos.

Hasta entonces habia respetado Quibiam su voluntad.

Pero en vista del peligro que corria, resolvió aprovecharse del sueño de la jóven para arrebatarle la cruz.

Así lo hizo, en efecto.

VIII.

Al ver que habia desaparecido de sus manos aquel signo santo, la desesperacion se apoderó de Lianata.

El dolor hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Las lágrimas desahogaron su oprimido pecho, y lanzando un grito, porque acababa de reconocer á Quibiam, colmó de alegría al monarca.

IX.

—Quibiam, esposo mio,—dijo Lianata.

—El butio no me engañó,—pensó Quibiam.

Ebrio de gozo, dispuso que se solemnizara con grandes festejos lo que él llamaba la resurreccion de Lianata.

Convocó á los caciques de todas las tribus de su territorio, hizo que se quemara resina de caoba en los altares de los tzimes, mandó á los butios que celebrasen ceremonias en accion de gracias, y las vírgenes, pulsando la maricuba, entonaron al rededor de su palacio los arcitos de la alegría.

X.

Lianata se habia animado.

Sus facciones habian tomado la expresion, la vida que en otro tiempo habian servido para fascinar á Quibiam.

Hasta se habia olvidado de la religion de los españoles, y como los demás indios, veneraba los tzimes.

Pasó el primer dia en medio de un júbilo general.

Pasó el segundo, y la felicidad continuó sonriendo á los habitantes de Veragoa.

Pasó el tercero, y en medio de la fiesta lanzó de pronto Quibiam un grito desgarrador.

El rey de Veragoa sostuvo á la jóven en sus brazos.

XI.

—Adios, adios para siempre,—balbuceó la jóven.

Quibiam se estremeció al ver que sus manos estaban heladas.

—El ángel de mi guarda,—añadió la jóven con voz que apenas se percibia,—ha venido á buscarme. El me devuelve la cruz que arrebatásteis de mis manos, y me conduce á implorar el perdon del Dios justo para que me conceda la gloria eterna. Respeta á los cristianos y ámalos como yo los amo, y en la otra vida te devolveré la vida que ahora te arrebato.

Los ojos de Lianata se cerraron.

XII.

—¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!—exclamó Quibiam.

En aquel momento llegó un cacique.

—Rey y señor,—le dijo,—los blancos han querido esclavizar á algunos de tus vasallos, y al oponerles

resistencia, han disparado el rayo contra ellos. La sangre de los indios de Veragoa se ha derramado.

—Yo los vengaré... Yo te vengaré, Lianata mia; lo juro sobre tu cabeza,—dijo Quibiam.

Y entregando á las vírgenes el cadáver de la pobre india:

XIII.

—Llamad en torno mio á los caciques de las tribus doráceas y gumíes, á todos mis vasallos que moran desde el Tebra hasta el Urira. Los blancos perecerán bajo los golpes de nuestras envenenadas flechas.

El tigre volvió á convertirse en leon; pero no tardó en comprender que su fuerza era inútil, y como le devoraba la sed de venganza, volvió á empuñar las armas de la astucia.

Capítulo XXXVII.

Astucia de los indios.

I.

Los españoles habian visto con suma satisfaccion terminadas las casas que debian servir para habitacion de los colonos de Veragoa.

Ningun obstáculo habia turbado sus tareas, y al ver que Quibiam no oponia resistencia alguna á su dominacion, se entregaron á las más halagüeñas ilusiones.

Las embarcaciones permanecian en el rio, y un inesperado suceso vino á turbar la satisfaccion de los españoles.

II.

El agua del rio habia ido disminuyendo hasta el

punto de no ofrecer más que media braza de calado.

Fué preciso, por lo tanto, renunciar al propósito de partir á noticiar á España el gran descubrimiento que habian verificado.

Esto disgustó en extremo á Colon, que ansiaba por momentos ganar el terreno que habia perdido, dando cuenta á los reyes de los inmensos tesoros que habia conquistado para ellos.

Envió una expedicion á explorar una parte de la costa que hasta entonces no habian visitado, y en este viaje fué en el que se vieron obligados los españoles á hacer uso de las armas contra los indios.

III.

La noticia de este encuentro, fatal para los últimos, llegó á Quibiam en los momentos en que espiraba Lianata.

Sediento de venganza y ardiendo en ira, envió mensajeros á todos los caciques de su reino, mandándoles que se presentaran con todos los hombres disponibles, perfectamente armados, en su palacio, cerca del rio Tebra.

No tardaron en obedecer sus órdenes, y para que los españoles no abrigasen recelo alguno y se pusiesen en guardia, les mandó á decir que todos aquellos preparativos de guerra los hacia con el objeto de castigar á una tribu vecina que se habia rebelado contra él.

IV.

Los españoles vieron desde los buques y desde la colonia pasar gran número de guerreros indios, todos en direccion de la morada de Quibiam.

Pero como sabian el pretendido objeto de aquella reunion, ni Colon ni su hermano se alarmaron.

No sucedió lo mismo á Diego Mendez, el cual, á un tiempo astuto, curioso y arrojado, creyó descubrir en aquel movimiento militar de los indios hostilidad contra los españoles.

V.

—¿Qué creeis que debemos hacer?—dijo á Colon.

—Permanecer neutrales; nos han dispensado un gran recibimiento, nos han dejado establecer en la colonia, recoger todo el oro que hemos querido. A lo sumo, lo que debemos de hacer, como una muestra de gratitud, es ayudarles contra sus enemigos.

—¿Y si esos enemigos fueran imaginarios?

—¡Que siempre habeis de ser receloso!

—Perdonad, almirante; pero yo no me fio de esa gente.

—¿Creeis que son hostiles?

—No lo creo; estoy seguro de ello.

—Y sin embargo, no teneis ninguna prueba en que apoyar vuestro aserto.

—Tengo varias.

—Indicadlas.

—Mientras que hemos fundado la colonia nadie nos ha dicho una palabra. ¿Pero no habeis reparado que de cuando en cuando se acercaban algunos indios á observar lo que hacíamos?

—Por mera curiosidad.

—O por mandato de su rey.

—Quibiam es poderoso; cuenta con un crecido número de tropas; es valiente y arrojado, y lo suficiente sagaz para comprender que contaba con más probabilidades de vencernos antes de construir la colonia que ahora. Antes no teníamos más abrigo que los buques. Ahora podemos hacernos fuertes en las casas que hemos fabricado: por mi parte, no abrigo temor alguno.

—Pues dejadme que os hable con franqueza. Yo tengo para mí, que gran conocedor de las mareas, sabia que en cierta época habia de secarse el rio, como ha pasado, y ha estado aguardando á que esto sucediera. Hoy no podemos huir. En alta mar le hubiera sido difícil perseguirnos y alcanzarnos; ahora estamos en su poder, y si se entablase una lid, tendríamos que luchar hasta perecer todos.

—Vaya, vaya, tranquilizaos, Mendez; yo sé que todo ese apresto militar nada tiene que ver con nosotros.

—Ningun trabajo cuesta averiguarlo.

—¿Qué intentais?

—Si me lo permitís, quisiera ir en un bote hasta la parte de la costa próxima al palacio de Quibiam. Allí

están reunidas las tropas, allí han formado su campamento, y yo puedo observarlas.

—Si sus intenciones fueran hostiles, ese deseo podria seros peligroso.

—Nada importa; de esta manera les obligaremos á calmar nuestras dudas. Lo que ha de ser, que sea pronto: si son nuestros enemigos, al verme solo intentarán un ataque, y en ese caso yo me defenderé como pueda, y mis hermanos podrán ponerse á la defensiva.

—Id enhorabuena.

Mendez eligió unos cuantos soldados de los más aguerridos, bajó con ellos á uno de los botes, y aun no habian andado una legua por la costa, cuando descubrió un crecido número de indios, armados todos con agudas flechas.

VI.

—Voy acercarme á ellos,—dijo Mendez.

—No hagais tal,—objetaron sus compañeros.

—Estoy resuelto; permaneced vosotros cerca de la orilla, y á la menor señal saltad en tierra para auxiliarme.

Con la audacia que le era peculiar, saltó en tierra y se acercó á los indios.

VII.

Estos le veian llegar con asombro.

Habia allí reunidos más de mil indios, y preparados al parecer para una larga expedicion.

El jefe de ellos salió al encuentro de Diego Mendez.

Le preguntó cuál era el objeto de su visita, y el audaz español le manifestó, que estando muy agradecido Colon á los favores que habia recibido de Quibiam y de todos los indios de Veragoa, y habiendo sabido que iban á partir en breve á luchar contra sus enemigos, queria ofrecerle todo su apoyo, á cuyo fin le enviaba con algunos hombres armados, que no esperaban más que sus órdenes para acompañarle al combate.

VIII.

Temiendo una emboscada el cacique, manifestó profunda gratitud á los ofrecimientos de Diego Mendez, y le dijo que no podia aceptarlos.

A las instancias del valeroso caudillo español contestó con nuevas negativas, y Mendez se alejó.

Durante toda la noche permaneció en la orilla, observándolos á favor de la oscuridad.

IX.

Viendo los indios que no se alejaban y que espiaban sus movimientos, se retiraron en direccion al palacio de Quibiam.

No se habia equivocado Mendez.

Todos los síntomas indicaban que el verdadero objeto de los indios era sorprender á los españoles y hacerles pagar caras las libertades que se habian tomado, usurpando sus dominios y apoderándose de sus riquezas.

Corrió Mendez á comunicar al almirante sus descubrimientos; pero Colon atribuyó sus creencias á preocupaciones, porque no podia imaginar tanta perfidia en aquellos hombres.

X.

—No sé lo que haria para convenceros,—dijo Mendez.

—¿Pero tanta es vuestra seguridad?

—Pondria mi cabeza á que meditan contra nosotros un alevoso ataque. De cualquier modo, conviene que no nos cojan desprevenidos.

—Para tranquilizaros y tranquilizarme, voy á llamar á mi presencia á Quibiam.

—Si me lo permitis, yo os propondré otro medio.

—Hablad.

—Yo iré hasta su palacio.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Pero con algunos soldados?

—No, solo; á lo sumo llevaré un compañero.

—¿Cuál es vuestro objeto?

—Penetrar amistosamente en la morada de Quibiam, observarle, ser allí un activo espía, y comuni-

caros cuanto vea y sospeche para evitar las funestas consecuencias de una emboscada.

—Jugais la vida en esa empresa.

—Sé que la juego; pero no importa, así libro de la muerte á mis hermanos.

—¿Estais resuelto á partir?

—Resueltísimo.

—¿Y quién ha de acompañaros?

—Mi buen amigo Rodrigo de Escobar.

XI.

Acordado así, Mendez y Escobar desembarcaron en la costa, y por la orilla, dejando á un lado los espesos bosques que en el primer viaje de exploracion habian molestado tanto á los españoles, llegaron á la entrada del camino espacioso que conducia á la morada de Quibiam.

Capitulo XXXVIII.

Diego Mendez.

I.

Allí empezaba también el rio que hoy se conoce con el nombre de Veragua.

En él habia dos canoas llenas de indios, cuya mision parecia no ser otra que la de observar á los españoles.

La llegada de Mendez los desconcertó.

Se acercó á ellos y les habló por señas.

Aunque trataron de demostrarles que su único objeto era pescar, no tardó en confirmarse en su sospecha.

Una de las canoas se acercó á la orilla; los indios que la tripulaban saltaron en tierra, y Mendez observó que iban llegando una multitud de indios, los cuales, á juzgar por su actitud y su número, se dirigian

al puerto que habian colonizado los españoles, sin duda con el ánimo de sorprenderlos y anonadarlos.

II.

Tal era, en efecto, su objeto.

Quibiam les habia mandado rodear las casas de la colonia, lo mismo que los buques anclados en el rio.

Desconcertado al ver que Mendez se acercaba á ellos, aplazaron la ejecucion de sus planes y le trataron con bondad para disipar sus sospechas.

III.

—¿Qué vienes á buscar aquí?—le preguntó el cacique que mandaba las tropas.

Vengo á ver á Quibiam en nombre de mi jefe.

—Gran atrevimiento es el tuyo.

—¿Por qué?

—Porque Quibiam os ha dejado vivir en paz, con la sola condicion de que no entreis en su ciudad. Además, hace poco ha experimentado una gran desgracia, y podrá ser muy bien que pagueis vosotros su mal humor.

—No abrigo recelo alguno; llévame á su presencia.

IV.

El cacique mandó que los llevasen en una canoa

por el rio hasta la desembocadura próxima al palacio de Quibiam.

La ciudad en que habitaba el rey de Veragoa estaba formada por muchas casas; pero á bastante distancia unas de otras, y separadas por espesos bosques.

La morada de Quibiam estaba situada sobre una colina.

Todos los alrededores de la ciudad estaban llenos de indios, y se notaban en todas partes preparativos de guerra.

V.

La inesperada llegada de los dos españoles puso en gran inquietud á los indios.

Unima, que era el jefe de todas las fuerzas, apenas tuvo noticia de aquella intempestiva visita, envió un destacamento al encuentro de Escobar y de Mendez para impedirles que pasaran.

VI.

—En cuanto sepa vuestro jefe el objeto de nuestra venida,—dijo Mendez,—nos dejará pasar.

Al ver su insistencia, se presentó á ellos el mismo Unima.

—¿Quién sois?—preguntó.

—Yo,—dijo Mendez,—soy cirujano. Mi señor ha sabido que vuestro rey sufre las consecuencias de una

herida mal curada, y deseando su alivio, me ha enviado con un asistente á ponerle bueno. En prueba de que vengo de paz, que mi único deseo es seros útil, tomad estos regalos que para vuestro jefe os manda el mio.

VII.

Unima se apresuró á anunciar á Quibiam lo que pasaba, y no bien avanzaron algunos pasos, tuvieron que retroceder ante un espectáculo horroroso que se presentó á su vista.

Quibiam, en el colmo de la desesperacion por la pérdida de Lianata, habia enviado á sus soldados á las tribus vecinas que le eran hostiles, y habia logrado que le llevasen trescientos prisioneros.

Los trescientos habian sido degollados por órden suya, y sus cabezas, ensangrentadas todavía, formaban un círculo terrible en torno de la morada del rey de Veragoa.

VIII.

Mientras que se reponian, Quibiam, profundamente irritado al saber la llegada de los españoles, daba órdenes á Unima para que no los dejase pasar.

Antes de que salieran á obedecerle, llegó un espía, anunciando que los españoles, á pesar de los obstáculos que les oponian, avanzaban.

IX.

—¿Quieren perecer á mis manos?—exclamó Quibiam.—Pues bien, perezcan.

Un confuso griterío llegó á sus oidos.

Todas las indias que habia reunidas en torno del palacio de Quibiam, al ver á los españoles acercarse á la morada de su rey, comenzaron á guitar desaforadamente, huyendo al mismo tiempo poseidas de un terror pánico.

X.

Antes de que Quibiam se levantara para salir á castigar á los españoles, su hijo mayor, vigoroso, aunque adolescente todavía, se precipitó fuera de la morada de su padre, y lanzándose sobre Diego Mendez, le dió un golpe que le obligó á retroceder algunos pasos.

Dejándose llevar de su natural indignacion, hubiera Mendez atravesado con su espada á aquel insensato, que de manera tan brutal le recibia.

XI.

Pero ni sus fuerzas eran bastantes para contener los ímpetus de aquel mozo: entre Escobar y él no podrian resistir el empuje de los indios, y les convenia

averiguar lo que pasaba para volver á noticiárselo á Colon.

Sacó Mendez de su limosnero una cajita de ungüento, y al ver á Quibiam, que se presentó en el pórtico de su palacio, le anunció que el único objeto que allí le llevaba era aliviar el dolor de su herida.

XII.

—Mi señor el almirante,—le dijo,—agradecido á tus bondades y seguro de tu amistad, me ha enviado á cuidar tu salud.

Quibiam pudo contenerse, y para no despertar sospechas en los españoles, les hizo entrar en su morada.

Mendez apaciguó al jóven indio hijo de Quibiam dándole un peine y un espejo, y enseñándole á usarlos.

Esto sorprendió en extremo al indio, y tanto él como los demás que se hallaban próximos al palacio, pasaron el tiempo sumamente entretenidos con aquellos objetos, que tanto les embelesaban.

XIII.

Quibiam manifestó á Mendez que no queria aceptar sus auxilios, y le dió órden para que se alejara en seguida, porque de lo contrario no podria contener la furia de sus vasallos.

Lo que habian visto bastaba á los dos españoles para asegurarse de la actitud hostil de Quibiam.

Uno de los indios, prendado del espejo y del pei-

ne, se acercó á pedir objetos como aquellos á Escobar.

XIV.

—Ven con nosotros,—le dijo,—y tendrás cuantos quieras.

Seducido por esta esperanza, los acompañó el indio, y durante el camino pudieron averiguar por él las intenciones de su soberano.

Supieron que el proyecto de Quibiam era rodear los buques y las casas de los españoles á favor de la oscuridad de la noche, y asesinarlos á todos.

XV.

Con inmensa ansiedad esperaban el almirante y los demás españoles á Mendez y Escobar.

Cuando los vieron llegar y oyeron de sus labios la descripcion de los preparativos que hacia Quibiam en contra suya; cuando el indio afirmó lo que decian los emisarios, Bartolomé, que hasta entonces no habia dudado de Quibiam, dijo:

XVI.

—Es necesario ganarle por la mano. Yo mismo voy á partir con algunas fuerzas hasta la residencia de Quibiam; me apoderaré de él, de su familia y de los principales jefes de sus tropas, y llevándolos á España, los demás indios, súbditos de los Reyes Católi-

cos, servirán de criados á los que queden establecidos en la colonia.

Hizo algunas objeciones Colon á los proyectos de su hermano; pero animado este por Mendez y algunos otros capitanes, no tuvo más remedio que acceder á sus deseos.

XVII.

Eligió ochenta hombres, entre los que iba Diego Mendez, y con ellos y con el indio, que halagado por la idea de tener el espejo, habia revelado los planes de su rey, avanzaron en los botes, y por la costa llegaron á la embocadura del rio Veragoa, desembarcaron, y antes que los indios pudieran apercibirse de su llegada, comenzaron á subir la cuesta que conducia á la morada del rey.

Capitulo XXXIX.

Astucia de los españoles.

I.

Sorprendido Quibiam, hubo un momento en el que resolvió jugar el todo por el todo.

Pero aunque él tenia valor bastante para arrostrar las consecuencias de aquella lucha, no confiaba ni en la astucia ni en la pericia de sus caciques y soldados.

Llamó á Unima.

II.

—Es necesario que los españoles no penetren hasta aquí,—le dijo.

—¿Cómo estorbarlo, si ya se encuentran á muy corta distancia de tu morada y vienen resueltos á penetrar en ella?

—Suplícales en nombre mio,—dijo de pronto Quibiam,—que se detengan.

—¿Y qué pretexto darles para fundar nuestra súplica?

—Díles que no es por miedo por lo que no quiero recibirlos, sino por que soy muy celoso, y no quiero que vean á mis mujeres.

III.

Corrió Unima á participar á Bartolomé Colon el ruego de Quibiam.

El adelantado no hizo caso alguno.

Pero temeroso de que si notaban en él actitud hostil los indios le obligasen á empeñar una lucha, ó por lo ménos que se le escapase Quibiam de sus manos, dispuso que sus tropas quedaran á corta distancia, y dijo á Unima:

IV.

—Anuncia á tu soberano, que aunque deseaba verle, renuncio á esta satisfaccion.

Corrió el guerrero á participárselo al gran cacique, y mientras tanto Bartolomé Colon, con Diego Mendez y cuatro hombres más, resolvió subir á la colina en donde estaba situado el palacio de Quibiam, pero con la mayor cautela.

—Vosotros,—les dijo,—me seguireis de dos en dos,

y á cierta distancia, ocultándoos todo lo posible entre las malezas.

V.

Al mismo tiempo encargó al jefe á quien confió el mando de las tropas, que apenas oyese un disparo de arcabuz rodease con sus soldados la morada de Quibian, á fin de que no pudiera escaparse.

Bartolomé y los cinco que le acompañaban comenzaron á subir la cuesta.

VI.

Otro emisario de Quibiam salió á su encuentro á suplicarles que no llegasen hasta su palacio, puesto que si tenian empeño de verle saldria á recibirlos.

Hizolo así en efecto, sentándose en el pórtico de su morada.

No tardó en llegar á su presencia Bartolomé.

Antes de presentarse á Quibiam, dijo á Diego Mendez y á sus soldados:

VII.

—Vosotros quedaos á cierta distancia y observad bien mis movimientos.

—¿Qué pretendeis hacer?—preguntó Mendez.

—La empresa es arriesgada, y es necesario emplear la audacia para salir triunfantes.

—Yo debo acompañaros.

—De ninguna manera.

—Ved que si sospecha nuestras intenciones vá á apoderarse de vos y no nos dará tiempo para socorreros.

—Al verme solo no se atreverá á nada, porque no sospechará mis proyectos. Me acercaré á él, le hablaré con la mayor cordialidad, y cuando me veais cogerle del brazo, acudid enseguida para prestarme auxilio.

Bartolomé se adelantó hácia Quibiam, y le saludó con la mayor cortesía.

El rey indio se excusó con él por no haberle permitido penetrar en su morada.

VIII.

—Nada importa,—dijo Bartolomé:—mi único deseo era veros, enterarme de vuestro estado, prodigaros toda clase de auxilios, y manifestaros que nuestro jefe y todos nosotros estamos dispuestos á ayudaros en cuantas empresas acometais contra vuestros enemigos, porque la benévola acogida que nos habeis dispensado ha despertado en nuestra alma la más profunda gratitud.

IX.

Estas palabras hicieron á Quibiam fijar una escrutadora mirada en el adelantado.

Pero sin duda no observó bien, porque despues de examinarle pareció más tranquilo.

Hablaron algun tiempo más, y el adelantado elogió la fertilidad de aquel suelo y las riquezas de sus minas.

Quibiam, por pura cortesía le hizo varias preguntas acerca de su país, á las que Bartolomé contestó con afectuosidad.

Queria el adelantado encontrar cuanto antes la ocasion que buscaba, y le dijo de pronto:

X.

—El almirante ha enviado un cirujano para que curase vuestra herida; pero, segun parece, no habeis querido recibirle.

—Era inútil su presencia; yo poseo el secreto para curar todas las heridas.

Bartolomé realizó su proyecto.

XI.

—¿Y la teneis aquí, en el brazo?—dijo acompañando la accion á la palabra.

Apenas vieron los españoles á Bartolomé apoderarse del brazo de Quibiam, corrieron cuatro de ellos á sujetar al cacique en medio del estupor de los indios, y el quinto hizo la señal consabida, disparando el arcabuz.

Cogido en el lazo Quibiam, quiso desprenderse de

sus enemigos, que tan negra traicion le habian hecho, y forcejeó como un desesperado para desasirse de las manos de Bartolomé Colon.

XII.

Pero sus nervudos dedos le sujetaban como si fuera una plancha de hierro, y siendo entrambos hombres corpulentos y de valor, trabaron una desesperada lucha.

Al oir el disparo huyeron amedrentados casi todos los indios.

Sólo algunos leales amigos de Quibiam, entre los que se hallaba Unima, acudieron á socorrerle.

Pero Diego Mendez logró dispersarlos, y con auxilio de sus otros compañeros, ató á Quibiam de piés y manos.

XIII.

Los demás soldados españoles rodearon la morada de Quibiam, penetraron en ella y aprisionaron á todas las mujeres y servidores que hallaron á su paso.

Irayba y sus hijos entraron en el número.

Como no opusieron resistencia, no tuvieron necesidad de hacer uso de las armas, y como si fueran corderos, los llevaron hasta donde aguardaban los botes para conducirlos á las carabelas y trasladarlos á España, mientras los españoles que quedasen se apoderaban por completo del territorio.

XIV.

Imposible es pintar la indignacion que se apoderó del ánimo de Quibiam.

Los españoles le habian ganado por la mano, y no les perdonaba la habilidad con que habian verificado su captura.

A partir de aquel momento, no deseaba más que la libertad para consagrar el resto de sus dias en el exterminio de sus enemigos; y aunque encadenado, todavía abrigaba la esperanza de romper las cadenas, de excitar al combate á sus vasallos y de vengar la felonía que acababan de cometer con él.

XV.

Entre tanto, las mujeres de los vasallos de Quibiam prisioneras prorumpieron en desesperados lamentos, implorando su libertad y la de su jefe, y ofreciendo á los españoles en cambio un tesoro, que segun indicaban, tenian guardado en una de las selvas próximas á la playa.

Bartolomé Colon rehusó sus ofrecimientos.

La captura de Quibiam era más importante para los españoles que los tesoros que pudieran ofrecerles los indios.

Animado por esta creencia, para evitar que los indios pudieran reponerse y salir á su encuentro, se apresuró á embarcar á los prisioneros y se quedó con

la mitad de su gente en tierra para perseguir á los que habian logrado escaparse.

XVI.

Era de todo punto necesario un hombre de confianza, de valor y de fuerza para que se encargase de la custodia de Quibiam.

Acompañaba al adelantado Juan Sanchez, uno de los mejores pilotos de la escuadra, hombre de brios y muy afecto á los Colones.

XVII.

—Yo me encargo de conducirle hasta las carabelas, y respondo de él con mi vida.

—Ten mucho cuidado,—le dijo Bartolomé,—porque es astuto y fuerte, y nada tendrá de extraño que intente una evasion.

—Tan seguro estoy de que no se me escapará, que consiento, si tal sucede, que me arranquen la barba pelo á pelo.

XVIII.

Para cumplir su palabra, amarró al cacique fuertemente á uno de los bancos del bote, y las pequeñas embarcaciones se pusieron en marcha.

Era ya de noche, y una densa oscuridad envolvia el espacio.

Quibiam realizó á su vez un proyecto que habia concebido.

XIX.

—Si algo me consuela en medio de mi afliccion,—dijo á Juan Sanchez,—es el haber caido en tus manos, porque todo revela en tí un hombre valeroso y de nobles sentimientos.

—No te engañas,—dijo el piloto pavoneándose.

—Si todos fueran como tú,—añadió Quibiam,—ninguna resistencia habríais hallado en mí. Sin necesidad de que hubiérais venido á prenderme, yo mismo me hubiera entregado, poniéndome á vuestras órdenes.

Juan Sanchez era vanidoso, y estas frases laudatorias del cacique le hicieron muy simpático á sus ojos.

XX.

Al poco rato comenzó á quejarse Quibiam.

—¿Qué es lo que tienes?

—Me aprietan mucho las ligaduras. Bien podias hacerme el favor de aflojarlas un poco.

—Si no es más que eso, con tal de que yo tenga sujeto el cabo de la cuerda que te oprime las manos, es bastante; no podrás escaparte, aunque lo intentes.

—Así lo creo, y no lo intentaré; pero duélete de mí y alivia el dolor que sufro.

Juan Sanchez le desató del banco, y no abandonó desde entonces el cabo de la cuerda.

XXI.

Unos cuantos minutos trascurrieron, durante los cuales no hizo un solo movimiento Quibiam.

Pero aprovechando una ocasion en que Juan Sanchez, llamado por otro de sus compañeros, se distrajo un instante, se arrojó al agua, produciendo un ruido que estremeció á todos los tripulantes.

Fué tan violento el impulso que tomó, que cogiendo desprevenido á Juan Sanchez, este se vió en peligro, é instintivamente soltó la cuerda.

La oscuridad de la noche y las medidas que iba á tomar para que los otros prisioneros no se escaparan, fué causa de que lograse Quibiam la libertad sin persecucion de ningun género.

XXII.

Desesperado Juan Sanchez, y no queriendo perderlo todo, se apresuró á llegar á las caravelas para entregar los cautivos al almirante.

Avergonzado de lo que le pasaba, ofreció, si llegaba con bien á España, abandonar el mar para hacerse fraile.

Más tarde cumplió esta promesa.

Mientras que avanzaba al rio de Belen el jactan-

cioso piloto, Bartolomé Colon continuaba la guerra, persiguiendo á los indios.

XXIII.

Estos se refugiaron en las montañas, y entonces volvió adonde estaban sus hermanos con los objetos que habia encontrado en el palacio de Quibiam, que eran brazaletes, láminas de oro y coronas del mismo metal.

Cristóbal Colon concedió á su hermano una de las coronas como trofeo de su hazaña.

No le consoló esto, sin embargo, de la desaparicion de Quibiam.

Capitulo XL.

Desastres en la colonia de Veragoa.

I.

Quibiam no habia perecido.

Y sin embargo, al arrojarse al agua habia creido su muerte segura, porque atados sus piés y sus manos, no podia nadar.

La muerte era preferible á la esclavitud.

Pero no bien se lanzó al agua, cuando sintió cerca de sí una mano poderosa, que con ayuda de un guijarro, aunque trabajosamente, cortó las ligaduras de sus manos y sus piés, permitiéndole subir á la superficie del agua y reconocer á su salvador.

II.

Era Unima.

Unima, su valiente caudillo, que habia logrado li-

bertarse de los españoles, y seguro de que Quibiam haria desesperados esfuerzos para salir de las garras de sus opresores, habia seguido las endebles barquillas para poder prestarle auxilio.

Aunque con grande dificultad, lograron llegar á la playa, y descansando en ella breve tiempo, subieron por atajos al palacio de Quibiam, de donde acababan de salir los españoles, llevándose todo cuanto en él habia.

III.

Pensando que los indios se habian refugiado en las montañas, corrieron los dos caciques á ellas para animarlos y tender una segunda emboscada á los españoles, haciéndoles pagar en ella los horrores que habian cometido con los habitantes de Veragoa.

Una abundante lluvia aumentó las aguas del rio Belen, y la embarcaciones de Colon, que estaban poco ménos que encayadas, salieron á flote, con cuyo motivo el almirante volvió cuanto antes á la Península á dar cuenta á los reyes de sus descubrimientos, y á presentarles las riquezas que llevaba y los prisioneros de aquel rico pais.

IV.

Dispuso que quedara la mitad de los españoles en la colonia á las órdenes de su hermano; dió á este sus instrucciones, le dejó víveres y una carabela, y partió con los restantes.

Grandes dificultades tuvo que vencer para atravesar la barra, y aun despues de haberla atravesado se vió en la necesidad de esperar viento favorable á una legua de la costa.

V.

Colon habia proyectado dirigirse desde luego á la Española, confiar al gobernador de la isla el establecimiento de la colonia, pedirle que enviara provisiones y refuerzo á su hermano, y partir en seguida á España á disfrutar del nuevo triunfo que se prometia.

Pero viéndose obligado á permanecer estacionado cerca de la barra, quiso comunicar nuevas órdenes á Bartolomé, y envió un bote al mando de don Diego Tristan, capitan de una de las carabelas, el cual se puso inmediatamente en marcha para no volver á la escuadra del almirante á desempeñar su mision.

VI.

Cuando llegó á la colonia, un terrible espectáculo se presentó á su vista.

Quibiam y Unima habian animado á sus vasallos, habian encendido en su alma la sed de venganza que les devoraba, y cautelosamente, como la hiena atravesando los bosques, llegaron con sus flechas envenenadas hasta los alrededores de la colonia.

En torno de ella habia espesos bosques, por los cuales pudieron acercarse sin ser vistos.

Los españoles, confiados en que habia perecido Quibiam y en que los indios estaban amedrentados, vivian con la mayor tranquilidad y confianza.

VII.

De pronto se presentaron millares de indios en la colonia, prorumpiendo en terribles alaridos y disparando una nube de flechas sobre los españoles, que se asomaron á ver qué era lo que producia aquella gritería.

Algunos fueron heridos.

El adelantado cogió sus armas, y poniéndose al frente de ocho ó diez hombres, salió al encuentro de los indios, al mismo tiempo que Diego Mendez con otros varios de sus compañeros arremetió contra ellos, logrando dejar en tierra á muchos, y poner en fuga á los demás.

VIII.

No contentos aún, los persiguieron hasta por los intrincados bosques; pero los indios, animados por Quibiam y Unima se reponian, volvian á disparar sus flechas, y en uno de estos encuentros fué herido en el pecho el adelantado.

Los perros de presa ayudaban á los españoles, y el campo quedó sembrado de cadáveres.

De los soldados de Bartolomé solo sucumbió uno, quedando heridos diez ó doce.

IX.

Diego Tristan, que presenció el combate, no se atrevió á acercarse á tierra, temeroso de que se precipitaran los indios sobre su embarcacion y la echaran á pique.

Al desaparecer entre los bosques los combatientes, siguió la corriente del rio para aguardar el resultado del combate.

X.

Acompañábale Juan de Noya, tonelero de Sevilla, y este, hombre prevenido, aconsejó á Tristan que no prosiguiese la marcha, porque el rio estaba acanalado, las orillas cubiertas de espesos é impracticables árboles, y careciendo de desembarcadero, sí, como pensaba, las canoas indias le rodeaban, iba á verse en gran apuro.

Tristan desoyó su consejo y siguió la marcha.

XI.

Aun no habian andado media legua, cuando vieron llegar por todas partes ligeras canoas, y asomar á la orilla multitud de indios con flechas y lanzas, que arrojaron á los españoles.

Iban á bordo ocho soldados, que con sus arcabuces hubieran podido ahuyentarlos.

Pero la sorpresa, el temor al ver que no podian huir por ningun lado, y las lamentaciones de Juan de Noya, les hicieron desmayar, y en vez de emplear sus armas ofensivas, sólo hiciron uso de las espadas para librarse de las saetas que les dirigian.

XII.

Diego Tristan recibió muchas heridas, y sin embargo, mientras pudo sostenerse alentó á los soldados para que hiciesen al ménos pagar cara su vida á los indios.

Un venablo, lanzado por un indio, le atravesó las sienes y cayó muerto.

Entonces se atrevieron los indios á acercarse más y más, y comenzó el combate cuerpo á cuerpo.

De los tripulantes del bote sólo pudo salvarse Juan de Noya, que cayó al agua en medio de la accion, pudo llegar á la orilla sin ser visto y huir con direccion á la colonia.

Por él supo Bartolomé la muerte de Diego de Tristan y de sus demás compañeros.

Capitulo XLI.

Una resolucion heróica.

I.

Los españoles que habian quedado en la colonia cayeron en el mayor desaliento.

Desde el principio se habian entusiasmado con la idea de explotar las ricas minas de aquel privilegiado territorio para enriquecerse.

Habian llegado, y el rey de Veragoa les habia dispensado la más benévola acogida.

Los indios de la cósta, durante el establecimiento de la colonia, les habian proporcionado toda clase de víveres, y les habian ayudado en sus rudas faenas.

Todo les hacia suponer una pacífica posesion de los dominios de Quibiam.

Pero habian sido víctimas de una ilusion, el de-

sengaño habia quebrantado toda la energía le su espíritu.

II.

Aunque vencierón á Quibiam y á Unima, obligándoles á refugiarse en las montañas, no pudieron lograr este triunfo sin quedar muchos de ellos heridos, y no dudaban de que en cuanto el caudillo repusiera sus fuerzas volverian de nuevo á molestarle, repitiéndose esto hasta tanto que unos ú otros perecieran.

Cuando Noya le refirió lo que habia pasado á Tristan y á sus compañeros, aumentó su terror, y pensando los españoles que Colon se daria á la vela, y que si esto sucedia no tardarian en sucumbir todos, determinaron abandonar la colonia y partir á la carabela que les habia dejado el almirante.

III.

Todas las reflexiones que hizo Bartolomé fueron inútiles.

Renunciaban generosos á todas cuantas ventajas pudiera ofrecerles aquel país, con tal de no perecer á manos de los indios.

En su encuentro habian tenido ocasion de ver que eran más firmes, más astutos, y sobre todo, más arrojados que los de las otras islas en donde habian tenido que luchar.

IV.

Bartolomé Colon tuvo que acceder á los deseos de los colonos; pero un inconveniente se opuso á su realizacion.

No habia bastante agua para que el buque pudiera atravesar la barra.

Viendo esto, determinaron ir en el bote á buscar al almirante para suplicarle que no los abandonase en tan triste situacion.

V.

Pero tampoco les fué posible, porque el viento y la resaca ponian en grave peligro á la endeble barquilla.

Se hallaban, pues, sin retirada, y para colmo de desdichas, pasaban á su vista, arrastrados por la corriente, los despedazados despojos de Tristan y de su gente, acompañados por aves carnívoras que se disputaban la presa.

Como dice Las Casas muy bien, los españoles temblaban al contemplar aquella escena, horrorizándose ante el destino que les esperaba.

VI.

Animados los indios por la proeza que acababan de

hacer destruyendo á los soldados de Tristan, acudieron de nuevo al puerto para ver si la suerte les favorecia del mismo modo.

Mientras fueron á comunicar á Quibiam lo que habia sucedido y á pedirle refuerzos para acabar de exterminar á los españoles, se apostaron en los bosques vecinos, atronaban el espacio con sus voces, el sonido de los caracoles y el estridente ruido de los tambores, y en este estado de cosas no tuvieron más remedio los colonos que abandonar las casas que les servian de defensa.

VII.

Bartolomé eligió un terreno en la costa á bastante distancia del bosque.

Con el bote de la carabela, con cajas y sacos de tierra, construyó un baluarte, dejando abiertos dos huecos, en los que colocó dos falconetes, que dominaban la llanura.

En aquella improvisada fortaleza se refugiaron los españoles, considerando defensa suficiente contra las flechas de los indios aquellos endebles muros.

Al dia siguiente, cuando Quibiam, al frente de su ejército, reanimado por el triunfo, iba á atacar á los españoles, dispararon estos los falconetes y los arcabuces.

Los indios vieron que se embotaban sus flechas en los sacos y cajas, y no tuvieron más remedio que

huir, porque las balas de sus enemigos diezmaban sus filas.

VIII.

No por esto habia mejorado la condicion de los españoles.

Las municiones se les acabarian, se agotarian los víveres, tendrian necesidad de abandonar la fortaleza, y á toda costa deseaban poner término á una situacion tan difícil.

Mientras esto pasaba en tierra, en los buques del almirante reinaba la mayor ansiedad, porque ni Diego Tristan ni sus compañeros volvian, y temian que hubiese ocurrido alguna desgracia.

Aquel suceso, que tenia mucho de heróico y mucho de horrible, unia á la ansiedad de los españoles, á sus dudas, á sus temores, el dolor de una pérdida que consideraron como de mal augurio.

IX.

Los indios que habian sido presos por el adelantado en la morada de Quibiam, estaban á bordo de una de las carabelas, porque el almirante se proponia conducirlos á España.

Por la noche los encerraban en el castillo de proa, cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena con su candado.

X.

Sobre la escotilla dormian algunos de los marineros, y estaba además á tal altura, que los presos no podian llegar á ella, razon por la cual descuidaban un tanto su vigilancia.

Pero Irayba, que vivia lejos de su esposo, que veia á sus queridos hijos partir del lado de su padre para ser esclavos en otras tierras, pudiendo ser reyes en la que abandonaban, incitó á todos sus compañeros de cautiverio á que optasen entre la salvacion ó la muerte.

XI.

—Aprovechemos una ocasion,—les dijo;—busquemos los medios de evadirnos, para volver á nuestra patria al lado de los séres queridos de nuestro corazon.

Si nuestra tentativa es infructuosa, si no conseguimos nuestro objeto, antes que la esclavitud pongamos fin á nuestra existencia.

Yo os daré el ejemplo.

Y reuniendo muchas de las piedras que servian de lastre á la carabela, formaron una especie de prominencia debajo de la escotilla, muy suficiente para que pudieran levantarla con sus hombros y evadirse por ella.

XII.

Dormian los marineros cuando los indios más corpulentos, empujando con sus hombros la tapa de la escotilla, saltaron á cubierta y comenzaron á auxiliar á sus hermanos para escaparse.

Dieron la voz de alarma los que se apercibieron de aquel conato de evasion, y sólo dos ó tres pudieron arrojarse al mar.

A los otros los cogieron en el momento en que iban á evadirse, y á todos los llevaron de nuevo á su encierro, encadenándolos y poniéndolos guardias de vista para que en el resto de la noche no intentasen de nuevo la fuga.

XIII.

No habia remedio.

Irayba habia jurado ser libre ó sucumbir.

Recordó á sus hermanos la promesa que habian hecho, y cuando al dia siguiente acudieron los españoles á la prision de los indios para llevarlos á presencia del almirante é imponerles algun castigo, los hallaron á todos muertos.

XIV.

Cuenta el padre Las-Casas, que algunos de ellos

se habian ahorcado con cuerdas, y otros se habian extrangulado de una manera que horroriza, al mismo tiempo que dá una idea de la entereza de carácter de aquellos desgraciados.

Encogian las piernas, ataban un cabo de una cuerda á ellas, y el otro extremo al cuello, y estirándose de pronto, sucumbian casi instantáneamente.

Capítulo XLII.

Dondo se vé por qué motivo abandonan los españoles la colonia de Veragoa.

I.

La heróica resolucion de los indios consternó al almirante, y llenó de horror á todos cuantos se hallaban á bordo.

Bajo la impresion de aquel doloroso suceso, experimentaba una viva ansiedad respecto de la suerte de los españoles que habian quedado en la colonia, y de Diego Tristan, el capitan de una de las carabelas, cuyo desastroso fin conocen nuestros lectores.

Pero aunque habian sucumbido á muy corta distancia del paraje en donde se hallaban estacionadas las carabelas, habian trascurrido algunos dias sin que llegase noticia de su muerte á los viajeros.

II.

Juan de Noya habia tenido que permanecer al lado de los colonos en la improvisada fortaleza que habian levantado, para defenderse de las agresiones de los indios, porque la carabela que se habia quedado en la orilla del rio no podia navegar.

Cualquiera tentativa que hubiera hecho para evadirse en el único bote con que contaba, podia ser muy peligrosa á su estancia en la isla en medio de sus vengativos habitantes.

III.

Grandemente apesadumbrado estaba el almirante de no poder tomar resolucion alguna, porque la fuerte resaca hacia imposible á los botes atravesar la barra y llegar hasta la orilla en donde se habia establecido la colonia.

De su misma inquietud participaban los capitanes, los soldados y los marineros, y aguardaban con impaciencia á que el estado del mar les permitiese averiguar la suerte que habian alcanzado los marineros que se habian quedado en Veragoa á las órdenes de Bartolomé Colon, y los que para buscar agua y leña, y llevarlos instrucciones, se habian separado de la escuadra, yendo en el bote que habian asaltado los indios.

IV.

Una tarde, en que todos los tripulantes de la carabela capitana estaban apesadumbrados al contemplar la profunda melancolía que se habia apoderado del alma del almirante, algunos españoles conversaban sobre cubierta con el piloto sevillano Pedro Ledesma.

Era este gran conocedor de la náutica, y tenia un amor propio desenfrenado.

V.

—En verdad,—dijo uno de los marineros,—que somos más cobardes que los indios.

—¿Por qué decís eso?

—Porque ellos, cuando venian en las carabelas custodiadas por Juan Sanchez, se arrojaron al agua y se pusieron en salvo; porque sin ir más lejos, los que se nos han escapado hace muy pocas noches, han desafiado el peligro de la resaca, y es muy posible que á estas fechas estén muy tranquilos y muy gozosos en sus hamacas, mientras nosotros permanecemos aquí con la mayor ansiedad, sin saber qué ha sucedido á nuestros hermanos.

—Teneis razon,—dijo Ledesma;—pero es extraño que vos, que pensais de ese modo, no hayais hecho lo que los indios.

—Eso se dice, pero no se hace.

—Se hace cuando se dice,—añadió Ledesma.

—No hay uno entre nosotros que no sepa nadar como una anguila, y sin embargo, yo apuesto á que cualquiera de nosotros se tentaria la ropa antes de darse el remojon.

—¡Vaya unos hombres!—dijo Ledesma, mirando con desprecio á los marineros.—Parece que no habeis iodo el estampido del trueno, ni habeis visto brillar en el espacio el siniestro resplandor del rayo. Si no me dieran más trabajo que el de vencer el ímpetu de las olas y llegar hasta donde están nuestros hermanos, antes de que anocheciera yo os aseguro que no nos dormiríamos esta noche sin calmar nuestra ansiedad.

—¡Vaya! Esa sí que es baladronada.

—¿Quereis convenceros de que no lo es?

—No digo á tí, sino al mismo Neptuno azotarian las enfurecidas olas si se lanzase al mar en estos momentos. Por lo demás, ni tú ni nadie es capaz de oponerse á su empuje.

VI.

Irritado Ledesma por que dudaban de sus condiciones de nadador:

—Vais á convenceros,—exclamó,—de que yo cumplo siempre lo que digo.

Y dirigiéndose, seguido de unos cuantos, al camarote en donde yacia postrado Cristóbal Colon:

—Almirante,—le dijo,—estais con la más viva inquietud, porque ignorais la suerte de vuestro hermano, porque Tristan no ha vuelto, y no es justo que te-

niendo como teneis amigos leales en torno vuestro, consintais que la duda mortifique vuestra alma.

—¿Qué quereis decir, Pedro?—preguntó Colon.

—Quiero decir, que hay un medio de llegar á la costa.

—¿Qué medio?

—Es muy sencillo; que me conduzcan en un bote hasta donde empieza la resaca. Yo me lanzaré al mar, y á nado llegaré hasta la orilla, volviendo en breve con noticias á embarcarme en el bote, que me esperará en este caso hasta mi regreso.

—La empresa que os proponeis es arriesgada.

—No lo ignoro; pero los indios nos han dado el ejemplo. A grandes males, grandes remedios; los hombres se dan á conocer en las ocasiones. Así pues, yo quiero demostrar á mis compañeros que no me han conocido al juzgar mis palabras de baladronada, y os pido encarecidamente que me concedais el favor que os suplico.

—Id en buena hora,—dijo Colon,—y quiera Dios protegeros para que volvais á mi lado y me traigais buenas nuevas.

VII.

En efecto; partió en uno de los botes con varios marineros; al llegar á cierto sitio se lanzó al agua, y nadando, aunque con mucha dificultad, llegó adonde estaban los españoles, temiendo á cada instante que los indios, en un considerable número, cayeran

sobre su improvisada fortaleza, la destruyeran y los asesinaran.

VIII.

No tardó en comprender la triste situacion en que se hallaban los colonos.

Pero desafiando el peligro, corrió á la improvisada fortaleza, preguntó al adelantado lo que habia sucedido, se enteró por él de los horrores que habian cometido los indios, de la horrible venganza que se proponia tomar Quibiam de los españoles, y aquella misma noche, despues de saber el desastroso fin de Diego Tristan, volvió á nado hasta donde estaba el bote, y pudo, con gran asombro de los marineros y del mismo Colon, referir á este cuanto habia visto; noticias que no tardaron en circular entre los tripulantes, aumentando su miedo, y haciéndoles desear su alejamiento inmediato de aquellas costas, en donde tantos peligros les amenazaban.

IX.

Pero Colon no podia partir dejando á sus hermanos y á los demás españoles que le acompañaban en poder de los indios.

Era imposible de todo punto volver en las carabelas á la colonia.

Por otra parte, anhelaba correr á España para comunicar las nuevas del descubrimiento á los reyes, y

siéndole imposible de todo punto moverse del paraje donde estaba, ni prestar auxilio á su hermano, cayó en un profundo abatimiento, su enfermedad se exacerbó, tuvo fiebre y delirio, y sufria lo que no es decible.

X.

Aún se conserva un fragmento de una carta suya, en la que, dirigiéndose á los reyes, les comunica la vision que ha tenido en un acceso de fiebre, y nada más elocuente que sus mismas palabras, que hoy podrán parecer tal vez hijas del cálculo; pero que dado el carácter del almirante, la época en que vivia y las personas á cuyas manos iba á enviarla, demuestra más y más los nobles sentimientos del ilustre marino, y pone de relieve su acendrado amor á la religion.

XI.

—Fatigado y suspirando, — dice, —me asaltó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que me decia:

»—¡Oh, nécio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él más por Moisés, ó por su siervo David? Desde que naciste ha tenido de tí especial cuidado.

»Cuando te vió de edad madura, hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra.

»Las Indias, aquellas ricas partes del mundo, te

dió á tí para tu herencia, y poder para que se las dieses á otros segun tu voluntad.

»A tí te entregó las llaves de las puertas del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á tí obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre cristianos.

»Qué hizo más por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto, ó por David, á quien de pastor hizo rey?

»Vuelve, pues, á él los ojos y confiesa tu error; su misericordia es infinita.

»Tu edad no será impedimento para ninguna grande empresa. Abraham tenia más de cien años cuando engendró á Isaac, ¿y era Sara jóven?

»Tú, que pides socorro con abatimiento, ¡responde! ¿Quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo?

»Los privilegios que te ha concedido, las promesas que Dios te ha hecho, nunca ha faltado á ellas, ni dicho despues de haber recibido tus servicios que su sentido era diferente y que debia entenderse de diferente modo.

»Él ejecuta á la letra.

»Él cumple todas sus promesas con creces: tal es su costumbre.

»Te he mostrado lo que tu criador hace por tí, y lo que hace por todos.

»El presente es el premio de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros.

—Todo esto oí,—añade Colon,—como uno casi

muerto, y no tuve poder para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llorar por mis errores.

»Quien quiera que fuese el que me hablaba, acabó diciendo: «¡No temas! ¡Confía!»

Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin causa.

XII.

Esta y otras visiones le asaltaban contínuamente, postrándole cada vez más.

En tanto, los que le acompañaban perdian la paciencia, y vertian en su corazon la semilla que más tarde debia acibarar con su fruto los últimos dias de la existencia de aquel hombre.

Al fin de un largo plazo de ansiedad y zozobra, cambió el tiempo, las circunstancias permitieron que los botes fueran hasta la orilla y el almirante pudo enviar un gran refuerzo á su hermano. Al ver los indios llegar á los españoles de nuevo, se retiraron para volver en mayor número y con mayores elementos de triunfo; y Colon, viendo que el porvenir debia ser espantoso si prontamente no volvia con grandes refuerzos, resolvió que fueran á bordo de las carabelas su hermano y los colonos, y para conseguirlo, les permitió fabricar una especie de almadía ó balsa con los restos de la carabela, cargaron en ella los colonos todo cuanto poseian, sin olvidar el oro, causa principal de sus desventuras, y por medio de un cable, del que tiraban las barquillas, logró el almirante, y lograron

los españoles, volver á las carabelas y cargar en ellas una gran parte de su botin.

XIII.

Los botes tiraban de los cables unidos á la almadía, y gracias á esto, pudo Cristóbal abrazar á su hermano Bartolomé, y llegar los colonos, aterrorizados aún, á las carabelas, animando á todos el deseo vivísimo de abandonar cuanto antes aquel territorio, en donde, si bien era cierto que habia ricos tesoros, no lo era ménos que para adquirirlos necesitaban mayores fuerzas que las que tenian para dominar antes á sus feroces moradores, mucho ménos domeñables que los indios de Haiti.

En el momento en que todos se reunieron, sólo un deseo formularon sus labios.

XIV.

—Abandonemos estas costas,—exclamaron todos.

Y aunque con gran pesar del almirante y de su hermano, lograron su deseo.

En aquella retirada se distinguió el intrépido Mendez, que con cinco hombres protegió el embarque de los objetos, la construccion de la almadía y la fuga de los españoles.

El fué el último que abandonó aquella tierra, en donde tanto habian sufrido, en donde dejaban un país devastado y un enemigo formidable, que habia perdi-

do todos los afectos de su alma por causa de los españoles, y habia jurado su exterminio.

XV.

El almirante, para premiar los servicios de Diego Mendez, le confió el mando de la carabela que habia navegado hasta entonces bajo la direccion de don Diego Tristan.

Capítulo XLIII.

El último rey de Veragoa.

I.

Quibiam habia triunfado de los españoles.

Pero al verlos lejos de su territorio, al convertir en cenizas las casas que habian fabricado, signo de la esclavitud de los habitantes de Veragoa, turbaba su alegría el inmenso pesar que le causaba la ausencia eterna de Lianata, de Irayba, y el gran número de vasallos suyos que habian perecido bajo los golpes de las terribles armas de los blancos.

II.

Era el anochecer.

La almadía en donde los españoles caminaban con los objetos que habian arrebatado á Quibiam, se alejaba impulsada por la corriente del rio.

Quibiam, desde la altura en donde se levantaba su palacio, al lado de Unima, paseaba su mirada por su desvastado territorio.

Absorto en su meditacion, y sin que Unima turbase su silencio, trascurrieron algunas horas, al cabo de las cuales creyó descubrir Unima en el rio algunos bultos que se agitaban.

III.

La luna derramaba su claridad sobre las trasparentes olas.

A favor de sus melancólicos rayos pudo cerciorarse Unima de que aquellos bultos que se movian eran indios que pugnaban por ganar la playa.

No tardaron algunos de ellos en acercarse adonde estaba Quibiam.

Aquellos indios eran algunos de los que habian podido escaparse de las carabelas antes de que pudieran contenerlos los soldados españoles.

Su presencia llenó de asombro á Quibiam.

Aprisionados al mismo tiempo que él, habia llorado ya su muerte, y como en aquellos momentos era víctima de una fascinacion, llegó á creer que no tenia delante más que fantasmas que iban á pedirle cuenta de su conducta por haberlos abandonado en el peligro.

Pero no tardó en saber la resolucion heróica que habian tomado los indios que estaban prisioneros á bordo de las carabelas, de evadirse ó morir.

IV.

—Nosotros hemos podido librarnos,—le dijeron,—pero ¡ay de los que han caido en poder de los blancos! Ellos pagarán la ira que nuestra evasion ha despertado sin duda en su pecho.

—¿Y mi esposa y mis hijos?—preguntó Quibiam con ansiedad.

—Solo uno de los últimos, el hijo menor, Inhebio, fué el primero que se arrojó al mar, pero al llegar á la orilla le hemos buscado inútilmente. Sin duda no ha podido resistir el impulso de las olas, y ha perecido.

—Pero aun será tiempo,—dijo Quibiam enfureciéndose,—de perseguir hasta sus mismas trincheras á los blancos para vengar sus ultrajes y libertar á nuestros hermanos.

—Será tarde,—dijo el indio que hablaba;—todos juramos, ó conquistar la libertad, ó perecer; y á estas horas habrán buscado la muerte los que han caido de nuevo en poder de nuestros enemigos.

—¡Ah!—exclamó Quibiam, mordiéndose los labios de ira hasta ensangrentárselos,—la maldicion de Hiloc ha caido sobre nosotros. ¿De qué me sirve haber arrojado de mi reino á los infames extranjeros, si se han llevado consigo las prendas más queridas de mi corazon: á mi adorada Lianata, á mi buena Irayba, á mis dos hijos, única esperanza de mi trono y de mi reino?

Paseando su mirada por el círculo de cabezas con que habia rodeado su palacio:

—Vos, al ménos,—añadió,—no teneis sentimientos; sois ya como las piedras que se desgajan de las montañas. ¡Ah!... Unima, busca tu mejor flecha, imprégnala en el guao, y arrójala contra mi pecho para que acabe de una vez mi martirio.

—Señor, señor,—exclamó Irayba,—cálmate.

—No, sólo la idea de la muerte me sonrie. Morir, sí; morir para mí es la suprema felicidad. He sido bueno, valiente, generoso; he defendido á mi patria, he labrado la felicidad de mis esposas, he adorado á mis hijos, he castigado á los extranjeros: no hay duda, me espera el premio en la otra vida, y sólo allí, unido á los séres más queridos de mi corazon, podré vivir dichoso.

V.

Estaba muy entrada la noche, cuando al terminar estas exclamaciones el rey de Veragoa oyó un grito penetrante, que resonó en su corazon.

Era una voz que pedia auxilio.

—¿Has oido?—preguntó Quibiam á Unima.

—Sí; es uno de los nuestros que pide socorro,—contestó el cacique.

—Su acento ha despertado una esperanza en mi alma; volvamos á la playa.

Y seguido de los indios que estaban en torno suyo, bajó la pendiente que separaba su palacio de la orilla

del rio, y á medida que se acercaba, conocia más y más aquella voz, que era la de su hijo.

Las fuerzas le faltaban, y estuvo á punto de sucumbir.

VI.

Quibiam, Unima, todos se arrojaron al agua para salvarle, y muy en breve pudo estrechar el rey entre sus brazos á su querido hijo.

En efecto; Inhebio habia logrado evadirse.

Pero como los españoles dispararon contra los fugivos sus armas, apenas se informaron de su fuga, permaneció oculto detrás de una de las carabelas, y solo cuando vió restablecida la calma á bordo se dirigió á nado hasta las orillas de su patria.

Repuesto de la fatiga, á las preguntas que le hizo Quibiam:

VII.

—Llora á Irayba,—le dijo,—llora á mi pobre hermano, llora á tus vasallos. Todos habrán perecido, porque su resolucion era irrevocable.

Hasta entonces habia abrigado Quibiam alguna esperanza.

Ya la habia perdido.

Habia sufrido mucho en aquel tiempo, y su espíritu se abatió por completo.

Retirándose con su hijo y su fiel Unima á su pa-

lacio, pasó toda la noche en el más triste insomnio.

Al dia siguiente muy temprano llamó á Unima.

VIII.

—Se acerca mi última hora,—le dijo;—pero el gran Hiloc ha querido salvar á mi hijo del poder de los extranjeros, para que no se pierda la ilustre raza de Mayarima. Haz que vengan los butios, los caciques que aun quedan. Yo voy á implorar la proteccion del tzimes para mi pobre hijo, á quien sólo puedo entregar mi régio manto convertido en girones.

XI.

Unima, fiel ejecutor de la voluntad de Quibiam, convocó á los butios, llamó á los caciques, y no tardó la ciudad de Veragoa en verse poblada por los principales vasallos de Quibiam, que ante la sola idea de la muerte, temblaron, porque atribuian á su valor el fin de la opresion de los españoles.

X.

Durante todo el dia fué agravándose la enfermedad de Quibiam.

A sus heridas renovadas se unia la profunda melancolía de su corazon.

No veia más horizonte que el sepulcro.

Cuando todos estuvieron reunidos en el vestíbulo de su palacio:

—Os he llamado,—exclamó,—para despedirme de vosotros, para entregar en vuestra presencia el cetro de mi desventurado reino á mi querido hijo, para que él jure fidelidad y obediencia, y para que asistais á mis últimos momentos.

XI.

Un silencio sepulcral reinó en la asamblea al oir aquellas palabras.

Los butios entonaron un cántico fúnebre.

Las vírgenes recitaron á su vez los arcitos, cantando las hazañas de Quibiam y sus antecesores.

El rey llamó á su hijo.

XII.

—El que todo lo puede,—dijo,—ha querido que los extranjeros me arrebaten la única felicidad que me sonrie en la tierra, y voy á buscarla en el mundo de la justicia. Entre tanto tú, descendiente de los reyes de Veragoa, debes tomar asiento en mi trono, y ser lo que yo he sido para mis vasallos: un padre, un amigo, un defensor, un juez incorruptible. Tu vida es suya; sacrificala cuantas veces sea preciso en aras de su bien, como yo la he sacrificado. Unima, mi fiel y valeroso amigo, mi compañero más de infortunio que

de gloria, te amparará con su experiencia y sus consejos, te consolará con su cariño, te guiará con su rectitud y su profunda sabiduría en el proceloso mar de la vida. El te enseñará á amar y á hacer el bien de los hombres; él te inspirará ódio para la ingratitud y la maldad.

XIII.

La amaca fúnebre fué conducida por los indios de la servidumbre de Quibiam á los dos árboles que formaban el pórtico de su palacio.

Allí se reclinó, y despues de bendecir á su hijo, que de rodillas enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, se despidió de Unima y de todos sus vasallos, que se arrodillaron tambien, y de nuevo los butios y las vírgenes entonaron fúnebres cantos.

XIV.

El primer rayo de la luna recibió el último aliento de Quibiam.

Todos juraron por rey á Inhebio.

¡Pobre rey!

¡La raza de los reyes de Haiti y de Veragoa debia sufrir la misma suerte!

XV.

Mientras Quibiam espiraba de aquel modo, in-

mensas, dolorosas, terribles eran las amarguras que experimentaba Colon en medio del proceloso mar.

La fatalidad queria que despues de grandes trabajos vislumbrase la realidad; que la esperanza se convirtiese en un desengaño terrible, que como un puñal envenenado se embotaba en su corazon.

Capitulo XLIV.

Una doble tempestad.

I.

Reunidos en las carabelas los que habian escapado de la muerte. fué unánime el deseo de encaminarse á la Española, para pedir allí provisiones, reparar los desperfectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y en los últimos dias de Abril del año 1503 se dieron á las vela las embarcaciones.

II.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta

determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribuyeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

III.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo, no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se vá á España.

—Es que quisiera volver cuanto antes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir cuatro dias; no debemos consentir, repito, que nos entregue á los azares de un viaje tan largo, expuestos á las tempestades, y lo que es peor, al hambre y la sed.

IV.

Algunos se atrevieron á hablar á los capitanes y á las personas más importantes que acompañaban á Colon; y los dos hermanos, Francisco y Diego de Porras, capitanes que hasta entonces habia distinguido el

almirante, fueron los que se encargaron de manifestarle los temores que abrigaba la tripulacion y los deseos que tenian todos de llegar cuanto antes á la Española.

Colon los recibió en el lecho, del que no podia moverse por efecto de su enfermedad, y al oir sus indicaciones:

V.

—Siento que hayais dudado un solo instante de mí,—les dijo;—lo que no hubiera sucedido si los pilotos hubieran estudiado la navegacion de estos mares.

—Pues ellos aseguran...—interrumpió uno de los hermanos Porras.

—Ellos son unos ignorantes, y vos, apadrinándolos, faltais á todas las consideraciones que me debeis.

VI.

Aquella fué la semilla de la insurreccion, que no tardó en estallar á bordo.

Pero no anticipemos los sucesos.

En efecto, Colon y su hermano Bartolomé consideraban de todo punto indispensable avanzar hácia el Oriente antes de virar con direccion á la Española, para que las corrientes de aquellos mares no les condujeran más allá del puerto adonde deseaban llegar.

VII.

Pero el almirante, que en medio de sus desventuras pensaba con recelo en los viajes, que gracias á la libertad concedida por los reyes, habian emprendido algunos aventureros, y podrian emprender otros, quizás de los mismos que estaban á su lado, ocultó los motivos que le impulsaban á avanzar hácia Oriente, para que no pudieran aprovecharse de sus secretos los que intentaban aminorar su gloria.

VIII.

Su principal deseo fué que nadie pudiera volver á Veragoa sin ser guiado por él.

Como no dió explicaciones, como únicamente se limitó á calificar con alguna dureza la opinion de los pilotos, continuaron las murmuraciones.

Por la noche llegaron hasta Puerto Velo.

IX.

Allí no tuvo más remedio que abandonar una de las embarcaciones, completamente deteriorada, con lo cual todos los tripulantes de las cuatro tuvieron que amontonarse en las dos restantes, que quedaban en un estado no mucho mejor que el de la que acababan de abandonar.

El agua entraba en ellas por todas partes, y los

marineros tenian que emplear todo el dia y la noche en sacarla con las bombas.

X.

Dejaron á un lado el pequeño golfo á que habia dado Colon el nombre de Retrete, algunas otras islas, que el almirante, no desengañado todavía, creyó que eran las de la provincia del Mangú, en el territorio del gran Kan, descritas por Marco Polo como próximas á Catay, y avanzó algunas leguas más hasta llegar á la entrada del golfo de Darien.

XI.

Una vez allí, más que por otra cosa, por acallar las murmuraciones de los tripulantes, celebró una sesion con los pilotos y los capitanes.

Todos ellos convinieron en que debia renunciar á aquel derrotero, porque los vientos no eran favorables, y ofrecia gran peligro el estado de las embarcaciones.

No tuvo más remedio que abandonar la costa, virando hácia el Norte; y siendo el viento de Levante, se mantuvo á barlovento todo el tiempo que pudo.

XII.

Treinta dias trascurrieron para aquellos infelices navegantes en medio de grandes zozobras, pasando hambre y sed, y al cabo de ellos llegó á la porcion de

islas situadas al Sur de Cuba, que en uno de sus viajes habia llamado Jardines de la Reina, anclando á diez leguas de tierra en uno de los cayos.

XIII.

En aquellos momentos no quedaba en los buques más que una escasa cantidad de galleta, aceite y vinagre.

Los marineros tenian que trabajar sin descanso en las bombas para que los buques pudieran navegar.

Como si estas desventuras no fueran bastantes, á media noche se desencadenó una terrible tempestad.

Tan fuerte fué, que el mismo Colon, esperando su fin con resignacion, decia á cada momento á su hermano y á su hijo, que no se separaban de él:

—Parece que va á acabarse el mundo.

XIV.

El huracan azotó con violencia las embarcaciones, y una de ellas, la carabela *Bermuda*, perdió las anclas, y fué á chocar violentamente contra la capitana.

La proa de la una y la popa de la otra quedaron destrozadas.

Inmensos fueron los esfuerzos que tuvieron que hacer para repararlas.

XV.

En estas maniobras perdió un ancla la carabela del almirante.

La otra le libró de ir á hacerse pedazos contra las rocas.

Pocos dias despues, *abatida y descorazonada su gente*, como dice Colon en una de sus cartas, *y casi todas las anclas perdidas, y las velas inutilizadas y hasta llenas de agujeros como un panal de miel*, llegó al Cabo de la Cruz y ancló en la costa del Sur de Cuba.

XVI.

La Providencia le condujo allí, donde todos los indios se apresuraron á ofrecer á los navegantes pan de cazabe.

De lo contrario, el hambre hubiera producido los mayores estragos á bordo de aquellos tan mal parados buques.

Los vientos eran contrarios, y no podian avanzar hácia la Española.

Al mismo tiempo las embarcaciones se deterioraban por momentos.

Era necesario tomar una resolucion heróica, y virar hácia la isla de la Jamáica en busca de un puerto seguro.

XVII.

Despues de tantas luchas con los elementos, no pudo más el almirante y se dió por vencido.

Sus embarcaciones no podian mantenerse á flote en el mar, y hasta en el mismo puerto se sumergian.

Dispuso, pues, que fueran encalladas á un tiro de ballesta de la orilla, atándolas juntas la una al lado de la otra.

Pero esto no bastó.

XVIII.

No tardaron en llenarse de agua, y fué necesario construir camarotes en las popas y proa para que pudieran vivir los navegantes.

En aquella débil fortaleza que habia improvisado, creyó Colon que podria resistir cualquier ataque de los indios, y estorbar á su gente que se entregase á los excesos de otras veces.

Prohibió á todos que sin permiso especial saltasen á tierra.

Pero como necesitaba la amistad de los indios, y sobre todo las provisiones que podian ofrecerle, sacando fuerzas de flaqueza, dictó el almirante medidas salvadoras.

Capítulo XLV.

Un hombre de corazon.

I.

No habian olvidado los indios de la Jamáica las buenas relaciones que habian existido entre ellos y los españoles, cuando por la primera vez se acercaron estos á sus costas.

Por consiguiente, los recibieron con las mayores muestras de bondad, y aquel cacique que quiso ir con toda su gente á visitar al rey de España, se apresuró á llevarles regalos y á manifestarles que aun no habia desistido de su empeño.

II.

Conociendo el almirante que por el mal estado de sus buques tendrian que permanecer allí bastante

tiempo, quiso evitar á toda costa que la codicia de los españoles que le acompañaban hiciese cambiar la conducta de los indios, y al efecto dispuso que no se recibiese nada de ellos sin pagárselo con alguno de los objetos que tan poderosamente les habian auxiliado hasta entonces en sus empresas.

Para evitar reyertas en la compra y reparticion de los víveres, nombró dos personas, que todas las tardes repartian las provisiones con el mayor órden y equidad.

III.

Al mismo tiempo no tomaba nada de mano de los indios sin remunerarlo, lo cual estableció entre ellos un comercio afectuoso.

Pero los productos de aquella parte de la isla no bastaban á cubrir las necesidades de los españoles; comenzaron á escasear las provisiones, y de nuevo se apoderó el temor del ánimo de los viajeros.

IV.

Colon, que presentia todo lo que podia suceder, sufria horriblemente.

Las embarcaciones no podian servirle para navegar, y si faltaban víveres en aquella parte de la isla, les esperaba la muerte más cruel que podian imaginar.

En tan penosa situacion, el esforzado Diego Men-

dez se acercó al almirante y le pidió permiso para visitar con tres hombres el interior de la isla, y proporcionarse los alimentos que necesitaban.

No se hubiera atrevido Cristóbal Colon á proponer semejante encargo á ninguno de los que le acompañaban, porque era una comision en extremo penosa.

Así es que agradeció la oferta de Diego Mendez, é inmediatamente puso á su disposicion una lancha para que con tres hombres se dirigiera á la isla.

V.

Apenas desembarcaron, fueron recibidos con la mayor cordialidad por los indios.

Todos se disputaban la satisfaccion de agasajarlos, y llevado Mendez á presencia del cacique de la primera poblacion que encontró al paso, convino con él en que sus vasallos cazarian y pescarian, fabricando además pan de cazabe, para llevarlo, juntamente con la caza y la pesca, á los españoles que vivian á bordo de los buques.

En cambio le prometió peines, cuchillos, cuentas, cascabeles, anzuelos y otros objetos, que les entregaria por las provisiones un español que se estableceria en la ciudad.

VI.

Aceptado el trato, envió Mendez á uno de los tres soldados que le acompañaban para dar cuenta de él

al almirante, y siguió con los dos internándose en la isla.

No tardó en llegar á la ciudad en donde ejercia las funciones de cacique un indio llamado Huarco.

La noticia de la llegada de los españoles habia cundido por todo aquel territorio, y no habia uno solo de sus habitantes que no se considerase dichoso yendo á regalarles.

VII.

Un pacto semejante al primero concluyó con este cacique, y con la noticia de tan fausto suceso y las provisiones que habia obtenido de él, envió á otro de los que le acompañaban.

No tardó en llegar á la presencia de otro muy poderoso, llamado Ameido, el que á su vez le colmó de atenciones, dándole además una magnífica canoa á cambio de una palangana de aljofar, de una sotanilla de paño y de una de las dos camisas que llevaba.

Dispuso además el cacique que seis indios fueran á sus órdenes para remar en la canoa y prestarle toda clase de servicios.

VIII.

Satisfecho de su expedicion, tornó Diego Mendez por la costa, deteniéndose en los parajes en donde habitaban los caciques con quienes habia tratado.

En todos ellos halló establecidos á los agentes es-

pañoles, y al volver adonde estaban las carabelas fué aclamado por todos.

IX.

El almirante le tendió los brazos, porque su arrojo y su lealtad habian cambiado por completo la situacion de los españoles.

Pero como era de todo punto indispensable buscar un medio para poner en movimiento los buques; como estos se hallaban en un estado lamentable, y no habia esperanza de que acudiese embarcacion alguna á reemplazarlos, opinó Colon, y con él todos los que le acompañaban, que era necesario comunicar á Ovando la situacion en que se hallaban para que les enviase inmediatamente una carabela.

X.

Nada más difícil que llevar á cabo este viaje.

Separaba á Colon del puerto de Santo Domingo una distancia de más de cuarenta leguas, á través de un golfo agitado, que no podian salvar sin dificultad más que las ligeras canoas de los indios.

El valor y la lealtad de Diego Mendez por un lado, y por otro la canoa que le habia regalado Ameido, hicieron pensar á Colon en aquel hombre heróico y considerar tan endeble barquilla como su única áncora de salvacion.

Llamando á Diego Mendez, le dijo:

XI.

—Hijo mio, ninguno de los que aquí están conoce el gran peligro de nuestra situacion, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes indios y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocacion pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes de popa. El trato que con ellos habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperle mañana por capricho y rehusar traernos más víveres.

No teniendo elementos para obligarles á cumplir lo pactado, nos hallamos enteramente á merced suya; pero he hallado un medio, y voy á comunicárosle para ver si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado pueden pasar algunos á la Española á procurar un bajel, con el cual nos libraríamos del gran peligro en que hemos caido. Decidme qué pensais sobre el particular.

—Bien conozco,—repuso Mendez,—que el peligro en que estamos es mayor de lo que puede imaginarse. Pero pasar á la Española, y en un bagel tan pequeño como una canoa, no es sólo difícil, sino imposible. Ignoro quién querria aventurarse á un riesgo tan extremo.

—Y sin embargo,—dijo Colon,—estoy seguro de que vos lo arrostrariais por mí.

—Muchas veces he puesto mi vida en peligro de

muerte,—contestó Mendez,—por vos y todos los que nos acompañan. Hasta ahora Dios me ha preservado milagrosamente; pero no faltan murmuradores que aseguran que vos me confiais todas las comisiones en que puede ganarse honor, al paso que os negais á aceptar los servicios de otros que pudieran llevar á cabo semejantes empresas. Sin pensar en el peligro emprenderia el viaje que deseais; pero antes os suplico que hagais una cosa.

—¿Cuál, amigo mio?

—Llamadlos á todos y proponedles la empresa para ver si hay alguno que quiera acometerla. Si como creo, ninguno se atreve, yo me ofreceré á llevarla á cabo, y arriesgaré gustoso mi vida en vuestro servicio.

Colon estrechó con verdadero afecto la mano de Diego Mendez.

XII.

—Poseeis el corazon más noble que he conocido en el mundo,—le dijo.

Al dia siguiente reunió en torno suyo á todos los tripulantes, y les hizo la proposicion.

No hubo uno sólo que no dijese que sólo imaginar aquel viaje era una temeridad.

Entonces se adelantó Mendez.

—Señor,—dijo á Colon,—yo no tengo más que una vida que perder; pero la arriesgo gustoso por serviros, por el bien de todos los que están aquí presentes.

me encargo de ir á Santo Domingo, confiando en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones no me ha abandonado.

XIII.

Colon estrechó entre sus brazos á Diego Mendez, el cual inmediatamente se dispuso á cumplir lo ofrecido.

Conduciendo la canoa á tierra, la puso una quilla postiza, colocó algunas tablas en la proa y en la popa para que el agua no entrase en ellas, la dió una mano de brea, la acomodó un mástil y una vela, y la abasteció de víveres para él, un compañero español, Fortun Cuenca, y seis indios.

XIV.

Mientras las operaciones se llevaban á cabo, escribió el almirante al gobernador de Santo Domingo, pidiéndole con urgencia un buque para que llevase á la Española á toda su gente.

Al mismo tiempo escribió á los soberanos, y conferenció con Diego Mendez, encargándole que se embarcase en Santo Domingo para España y fuese á desempeñar los encargos que le dió.

La historia conserva algunos fragmentos de la carta que por conducto de Diego Mendez deseó hacer llegar á manos de los reyes.

Abramos un ligero paréntesis para conocerla.

Capítulo XLVI.

Paréntesis.

I.

En la carta que dirigia Colon á los soberanos pintaba con vivos colores la deplorable situacion en que se encontraban, los grandes trabajos que habian tenido que padecer, las esperazas que habia realizado, teniendo que renunciar á ellas casi en el mismo momento, y les rogaba enviasen desde los puertos de España uno ó dos buques á la isla Española, para que pudieran regresar él y su gente á la Península.

Se extendia en detallados pormenores acerca del último viaje que habia emprendido, dando gran importancia al descubrimiento de Veragoa.

Alucinado siempre, expresaba la opinion de que en aquel territorio se encontraban las minas de cuyas entrañas arrancó Salomon el oro y las riquezas con que edificó su famoso templo.

Pedíales además con encarecimiento que no entregasen á rapaces aventureros un país que tantos tesoros albergaba, y no se nombrasen para gobernarlo á hombres que no sintieran verdadero interés, al mismo tiempo que hácia las riquezas, hácia los naturales del país.

II.

«Este no es un niño, añadia, que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso en la Española y en Pária sin verter lágrimas. Su mal es desesperado, y ya no tiene remedio; espero que por aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.»

III.

Su imaginacion se exaltaba con estos recuerdos; ponderaba la importancia de Veragoa como superior á la de todos sus descubrimientos, y resucitaba su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulcro.

«Jerusalen, dice, y Sion deben ser reedificadas por manos de un cristiano.

»¿Quién será este?

»Dios, por boca del profeta, lo declara en el décimocuarto salmo.

»El abad Joaquin dice que debe salir de España.»

IV.

Sus pensamientos volvian luego á la historia del gran Kan, que habia pedido le enviasen sábios para instruirle en la fé cristiana.

Colon, imaginando que habia estado en las mismas inmediaciones de Cathay, exclama con repentino celo:

«¿Quién se ofrecerá para esta obra?

«Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.»

V.

Nada caracteriza más á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas.

¡Qué prueba de noble entusiasmo y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se revela en ellas!

Cuando se entregaba á tan dulces ilusiones y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama, y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje.

No puede darse más exacta pintura de su situacion que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar en torno suyo.

VI.

«Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra.

»Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago arrojado á las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el último de mi vida, y rodeado de crueles salvajes.

»En mis negocios espirituales, separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo.

»¡Llore por mí quien quiera, tenga caridad, verdad y justicia!

»No vine á este viaje á ganar honor ni estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas. Vine á servir á vuestras majestades con sana intencion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades.

»Si pluguiese á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á vuestras majestades me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones.»

Capítulo XLVII.

Una expedicion peligrosa.

I.

Diego Mendez estaba resuelto á demostrar una vez más á Colon la admiracion, el afecto y la lealtad que le profesaba.

La víspera de su partida, Fernando, que á pesar de sus pocos años conocia tambien la crítica situacion en que se hallaba el autor de sus dias, quiso, imitando el ejemplo de Diego Mendez, salir poco despues que él en otra lancha, para prestarle auxilio si lo necesitaba; para llegar á Santo Domingo si la desgracia impedia realizar este viaje á Diego, y habló á su padre á fin de que le concediera licencia para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

II.

—No, hijo mio, no,—dijo Colon á Fernando.—Yo

confio en que la Providencia me ayudará á realizar mis designios y que amparará á mi leal amigo Diego Mendez. Si tú partieras, la idea sólo del peligro que ibas á arrostrar aumentaria lo horrible de mi situacion, y acaso me quitaria las fuerzas que necesito para salir del apurado trance en que me encuentro. Además, mi corazon me dice que me veré pronto precisado á aprovecharme de tu auxilio y del de mi buen hermano Bartolomé.

—Pues yo arriesgaré mi vida gustoso,—contestó el jóven,—para haceros concebir la esperanza de que Mendez ó yo volveremos en breve con la embarcacion que necesitamos para salir de este atolladero. Los peligros en mi edad no debilitan, enseñan.

—Más, mucho más aprenderás al lado mio, viendo mis infortunios, y no habrá nada que produzca tu satisfaccion tanto como saber que, teniéndote á mi lado, me hallo con más valor para todo.

III.

Fernando no insistió.

Para distraer de aquellas ideas á su padre, le habló de Diego, de Inés, de Isabel y de Antonio Villejo.

—Ya vereis, padre mio,—exclamaba el jóven,—ya vereis qué felicidad nos aguarda á nuestro regreso á España. Allí descansaremos de las fatigas en el seno de una familia que nos adora, que se mirará en nuestros ojos, que se complacerá en hacernos grata la vida.

—¡Pobre hijo mio!—exclamó Colon.—Bien se vé que la sangre de tu madre y mia corre por tus venas. Has hecho un inmenso sacrificio.

—Lo he olvidado ya; soy tan feliz á vuestro lado...

IV.

Al decírselo, la emocion hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Para que su padre no lo notara:

—En la cubierta está Mendez,—le dijo;—voy á pasar un rato con él.

Y en efecto, se acercó adonde estaba el valiente soldado.

—Sois nuestro salvador,—le dijo Fernando.

—Si es meritorio el acto que voy á emprender,—contestó Diego,—el mérito no es mio, es de vuestro padre; de vuestro ilustre padre, que ha sabido inspirarme la fuerza de voluntad necesaria para arrostrar los mayores peligros, para vencer los obstáculos más formidables, y al mismo tiempo ha despertado en mi corazon un afecto inmenso hácia él, un cariño que sólo goza con los sacrificios que hace en su beneficio.

—¡Ah!—añadió Mendez.—Si no hubiera injusticia en el mundo, no estaria el almirante en medio del Océano á merced de las tempestades, protegido por unos infelices indios, mientras los cortesanos aduladores duermen sobre mullido lecho y pisan las ricas alfombras de los palacios. El que ha hecho lo que él,

merece un trono, y en vano intentarán los hombres arrebatarle la gloria que ha alcanzado. La Providencia vela por los buenos, defiende todas las causas justas, y confio en que nos sacará adelante, llevándonos primero al puerto que ponga á salvo nuestro cuerpo, y despues al que liberte nuestra alma del oleaje de las pasiones.

V.

Era ya muy entrada la noche, hacia luna, y Diego se despidió de Fernando, se dirigió al camarote de Colon, besó su mano con la mayor reverencia, y avisando á Fortun y á los seis indios, se lanzó, impulsado por la fé, la esperanza y la caridad, á merced de las pérfidas olas en una frágil tabla.

El tiempo estaba en calma, y los indios tuvieron que remar toda la noche, porque la vela no servia de nada.

VI.

Al dia siguiente sopló viento favorable, y el ligero esquife avanzó con rapidez.

Tenia que andar más de cuarenta leguas, y los tres primeros dias no cesó de soplar el viento, favoreciendo su marcha.

Fortun era buen piloto, y en la madrugada del cuarto dia dijo á Diego:

VII.

—A Dios gracias, nos hallamos á muy corta distancia de la colonia de Santo Domingo.

El viento se calmó, y fué preciso pensar de nuevo en los remos.

Anduvieron todo el dia, y á la caida de la tarde el cielo amenazaba una terrible tempestad.

No tardaron las negras nubes en inundar el horizonte.

VIII.

De pronto comenzó á llover con tanta fuerza, que los tripulantes tuvieron que abandonar los remos para sacar del bote el agua que le inundaba.

A medida que llegaba la noche, la situacion de los navegantes era más difícil.

La tempestad se desencadenó sobre ellos.

A lo lejos, en medio de la siniestra oscuridad de la noche, veian luces casi imperceptibles.

Las olas se irritaron, y la barquilla subia hasta las nubes y bajaba hasta el abismo con una celeridad espantosa.

Mendez temió no poder terminar el viaje, y en tan desesperado trance dijo á los indios y á Fortun:

IX.

—Si como espero, tenemos que abandonar muy

pronto el bote para buscar á nado la costa, que debe estar próxima, el primero que llegue á ella debe ir á la residencia del gobernador de Santo Domingo, é indicarle adónde ha de enviar con urgencia una carabela para recoger á nuestros compañeros.

No habia terminado de hacer esta indicacion, cuando un golpe de mar azotó con tal empuje la barquilla, llenándola de agua, que antes que los tripulantes pudieran apercibirse de ello la sumergió.

Un grito espantoso resonó en aquel momento, siendo en breve ensordecido por el horrísono estampido del trueno.

De los seis indios, solo uno pudo salvarse.

Fortun Cuenca pereció tambien.

Diego y el indio que habia quedado se dirigieron á nado hácia el punto que marcaban las luces, y al amanecer, despues de haberse visto muchas veces entre las garras de la muerte, hallaron por fin tierra.

X.

El indio cayó estenuado al llegar.

Diego Mendez estaba tambien en un estado lamentable.

Pero pensó en el almirante, en sus compañeros, y sacando fuerzas de flaqueza, preguntó á varios que salieron á la playa qué paraje era aquel.

Con gran contento suyo, supo que se hallaban á muy corta distancia de las minas de Haina, y con no

ménos sorpresa, que aun vivia Miguel Diaz en aquel territorio al lado de su amada Catalina.

Hizo que le condujesen á su presencia, y despues de lo que habia sufrido, experimentó una inmensa alegría al hallarse próximo á Santo Domingo, y hospedado por uno de los mejores amigos que en la Española tenia Colon.

IX.

Le confió el objeto de su viaje, y aunque Diaz le dijo que Ovando no acudiria en auxilio de Colon, aquel mismo dia se puso en marcha, y guiado por un indio, pudo llegar hasta la colonia de Santo Domingo, donde á la sazon se hallaba Ovando gozándose en su obra.

La llegada de Mendez sorprendió al gobernador, que le recibió inmediatamente para averiguar el objeto de su viaje.

Asistamos á su entrevista.

Capitulo XLVIII.

Donde se vé lo que Ovando queria y lo que no queria.

I.

Creia Ovando que, abandonado Colon á sus propias fuerzas, sólo habria conseguido ver perecer sus carabelas á impulso de las olas.

Si el mar no destruia sus embarcaciones, suponia que por una parte los desengaños que habia recibido el ilustre marino, sus enfermedades, su desaliento, y por otra la conducta de algunos de sus tripulantes, personas que á su lado habian puesto sus enemigos, acabarian con su vida.

La gloria del gran hombre, aunque velada por la sombra de la desgracia, brillaba lo bastante para que el demonio de la envidia aguijonease á sus adversarios.

Acaso consistia su encarnizamiento en ese despecho que hace experimentar la conciencia á los que no

pueden ocultar que han cometido alguna villanía contra un hombre superior á ellos por su talento y sus virtudes.

El deseo hacia creer á Ovando, como hemos indicado, que habrian fracasado por completo los proyectos del almirante.

II.

Hacia ya mucho tiempo que las carabelas de Colon se habian alejado de la costa de Santo Domingo, y aunque se habian salvado de la espantosa tempestad que produjo la destruccion de la brillante flota que, cargada de Tesoros, enviaba á España el nuevo jefe de la colonia, sabia que habia tomado un derrotero desconocido, y cuando no habia vuelto ó enviado siquiera algun emisario, era señal segura de que habia perecido con todos los que le acompañaban.

En medio de las tribulaciones que sufria, le sonreia esta idea.

Era, en efecto, el único consuelo que mitigaba lo horrible de su situacion.

III.

La colonia era una verdadera caja de Pandora.

Los indios habian aprendido la astucia de los españoles, y conociendo lo ominoso del yugo que pesaba sobre ellos, la empleaban con éxito siempre que podian.

Los colonos, compuestos en su mayor parte de la chusma, porque los hombres de bien, escasos por cierto, habian regresado á España ó habian sucumbido bajo el peso de sus desdichas, siguiendo el ejemplo de Bobadilla y de Ovando, impulsados por la codicia, sin más ley ni más religion que el lucro, fundaban la más odiosa de las esclavitudes con los infelices indios, desconocian toda autoridad, se rebelaban descaradamente contra las prescripciones de su gobernador, que sólo los hallaba prontos á obedecerle cuando se trataba de ayudarle á cometer alguna infamia.

Para divertirlos, necesitaba de cuando en cuando ofrecerles el inícuo espectáculo de una hecatombe.

La más leve falta, el más infundado pretexto bastaba para que aquel hombre taimado ahorcase á unos cuantos indios, y este espectáculo y las lágrimas de de sus esposas y de sus hijos, eran una de las diversiones favoritas, uno de los goces más gratos de aquellos desalmados.

Este estado de cosas le hacia sufrir.

IV.

Los malvados adoptan todos los medios, por infames que sean, para llegar al fin que se proponen.

Ignoran que la Providencia es justa, y que hace que las armas se vuelvan contra los mismos que las emplean.

Los que habian ayudado á Bobadilla á mortificar

á Colon, fueron los primeros que se colocaron al lado de Ovando para destruir á Bobadilla.

Aquellos mismos hombres, no pudiendo sustituir á su último jefe, se complacian en tratarle como á un esclavo.

Todo esto le mortificaba; temia que su conducta hiciese buena la de Colon á los ojos de los españoles, y por eso le halagaba la idea de que hubiera perecido el almirante.

V.

La llegada de Diego Mendez fué para él un horrible desengaño.

Al anunciarle, le dijeron que deseaba verle uno de los marinos que habian acompañado á Cristóbal Colon.

—¿Dónde ha desembarcado?—preguntó.

—Cerca de Haina.

—¿Quién le acompaña?

—Uno de los peones de Miguel Diaz.

—Pero al llegar á Haina, ¿quién iba con él?

—Sólo un indio.

—¡Un indio!... ¿No ha llegado al puerto en alguna carabela?

—Los dos llegaron á nado.

Una sonrisa brilló en los lábios del gobernador.

—Que pase al punto,—dijo.

Y Diego Mendez no tardó en hallarse en su presencia.

VI.

Ovando deseaba preguntarle si aun vivia Colon; pero temia una respuesta afirmativa.

En vez de demostrarle su ansiedad, se encerró en la mayor reserva.

—¿Quién sois?—dijo á Diego Mendez.

—En este momento, un enviado del muy ilustre señor don Cristóbal Colon, almirante de las Indias.

Esta respuesta, que implicaba la existencia de Colon, irritó á Ovando.

Con ceguedad añadió:

—No reconozco en Colon más títulos que los que á la consideracion pública tienen los que han encanecido en el servicio de sus reyes.

VII.

Mendez conoció que en aquellos momentos necesitaba más diplomacia que arrogancia, y procuró llevar la conversacion á otro terreno.

—Si me lo permitis,—le dijo,—desempeñaré la mision que cerca de vos me ha confiado mi señor y dueño.

—Responded antes á mis preguntas.

—Como gusteis.

—¿Ibais á bordo cuando Colon llegó á Santo Domingo á pedirme buques con que reemplazar los suyos?

—Le he acompañado desde que salió de España para emprender su cuarto viaje.

—Y al proseguir su viaje, ¿dónde fuísteis?

—En busca de un estrecho.

—¿Y lo habeis encontrado?

—Hemos hallado algo que vale más.

—¿Qué habeis hallado?

—Permitidme que no responda á esa pregunta.

—¿Por qué razon?

—No estoy autorizado para ello.

—¿Quién os ha de autorizar entonces?

—Mi jefe... el ilustre Colon.

—¿Acaso vive?

—Vive, y la realizacion de sus esperanzas ha aplacado sus males y ha rejuvenecido su espíritu.

VIII.

Ovando se mordió los lábios.

La ira que sentia en el pecho parecia ahogarle.

—Contando con vuestra lealtad hácia nuestros augustos monarcas, me envia á pediros auxilio.

—¿Auxilio?—exclamó Ovando asombrado.—Pues no decís que ha realizado sus esperanzas.

—Ha descubierto el país donde se cria en las entrañas de la tierra el mejor oro del mundo; pero al volver á España á comunicar tan fausta noticia á los reyes, los temporales que hemos sufrido han destruido los buques, y para sobrevivir á tantos desastres, se

ha visto el almirante precisado á buscar una costa segura, á unir por medio de fuertes barrotes las dos únicas carabelas que nos han quedado, y en este estado aguarda á que le socorrais.

—¿Dónde decís que está?

—Muy lejos de aquí... en la costa de la Jamaica.

—Y no teneis más que dos carabelas.

—Decid mejor almadias... no pueden navegar.

—¿Entonces cómo habeis llegado hasta Santo Domingo?

—Teníamos una canoa, y salí en ella con algunos indios y un español.

—En tan endeble tabla os atrevísteis á atravesar el Océano.

—El deber y el amor que profeso á los reyes, y á su almirante en estos mares, me incitó á acometer tan árdua empresa.

—¡Sois arrojado!—dijo Ovando, fijando en él una mirada escudriñadora.

—¡Soy leal!—contestó Diego Mendez con entereza.

—Pero segun mis noticias, no habeis llegado á la costa en la canoa.

—No,—dijo Mendez;—en medio de la travesía nos sorprendió una horrible tempestad; la navecilla se sumergió en el agua, perecieron mis compañeros, y sólo pudimos salvarnos á nado un indio y yo. Ahora bien: ya sabeis el objeto de mi venida. Colon, enviado por los reyes, nuestros augustos soberanos, á enriquecer sus dominios con nuevos territorios, ha reali-

zado su dorado sueño, puede ofrecer á su patria adoptiva una de las más grandes conquistas, pero necesita buques para regresar á España, y yo en su nombre vengo á solicitarlos.

—¿Venis acreditado formalmente?

—Os traigo una comunicacion firmada de su puño y letra, y sellada con su sello.

—Dádmela.

—Héla aquí,—dijo Mendez, entregándole un pliego cerrado.

IX.

Ovando vió otro pliego.

—¿Y esa comunicacion,—le preguntó,—para quién es?

—Para sus majestades.

—En ese caso, dádmela tambien para enviarla en la primera carabela que parta á España.

—He de entregarla yo mismo en sus propias manos.

—¿Cuándo?

—Cuando Dios quiera: mi deseo es obtener vuestra vénia para partir en el primer buque que se dé á la vela.

X.

Ovando concibió en aquel instante un proyecto.

—¡Está bien!—le dijo.

—¿Puedo saber,—preguntó Mendez,—cuál es vuestra resolucion?

—Por de pronto rogaros que admitais para albergaros una habitacion en mi palacio.

—¿Pero enviareis al almirante los buques que necesita?

—No seais tan impaciente: descansad ahora, dejadme que haga los honores al intrépido nadador, y despues hablaremos.

—Pero...

Ovando no le dejó continuar.

XI.

Llamó á uno de sus pajes y le dijo:

—Dad una buena habitacion en mi casa al muy leal servidor don Diego Mendez; y vos,—añadió, dirigiéndose al soldado,—seguid al paje, y hasta mañana...

Mendez creyó que Ovando, al saber el triunfo que habia alcanzado Colon, le auxiliaria para congratularse con él.

Se despidió del gobernador y siguió al paje.

XII.

Ovando mandó llamar al indio que habia acompañado á Mendez.

El indio no tardó en acudir.

Era Albigo, el que habia querido acompañar á Co-

lon la primera vez que desembarcó en las costas de la Jamaica.

Reclamado por los suyos, habia vuelto á su patria; pero al ver de nuevo á los españoles, al saber el proyecto de Mendez, quiso acompañarle.

Ovando le recibió con las mayores muestras de amabilidad.

—Estás en mi poder,—le dijo;—pero no quiero que formes mala idea de mí. ¿Eres adicto á los españoles?

—Sí,—contestó el indio.

—¿Y por consiguiente á sus reyes?

—Soy su esclavo.

—Lo que quiere decir, que si te diesen una órden la cumplirias.

—Sí.

—Aunque tuvieses que sacrificar tu vida.

XIII.

El indio miró á Ovando, como dándole á entender que su vida era poco.

—¿Sabeis quién soy?—añadió Ovando.

—Sois el jefe de los blancos.

—Soy aquí el representante de mis reyes, el que recibe directamente de los soberanos las órdenes que estos quieren trasmitirle. Si yo en su nombre te mandase algo, ¿me obedecerias tambien?

—Con alma y vida.

—Pues bien: has de saber que yo me fio más de tí

que de ningun otro, y por esa razon voy á confiarte una mision muy delicada. Tú me has dicho que sacrificarias con gusto tu vida por servir á los reyes. No te exijo tanto.

—Pedid lo que querais.

—¿Desearias ir á España y ser presentado á los soberanos?

—Es mi mayor deseo.

—Pues bien: te se presenta una ocasion de realizar ese afan, que he conocido tienes desde hace tiempo. Hé aquí lo que has de hacer para realizar tu deseo.

El indio se adelantó maquinalmente hácia Ovando para no perder una sola palabra de las que iba á pronunciar.

XIV.

El gobernador, por su parte, satisfecho al ver las buenas condiciones en que se hallaba el indio para realizar el infame proyecto que habia concebido, no pudo contener la satisfaccion que experimentaba, y habló de esta manera á su interlocutor:

—El almirante Cristóbal Colon te ha enviado en compañía de Diego Mendez para traerme una carta y llevar otra á los reyes de España, dándoles cuenta de los últimos descubrimientos que ha hecho en su viaje por las costas de la Jamaica. Yo no sé por qué me figuro que no es todo adhesion en Diego Mendez hácia el almirante.

El indio, que habia sido testigo de las pruebas hechas por Diego Mendez para demostrar á Colon su lealtad, significó en una mirada el asombro que producian en él las sospechas de Ovando.

No pasó desapercibida para el gobernador esta expresion de asombro, y cambiando de táctica, le dijo:

XV.

—Voy á ser franco contigo. No es que dude de la lealtad de Mendez; pero tengo más confianza en tí, y desearia que la carta que guarda en su poder para presentarla á los reyes, la llevases tú con otra mia, en la que diria á sus majestades que premiasen tus servicios con su acostumbrada esplendidez.

—Sí,—exclamó el indio, ébrio de gozo;—eso me agradaria en extremo. Desde que llegaron los blancos por primera vez á las costas de mi patria, oí llamarlos hijos del cielo, y se despertó en mi alma el deseo de acompañarlos, de ver su país, de adorar á sus reyes. Por realizarlo ahora, no hay sacrificio que no arrostre.

—Pues bien: Mendez desea como tú ir á España, presentar á los reyes la carta del almirante, recibir sus plácemes, y obtener el premio al portador de tan buenas noticias. Pero yo desearia enviarle al mando de los buques que me ha pedido Colon, porque no tengo un capitan más diestro que él, ni creo hallar entre todos los españoles que están á mis órdenes uno más adicto á la persona de Colon.

—Sí, sí,—dijo el indio, mostrando una gran alegría al ver que Ovando hacia justicia á los nobles sentimientos de Diego Mendez.

—Pero es preciso,—continuó el gobernador,—que tú, valido de la confianza que inspiras al enviado de Cristóbal Colon, te apoderes, sin que él se aperciba de ello, del pliego que tiene en su poder para los reyes.

—¿Yo?

—Nada más fácil.

—¡Oh, no por cierto!

—¿Dudas?

—¡Cometer semejante felonía!

—Nada tiene de extraño.

—Diego Mendez es un valiente.

—Lo que conozco como tú.

—Me ha salvado la vida.

—No te exijo yo que olvides la gratitud que le debes; pero como se trata pura y simplemente de hacer un servicio á Colon, y de facilitarle así los medios de realizar un deseo vehemente, que en vez de perjudicarte te honra, porque evidencia tu lealtad hácia los monarcas de Castilla, el plan que te propongo nada tiene de censurable. Mendez creerá, si tú te apoderas del pliego con habilidad, que lo ha perdido; yo le instigaré entonces á que parta con los navíos á las costas en donde espera ansioso su llegada el almirante, y para cuando él pueda hallarse en disposicion de ir con su mismo jefe á España, tú habrás llevado la noticia de los descubrimientos, y habrás obtenido el premio...

Mendez te agradecerá entonces eso que tú llamas felonía.

XVI.

Ovando calló para aguardar la respuesta del indio.

Este luchaba entre el deseo y el deber; pero como el deseo es el gran argumentador de la conveniencia, disminuyó á sus ojos las proporciones del acto que le incitaba á cometer Ovando, y cayó en la red que le tendió el astuto gobernador.

—¿Qué resuelves?—dijo este.

—Que estoy dispuesto á obedeceros.

—En ese caso, voy á prepararlo todo. Espérame un instante aquí.

Y Ovando salió de la estancia, dejando al indio encerrado en ella.

Vamos á conocer á fondo el pensamiento del encarnizado enemigo de Colon.

Capítulo XLIX.

Un plan.

I.

La pendiente del crímen es muy rápida.

Dado el primer paso, no es posible detenerse.

Ovando, aquel hombre respetable, elegido por la piadosa Isabel para dar una satisfaccion al inmortal descubridor del Nuevo-Mundo, para poner coto á los desmanes de Bobadilla, para dulcificar la angustiosa situacion de los indios, para ayudar á los misioneros en la propagacion de la fé cristiana; aquel hombre que tanta rectitud habia observado en su conducta, que tan señaladas muestras habia dado de bondadosa severidad, al verse lejos de la madre pátria, con tan ámplios poderes como los que le habian dado los reyes, embriagándose de vanidad al observar que la gloria del ilustre marino, gloria que habia llenado el mundo

antiguo, le servia de pedestal, olvidando su pasado, buscó en el crimen, revestido con las formas de la curiosidad, entre los suyos la popularidad, entre los indígenas el miedo, el respeto, la veneracion á su fuerza.

II.

Ya hemos dicho antes que se volvia contra su pecho el puñal que habia esgrimido contra los inocentes; que la popularidad le ahogaba, y que en medio de sus tribulaciones, la sola idea que le halagaba era la de que Colon hubiera perecido, la de que su brillante gloria se hubiera eclipsado para siempre, la de que aquel hombre inmenso, cuya poderosa figura no hubiera cabido en el viejo mundo, hubiera hallado por sepulcro el abismo, por sudario las olas, y por epitafio las maldiciones de los séres unidos por los lazos del cariño con los que le habian acompañado en su desastrosa expedicion, y que por él y con él habian sucumbido.

Pero Mendez habia destruido su alegría.

Atravesando á nado las impetuosas aguas del Océano, habia llegado á Santo Domingo, no sólo á decirle que vivia Colon, sino que en su viaje habia descubierto un país que guardaba en sus entrañas el mejor oro que en las Indias se habia encontrado hasta entonces.

Este triunfo le irritaba hasta la desesperacion, y veia en la circunstancia de hallarse el almirante obli-

gado á permanecer en las costas de la Jamaica, por carecer de buques que le llevasen á España, veia, repetimos, una ocasion de ejercer con él la crueldad que las tempestades no habian osado tener con aquel gran hombre.

III.

Inmediatamente concibió un infame proyecto.

Su objeto era obligar al indio á que se apoderase del pliego que debia llevar Mendez á los Reyes Católicos.

Cuando estuviera en poder del indio, nada más fácil que atravesarle el corazon para apoderarse del pliego.

Obtenido este primer triunfo, enviaria á Mendez con tres ó cuatro buques en busca de Colon.

Los tripulantes, ganados de antemano por él, al dar vista á las carabelas del almirante, asesinarian á Mendez, y sin acercarse á los buques, acecharian el momento en que el hambre y la desesperacion concluyesen con aquellos desgraciados náufragos, para apoderarse de los papeles y mapas de Colon, volver con ellos á Santo Domingo, y desde allí participar á los reyes el descubrimiento como verificado por Ovando, dándoles cuenta al mismo tiempo de la desastrosa muerte de Colon y los suyos.

Parecíale tan fácil la realizacion de este plan, que no podia ménos de experimentar en el fondo de su alma una inmensa alegría.

IV.

Apenas abandonó al indio, lo preparó todo para llevar á cabo su criminal propósito.

Uno de los pajes en quien tenia más confianza, fué el designado por él para poner en práctica la primera parte de su pensamiento.

Llamábase García Perez, y á pesar de sus pocos años, pues apenas contaba veinticinco, habia cursado con aprovechamiento la gramática parda en las Tendillas de Toledo.

En la misma ciudad, comprometido en un lance con un hidalgo, le atravesó de una estocada, y como la familia del muerto era poderosa, se vió tan perseguido, que al fin y al cabo cayó en manos de los cuadrilleros, y lo hubiera pasado muy mal si por una casualidad no le hubiera visto el obispo Fonseca y se hubiera prendado de su agudo ingenio y de su descarada sinceridad.

Condolido de su suerte, influyó mucho para que conmutaran su condena, incluyéndole en el número de los criminales á quienes se ofreció indulgencia en cambio de los servicios que prestasen en las colonias de las Indias.

V.

Fonseca, que no desperdiciaba una sola ocasion de

engrosar las filas de sus partidarios contra el almirante, lo recomendó particularmente á Ovando.

Este le hizo su paje, y no tardó en emplearle en sus intrigas, porque conoció desde luego su habilidad, su destreza y sus pocos escrúpulos.

Ovando llamó á su paje.

—Es necesario,—le dijo,—que mandes preparar para esta noche una abundante cena.

—¿Para obsequiar al huesped?—preguntó maliciosamente el escudero.

—En efecto: para obsequiarle es.

—¿Pondremos buenos vinos?

—Busca dos compañeros, y que os sirvan el vino en cuatro jarros distintos. En uno de ellos, en el del huesped... quiero que se encuentre un sueño profundo.

—¿Un sueño que sea imágen de la muerte?

—Imágen sólo.

—¿Es decir, que todavía?...

—¡Pues! Por ahora sólo me conviene que duerma.

—¿Y mis dos camaradas?

—Cuando el huesped empiece á dormir, te lo llevas. Yo le daré entonces un compañero.

—¿El indio tal vez?

—Lo has adivinado. Por la mañana al romper el alba procurarás que el indio salga contigo hácia la playa.

—Sí, ya entiendo.

—Acaso no.

—El indio llevará en su poder...

—Sí, un pliego.

—Que necesitais adquirir á toda costa.

—Eres muy ducho.

—Deseo serviros.

—Como el indio no te dará de buen grado el pliego...—dijo Ovando.

—Comprendo: habrá necesidad de quitárselo á la fuerza.

—Los colonos madrugan poco. Un agudo puñal te bastará...

—Eso es.

—Una vez en la playa,—continuó tranquilamente el gobernador,—nada más fácil que arrastrarle á la orilla, atarle al cuello una piedra y arrojarle al fondo del mar.

—Todo se hará á medida de vuestro deseo,—contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

VI.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche,—le dijo,—la pasarás al lado de Die-

go Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, antes de que despierte, irá buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.

Capítulo L.

Una cena.

I.

García Perez buscó dos camaradas para que le acompañasen en el festin. Los dos habian formado parte de los rebeldes á las órdenes de Roldan, y cuando se trataba de alguna francachela, eran los primeros en acudir y los últimos en abandonar el jarro de lo añejo.

II.

García se guardó muy bien de decirles el objeto de aquella cena.

—Se trata pura y simplemente de probar á un bellaco, que asegura que jamás pierde la cabeza, aunque apure una cuba, de que el vinillo que yo puedo sisar

á mi amo seria capaz de dar en tierra con la Giralda de Sevilla.

—Pues lo que es á beber no nos gana,—dijo uno de los dos compinches, á quien llamaban por mal nombre el Gaitero, no por que tocase la gaita, sino por que, como decian sus camaradas, todo en él eran *gaitas*.

—¿Y quién es el prójimo?—preguntó el segundo, que se llamaba Mendo.

—El que ha llegado esta mañana con uno de los peones de Miguel Diaz.

—¿Diego Mendez?

—El mismo.

—¿Pues no ha venido á nado?

—¿No ha de venir, si es un pez?

—En ese caso,—dijo el otro,—nos vá á ganar á todos á beber.

—¿Por qué?

—Porque á fuerza de tragar agua del mar, se le habrán hecho unas grandes tragaderas.

—La cuestion es emborracharle,—dijo García,—y para conseguirlo es necesario que nosotros estemos fuertes.

—Eso quiere decir que nos vais á convidar á ver beber vino, no á beberlo.

—¿Y el amor propio?

—El estómago no le tiene.

—Pues os prometo dejarme ganar unos cuantos maravedís si conservais fuerte la cabeza despues de la cena; y ya veis que os conviene, porque si estais

borrachos podré hacer trampa al arrojar los dados sobre la mesa.

III.

Prévias estas reflexiones, entraron los tres en una habitacion del palacio de Ovando, en donde estaba puesta la mesa con los manjares y los jarros de vino.

—Esperad aquí un rato,—dijo García á los dos compañeros,—que voy yo á buscar á nuestro hombre.

Ovando habia preparado ya á Diego Mendez.

Le habia dicho que su paje García Perez queria obsequiarle; y como en todo esto no veia el soldado más que la confirmacion de su idea, esto es, que al ver Ovando el triunfo que habia alcanzado Colon, queria reconciliarse con él, empezando por agasajar á su representante, dejándose querer, como se dice vulgarmente; así es que apenas se presentó García á incitarle, aprovechando sus buenas disposiciones para hacer los honores á la mesa, llegó con el paje adonde estaban esperándolos sus otros dos comensales.

El estómago influye poderosamente en el hombre.

IV.

Diego Mendez recibió con gusto el olorcillo que despedian los manjares, y mostrándose expansivo con los que iban á ser sus compañeros de mesa, empezó á tratarlos con la mayor cordialidad.

—¿Es cierto,—le preguntó el Gaitero,—que habeis llegado á nado hasta la costa de Haina?

—Ni más ni ménos que un tiburon.

—¿Mucha agua habreis tragado?

—Mucha; pero tengo el estómago muy ancho, y tal gana tenia de llegar, que hubiera sido capaz de tragarme el Océano.

—¡Baladronada es esa!—dijo el Gaitero.

—Yo apuesto cualquiera cosa,—dijo García,—á que no sois capaz de apurar ese jarro de vino.

Mendez miró al jarro, y cogiéndole,

—A vuestra salud,—dijo.

García miró confidencialmente á sus compañeros, como diciéndoles:

—¡Ya es nuestro!

V.

Mendez observó aquella mirada; pero como estaba predispuesto á no pensar mal de sus anfitriones, atribuyó aquella seña á la simple creencia de que sus palabras habian sido una bravata, de que al segundo trago iba á caer en la embriaguez.

—Es necesario dominarse,—se dijo.

Y estas consideraciones, que fueron instantáneas, le obligaron á dejar el jarro sobre la mesa.

—¡Tan pronto!—exclamó el paje de Ovando.

—¿Cómo tan pronto?

—Quiero decir, que vuestro estómago ha desmentido á vuestra palabra.

—Así se lo ha aconsejado la cabeza, y yo acostumbro á seguir sus consejos.

—Malo,—pensó García;—este hombre es más duro de pelar que lo que yo creia.

Pero no se apuró por eso.

Era hombre de muchos recursos.

VI.

—Aunque sea descortesía, ¿quereis decirme,—le preguntó,—si pensais volver pronto á España?

—Con mucho gusto. En cuanto salga un buque volveré á nuestra patria.

—En ese caso, no tardaremos en separarnos. El gobernador ha dado órdenes terminantes para que salga la carabela que llegó hace ocho dias mañana de madrugada.

—Nada me ha dicho.

—Habrá querido sorprenderos.

—Tal vez.

—Pero sí os habrá indicado que se propone enviar al almirante los dos mejores buques que hay en la actualidad en la bahía.

—¿Estais seguro de eso?

—Segurísimo. Delante de mí ha dado las órdenes al capitan Figueroa... un capitan de orígen portugués, que acá para entre nosotros, no tiene mucho partido entre los colonos, porque es admirador entusiasta del almirante.

—¡Pues vive Dios, que hace bien en serlo, porque

no ha pisado otro como él las playas de estas tierras

—Lo que es en eso, estamos de acuerdo... y ¡qué diablo! ¿Por qué no decirlo? El gobernador mi amo piensa del mismo modo.

—Mucho lo ha disimulado hasta ahora,—replicó Mendez.

—Era preciso.

—¿Por qué causa?

—Porque el malvado Bobadilla habia hecho tanto para desacreditarle, que no habia en toda la colonia quien saliese á su defensa. Estos perros enseñaban los dientes, y un hombre solo no podia luchar con quinientos por la fuerza. Con la maña era otra cosa, y tan bien le ha salido su plan, que en este instante pasan de ciento los que quieren marchar á bordo de las carabelas á auxiliar á Colon.

—Lo merece,—dijeron el Gaitero y Mendo.

—Pues brindemos á su salud,—exclamó García.

—Brindemos.

—Y vos, ¿qué haceis que no empinais el jarro?—le dijo á Diego.

—Yo brindo mejor por el almirante sin beber que bebiendo.

VII.

—¡Ah, perro viejo!—murmuró por lo bajo García.—Vamos, un trago,—añadió en voz alta.

—No.

—¿Teneis miedo de que se os suba á la cabeza?

—¡Miedo yo! No sé lo que es el miedo.

—Mal se conoce.

—A la salud del almirante,—dijo Diego Mendez, empinando el jarro, porque las últimas palabras del paje habian herido su amor propio.

—¡Bravo! ¡Bien!—gritaron todos.

—Ya no bebo más,—dijo Diego;—este vino es muy fuerte.

—Se agarra al riñon, ¿no es cierto?

—Abrasa.

—¡Bah! No seais mujer.

Esta última palabra indignó al soldado.

VIII.

Levantándose Diego:

—Retirad al instante esa ofensa,—exclamó,—ó salid en este momento á cruzar vuestra espada con la mia...

—No he querido ofenderos,—dijo el paje;—y en prueba de ello, no sólo la retiro, sino que os tiendo la mano.

—Basta,—dijo Mendez, que era tan valiente como generoso.

—¡Pelillos á la mar!—exclamaron los circunstantes.

—Echemos tierra sobre el disgusto.

—Tierra no, vino.

—Eso es, vino.

—¡A vuestra salud!...—dijo García, echando un trago.

—¡A la vuestra!—contestó nuestro valiente marino, imitándole.

IX.

La conversacion varió de rumbo.

—Dichoso vos, que vais á España,—dijo de pronto Mendo.

Esto bastó para que los cuatro evocasen mil recuerdos de la madre patria.

Hablar de la patria tan lejos de ella, debia despertar en el alma de todos un gran entusiasmo, y así fué, en efecto.

Los cuatro se entusiasmaron, y con la conversacion y el calor se les despertó una sed en extremo rabiosa.

Sin saber lo que hacian, acercaban á cada instante el jarro á sus labios.

X.

Diego empezaba á sentir una gran pesadez en la cabeza.

Los dos amigos de García no estaban ménos acalorados que él.

La conversacion continuó.

—Me ahogo,—dijo de pronto Mendez, y corrió á abrir una ventana.

El fresco de la noche le consoló.

Apoyado sobre el alfeizar, se dejó acariciar por la brisa.

Entre tanto, el infame García alejó á sus dos compañeros.

Estos salieron dando traspiés.

No habian podido cumplir su palabra.

El paje se acercó á Diego.

XI.

—¿Qué teneis?—le preguntó.

—Sueño.

—Si no es más que eso, no hay cuidado.

—Siento una pesadez muy grande.

—Recostaos un rato en un sillon, y se os pasará en seguida.

—Apenas puedo moverme; parece que mis fuerzas se han paralizado,—repuso Mendez, á quien costaba ya gran trabajo articular las palabras.

—¡Bah! Yo os creia más fuerte.

—Acercadme un sillon... voy á caerme... se me vá la cabeza.

—¡Ya es mio!—pensó el paje, obedeciendo la última órden de Diego.

—No veo...—añadió este.—¡Dios mio! ¿Qué me pasa?... ¡La voz espira en mi garganta!...

Y cayó desplomado en el sillon de caoba que le ofreció García.

XII.

—Ya duerme,—dijo este despues de observarle.—Tardará en despertar un buen rato, pero despertará. No puede quejarse de su suerte; otros no han despertado.

Cerró la ventana, apagó la lámpara que alumbraba la estancia, y fué á buscar al indio.

Capítulo LI.

Donde se vé que no todo sale á medida de lo que desean los malvados, aun cuando salga mal.

I.

—¡Ya está durmiendo!—dijo García al indio.—Toma esta candileja, y vé á hacerle compañía.

El indio miró con recelo al paje.

—¿No quieres ir?

El indígena vaciló un momento, pero al fin tomó la candileja y dijo al paje:

—Guiadme.

II.

García le llevó á la estancia donde dormia Mendez.

—Vela á su lado,—le dijo,—y mañana temprano vendré á buscarte para que te embarques.

Esta última promesa animó al indio.

García salió, cerrando la puerta.

Diego Mendez y el indígena quedaron sólos.

III.

El demonio de la ambicion se habia apoderado del indio.

Un sentimiento natural, espontáneo, le decia que iba á cometer una mala accion.

Diego le habia salvado de la muerte.

Si con su poderoso brazo no le hubiera arrancado del abismo, hubiera perecido en él como sus compañeros.

Pero en último caso, no era tan mala accion la que iba á llevar á cabo.

Los planes de Colon se realizaban.

Los soberanos tendrian pronto noticia de sus descubrimientos, y el almirante no se privaba de la cooperacion de uno de sus más leales servidores.

IV.

El indio se acercó á Diego.

Le miró con la mayor atencion durante un cuarto de hora.

—Su sueño no es natural,—se dijo despues de observarle.—Le han dado un beleño, y esto es una horrible infamia.

Convencido de esto, se acercó á la mesa en donde aún estaban los restos del festin.

Examinó los jarros, y no tardó en descubrir el narcótico en el jarro en que habia bebido Mendez.

Consistia el brevaje en una ligera infusion de hojas de manzanillo.

El sueño que producian era profundo y doloroso.

V.

—¡Cómo sufrirá!—pensó el indio.—¡Oh! Yo no debo consentirlo, seria una iniquidad. Hay un medio de despertarle casi instantáneamente; pero necesitaria salir de aquí para buscar las plantas que destruyen los efectos del manzanillo.

En aquel momento descubrió la ventana.

Aunque con trabajo, la abrió, y vió con gran placer que oscuros nubarrones ocultaban la claridad de la luna.

—Todos duermen,—se dijo;—puedo salir por la ventana, buscar la planta, volver y dársela. ¡Oh!... Pero antes,—añadió,—me apoderaré del pliego.

Y acercándose á él, registró su escarcela.

VI.

La respiracion de Diego le detuvo.

Más que respiracion, parecia aquello el estertor de la agonía.

El indio se apoderó del pliego, y antes de partir frotó con agua las sienes de Mendez.

—Voy á buscar el remedio,—se dijo.

Y trepando con la agilidad de un gato montés, saltó al campo.

VII.

El fresco que entraba por la ventana dulcificó la temperatura, y Diego pudo respirar mejor.

Cuando volvió el indio con el antídoto, estaba ya más tranquilo.

Entonces pensó que no debia despertarle hasta momentos antes de partir.

—Si descubriese la felonía que he cometido,—se dijo,—me mataria, y yo no tendria valor para defenderme de él.

VIII.

De cuando en cuando frotaba con agua fresca las sienes del soldado.

Esto parecia consolarle.

Al fin comenzó á amanecer.

El indio introdujo en la boca de Mendez una hoja de la planta que habia ido á buscar.

Despues machacó las otras, y las echó en un vaso.

Movió el líquido durante cinco minutos, y dió con él fricciones al soldado en las sienes, en las muñecas y en la nuca.

IX.

Aun no habia terminado la operacion, cuando oyó pasos.

Poco despues se abrió una puerta, y apareció en ella García Perez encubierto con un tabardo y con el birrete muy echado sobre los ojos.

X.

—¿Estás pronto á seguirme?—dijo al indio.

—Cuando gusteis.

—¿Tienes en tu poder lo que buscabas?

—Sí.

—Pues en marcha.

García estaba muy preocupado, y ni siquiera se apercibió de que la ventana estaba abierta.

Cerró la puerta con llave, y salió con el indio hácia la playa.

XI.

—Tengo encargo de llevarte á la carabela que vá á partir en breve para España,—le dijo.

—¿Sin ver al gobernador?

—No es necesario.

—Vamos entonces.

—Vé delante.

El indio obedeció.

XII.

Los dos avanzaron hácia la playa.

En la bahía habia varios buques agrupados.

Separados de ellos habia una carabela.

—En aquel barco has de ir á España,—dijo García al indio.

Este se detuvo extasiado á contemplarle.

XIII.

El paje sacó el brazo de debajo del tabardo.

En su diestra brilló un puñal.

—¡Dios te valga!—exclamó, y sepultó el puñal en el cuello del indio.

Este cayó lanzando un ¡ay! terrible.

García se bajó para apoderarse del pliego que llevaba.

Pero en aquel momento sintió una mano de hierro en su garganta.

—¡Favor!—gritó.

Y quiso repetir aquella palabra, pero no pudo.

Su adversario le habia extrangulado, y yacia en tierra al lado de su víctima.

XIV.

Mendez, que como habrán comprendido nuestros lectores, era el que habia castigado al infame paje,

comprendió tarde, pero á tiempo aún para salvar su vida, que no podia contar con Ovando.

Sin detenerse, y creyendo llevar en la escarcela el pliego de Colon para los reyes, tomó el camino de las minas de Hayna.

—Miguel Diaz es bueno,—se dijo;—le contaré lo que sucede, y él me prestará auxilio.

XV.

Aguijoneado por el temor de que Ovando enviase gente en su persecucion, llegó en breve tiempo.

Diaz le escuchó con interés.

—De una canoa puedo disponer,—le dijo;—id en ella con un hombre de toda mi confianza que os daré, y volved adonde está Colon para traerle. Aquí le respetarán, y el gobernador no tendrá más remedio que poner á su disposicion cuando ménos una carabela.

XVI.

Diego aceptó la proposicion, y con un indio de los más fieles á la esposa de Miguel Diaz, partió en una canoa para las costas de la Jamaica.

Pronto veremos las nuevas desventuras que le acaecieron en esta expedicion.

No habia hecho más que partir, cuando se presentaron en su seguimiento tropas que expidió Ovando en distintas direcciones para que le buscasen.

La muerte de su paje le habia irritado en extremo.

Cuando le esperaba con el pliego, oyó rumor en la antecámara de su palacio.

—¿Qué es eso?—preguntó.

El capitan de guardia entró en su aposento á notificarle que en la playa habian aparecido muertos el indio y García.

XVII.

Cuando supo los detalles de aquellos asesinatos, mandó llamar á Diego Mendez.

Le buscaron en todas partes sin hallarle, y no dudó que él habia sido el que habia asesinado á García.

—Conducid los cadáveres á palacio,—dijo,—y que partan inmediatamente destacamentos en busca del asesino.

Sus órdenes fueron obedecidas.

XVIII.

Cuando estuvieron los cadáveres en el palacio, fué el gobernador á verlos.

Mandó que le dejasen solo, y buscó entre el cinturon del indio el pliego que deseaba poseer.

No estaba.

Creyendo entonces que se habria apoderado de él su paje antes de morir, registró la escarcela de García, y tampoco halló el anhelado documento.

Su desesperacion llegó al colmo.

XIX.

Aguardó con ánsia á que volvieran los que habia enviado en persecucion de Mendez, y cuando regresaron y supo que no le habian hallado, cayó en la mayor consternacion.

Si hasta entonces habia sido un tirano, á partir de aquel momento, viéndose completamente perdido, aumentó su crueldad.

Deseoso de arrebatar á Colon el nuevo triunfo que le sonreia, meditó un nuevo plan para destruirle.

Los malvados no cuentan nunca con la Providencia; pero la Providencia tiene siempre en cuenta sus acciones.

Capitulo LII.

Donde se ven las nuevas desventuras que acaecieron á Diego Mendez.

I.

Diego Mendez y el indio, que ya era cristiano y completamente adicto á los españoles, remaron con fiebre durante todo el dia y lucharon como héroes contra las encontradas corrientes que combatian su endeble barquilla.

Antonio, que este era el nombre que habia tomado el indio al bautizarle el venerable padre Las-Casas, comprendia el deseo de Diego, y sacaba fuerzas de flaqueza para vencer los escollos y llegar cuanto antes al término de su viaje.

II.

Un fuerte vendaval los empujó hácia la costa de una isla que uno y otro desconocian.

De pronto se vieron rodeados por una multitud de canoas, tripuladas por indios caribes.

Como era natural, cayeron en poder de sus enemigos, y fueron conducidos á la isla.

Cerca de la orilla habia una choza, y en ella los dejaron con guardias de vista para que no pudieran escaparse.

El jefe de la tribu pidió como presea del combate al indio Antonio.

Se habia entregado á los españoles, pertenecia á la raza de los débiles que habian dejado dominar su pais, y queria castigarle con un martirio lento.

III.

En cuanto á Diego Mendez, convinieron en sortearle entre los indios de la tribu.

Aprisionados los dos, procuraron por todos los medios posibles escaparse; pero cuantas tentativas hicieron fueron infructuosas, porque el jefe de los caribes habia tomado sus medidas para que no pudieran burlar la vigilancia.

Al dia siguiente separaron á Antonio de Diego Mendez.

Estaba preparado el martirio para el indio, y conociendo este los infames deseos del jefe de la tribu, se entregó á la más horrible desesperacion, y luchando á brazo partido con los caribes, que se complacian en atormentarle, no tardó en sucumbir á sus manos.

Con arreglo á las costumbres de aquellos feroces salvajes, le descuartizaron y llevaron sus miembros á la choza del jefe, para que los pusiera á curar y los empleara en un banquete para celebrar su triunfo.

IV.

Diego Mendez asistió al horrible espectáculo de estas operaciones, y aunque le importaba poco morir, en aquella ocasion necesitaba vivir, porque de su vida dependia la de Colon, á quien tan inmenso afecto profesaba, y la conquista más preciosa de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

Necesitaba mucha energía, mucha presencia de ánimo para desafiar el peligro, y no le faltaron en aquella ocasion.

V.

Por la tarde fueron á buscarle á la choza en donde le tenian confiado.

Los indios se habian embadurnado con los colores de gala.

Láminas de oro de mala ley, pero relumbrantes; guaninos toscos, plumas vistosas de papagayo y colibrí, estas eran las galas con que se habian embellecido para asistir á la ceremonia del sorteo del blanco, el cual deberia en el acto ser sacrificado y asado vivo en una hoguera que encendieron al efecto para el festin con que se proponian completar la diversion.

VI.

Uno de ellos habia estado prisionero en una de las carabelas del almirante, y aunque poco, entendia lo bastante el idioma de Diego Mendez para poder ser intérprete entre él y los demás indios.

Una inmensa alegría reinaba entre todos ellos, y apenas sacaron de la choza á Diego Mendez, formaron un círculo en torno suyo, y unidos por las manos, prorumpieron en gritos y brincaron como energúmenos para significar el alborozo que producia en ellos aquella magnífica fiesta.

VII.

Diego Mendez estaba vacilante.

No sabia qué hacer.

Por una parte podia emplear la fuerza, aprovecharse de la sorpresa que causaria en ellos su actitud amenazadora, y luchando con aquellos hombres, abrirse paso hasta el mar.

Pero la empresa era muy arriesgada.

No era posible triunfar de aquella multitud de hombres, y aunque del primer empuje pudiera dejar unos cuantos fuera de combate, era seguro que en reuniéndose todos ellos y cayendo sobre él, le aniquilarian en un instante.

Por otra parte, podia valerse de la astucia, y pre-

firió este sistema por ser el que más probabilidades de éxito le ofrecia.

VIII.

Dirigiéndose al indio que podia entenderle:

—Prestadme un momento de atencion,—dijo.

—¡Sí, sí!—gritaron todos en su idioma.—Oigámosle, oigámosle.

—Soy vuestro prisionero, y no tengo la menor duda de que la suerte que me espera es morir desastradamente, despues de haberos servido de juguete algun tiempo. Me resigno, y para probaros que el valor de los blancos es indomable, que nada hay en el mundo que pueda quebrantar su fé, que hasta el martirio es un goce para ellos, voy á proponeros un medio de sacar todo el partido posible de mi muerte.

El indio trasmitió á los salvajes la proposicion, y todos se mostraron muy contentos de ella.

—En primer lugar, debeis sortearme,—añadió Diego Mendez.

—Eso desde luego,—dijo el indio.

—¿Pero de qué modo?

—Con piedras blancas y encarnadas, segun se acostumbra en vuestra tribu.

—¿Y no seria más digno de guerreros como vosotros, disputar brazo á brazo una presa tan importante como yo? El vencedor de todos, ese seria mi dueño; y al que lo sea, le ofrezco enseñarle á manejar la espada y el arcabuz que me habeis quitado al aprehender-

me; y el que tal sepa, podrá luchar mano á mano con los blancos.

IX.

Esta proposicion entusiasmó á los caribes.

—Sí, sí,—dijeron.

Pero uno de ellos manifestó que, mejor que luchar entre sí, seria ponerse en fila, disparar las flechas, y atravesar con ellas un árbol que marcaran para el efecto.

La idea fué aceptada, y Diego Mendez aseguró que él con su arcabuz atravesaria el árbol, para demostrarles su destreza en el manejo de las armas.

Diéronle, en efecto, el arcabuz, y mientras disparaban sus flechas los caribes, lo cargó con diez ó doce balas, y cuando más entretenidos estaban los indios, disparó á quemaropa sobre un grupo de ellos.

Los indios, asombrados al pronto, y condolidos despues de los gritos y lamentos de sus hermanos, que sucumbian, acudieron en su auxilio, en tanto que Diego Mendez, subiendo á una canoa que estaba atracada á la orilla, se puso en salvo á fuerza de remo.

Esto fué lo que le salvó de la muerte.

X.

Aquella noche, despues de luchar largo tiempo con las olas, que jugaban con su endeble barquilla, pudo encontrar el rumbo de la costa de la Jamaica, y lle-

gar al paraje en donde las dos carabelas de Colon eran el único asilo de aquel gran hombre y de los españoles, que tan lejos de su patria, y expuestos á las mayores penalidades, aguardaban con ánsia el refuerzo que se prometian del gobernador de Santo Domingo.

Era la media noche, cuando un marinero que estaba de centinela vió á lo lejos una endeble barquilla y oyó los gritos del único hombre que la tripulaba.

Inmediatamente participó al almirante lo que habia descubierto, y este envió dos canoas que habia adquirido de los indios para que salieran al encuentro de Mendez.

El fiel servidor de Colon llegó hasta el camarote en donde estaba enfermo el gran hombre, y su llegada, en vez de animar, desalentó á los españoles.

Capítulo LIII.

Una mentira necesaria.

I.

La Providencia queria hacer á Colon completamente digno de la aureola de gloria con que debia pasar su nombre á la posteridad.

No era bastante lo que habia sufrido: aun necesitaba ejercitar la bondad de su alma en nuevas y dolorosas luchas.

Obligado á permanecer en la costa de Jamaica, á ver sus veleras naves convertidas en el asilo inmóvil de un puñado de náufragos, combatido al mismo tiempo por sus enfermedades, no contaba en aquellos momentos de angustia más que con tres hombres verdaderamente adictos á su persona.

Estos eran su hijo Fernando, su hermano Bartolomé, y un jóven marino que habia nacido como él

en Génova, y habia desempeñado el mando de una de las carabelas.

El último se llamaba Bartolomé Fiesco.

II.

Todos los demás eran enemigos más ó ménos encubiertos del almirante, le atribuian la culpa de su angustiosa situacion, y se olvidaban de la inmensa gloria que habia alcanzado al conquistar el nuevo mundo, el país tan fecundo en oro que acababan de de descubrir, al verse allí amarrados á una costa por las duras cadenas de la necesidad, y sin poder siquiera saquear las moradas de los indios, que aunque cumplian los pactos que habian hecho con Diego Mendez, no los llevaban más provisiones que las puramente precisas para que no se murieran de hambre.

El impetuoso carácter del adelantado los contenia; pero entre ellos murmuraban de Colon, y todo hacia creer que la fatalidad reunia en torno del gran hombre los elementos de su ruina.

Colon, cuya penetracion era siempre superior á la de todos los que le rodeaban, no se hacia ilusiones: veia la desesperacion pintada en el semblante de todos sus compañeros, y esperaba con ansiedad febril la llegada de los buques que habia pedido á Ovando, único medio de contener á aquellos hombres desalmados.

III.

La llegada de Diego, que, como hemos dicho antes, le anunció el centinela, le sorprendió en extremo.

Inmediatamente mandó llamar á su hijo Fernando.

—Sal,—le dijo,—al encuentro de Diego Mendez, y que no hable con nadie hasta que le haya visto yo.

Fernando corrió á cumplir las órdenes de su padre.

Pero las canoas se habian puesto ya en marcha, y no tardaron los tripulantes de ellas en acercarse á Diego y asediarle á preguntas.

Afortunadamente, si Mendez era valiente soldado, no era ménos astuto diplomático, y comprendió el papel que debia desempeñar en aquellas circunstancias.

IV.

—¿Qué quiere decir tu llegada?—le preguntaron unos.

—¿Has estado en Santo Domingo?

—¿Has hablado al gobernador?

—¿Qué esperanzas nos traes?—le preguntaron otros.

Diego Mendez sacó fuerzas de flaqueza, y mostrando un semblante risueño, hizo con el gesto primero, y despues con la palabra, creer á todos que se

acercaba el momento de abandonar aquella costa para emprender el suspirado viaje á la Península.

Fernando indicó al soldado que el almirante deseaba verle.

—Yo tambien lo deseo,—contestó Mendez;—pero como las noticias que traigo son satisfactorias y pueden oirlas todos, pedidle la vénia para que entren conmigo en su camarote todos los circunstantes.

V.

El ilustre marino comprendió la oportunidad de aquel deseo, y accedió á él.

—Hablad... hablad delante de todos,—le dijo despues de estrechar su mano y de comprender por la manera de estrechar la suya que tuvo Mendez el crédito que debia dar á sus palabras.

—Llegué felizmente á Santo Domingo, pero llegué yo solo.

—¿Sólo vos?

—Una furiosa tempestad volcó la canoa, y con ella se sumergieron mis pobres camaradas; pero Dios quiso que yo pudiera tener fuerzas para salir hasta la superficie, y nadando llegué á Santo Domingo.

—¿Entregásteis mi carta al gobernador?

—No por cierto... la llevaba en la escarcela y la perdí. Esa ha sido mi desgracia,—añadió Mendez;—si no á estas horas estaria yo navegando para España, y tendríais aquí dos carabelas á vuestra disposicion.

—¿Vísteis al gobernador?

—Apenas desembarqué.

—¿Y le dijísteis el objeto de vuestro viaje?

—Le referí con vivos colores la situacion en que os dejaba.

—¿Y no se mostró condolido?

—Muy condolido... Tanto que yo creí que iba á dar inmediatamente las órdenes oportunas para enviar aquí un par de carabelas; pero reflexionó sin duda, debí parecerle sospechoso, y hablándome con franqueza, me manifestó que estaba decidido á socorrernos; pero que no podia darme pasaje para España, ni enviar buque alguno sin una comunicacion de nuestro jefe. Para que repitiérais vuestra carta, resolví volver, y puso á mi disposicion una canoa y un indio vigoroso. Los dos nos embarcamos, y al pasar cerca de la costa de una isla caribe fuimos apresados. Mi compañero fué descuartizado por el jefe de la tribu, que se lo adjudicó, y yo he podido escaparme, gracias á una estratagema, que no es del caso referir. Así pues, sin pérdida de tiempo dadme otra carta para el gobernador de Santo Domingo, y para que no se pierda, nombrad á otro, y dadle una canoa y una copia del pliego; ambos saldremos, y de esto modo es fácil que llegue cuando ménos uno de los dos.

VI.

Todas estas noticias quitaron á los náufragos el

pretexto para formular quejas; pero no disminuyeron la pesadumbre que se habia apoderado de su alma.

No pudiendo murmurar en alta voz, se retiraron á hacerlo formándose en grupos, y Diego Mendez aprovechó aquella circunstancia para contar la verdad á Colon.

Reunidos en consejo él, su hermano Bartolomé, su hijo Fernando y Diego Mendez, convinieron en confiar á Bartolomé Fiesco la mision de pedir nuevamente auxilio á don Nicolás Ovando.

VII.

Mendez y Fiesco saldrian al dia siguiente de madrugada, cada cual en una canoa tripulada por diez indios.

Los dos llevarian pliegos iguales para Ovando.

Mendez, que habia perdido la carta de Colon para las reyes, llevaria otra, y apenas dejase á Fiesco en la costa de Santo Domingo, aguardaria oculto la salida de un buque, y pediria pasaje á bordo con una órden del almirante.

Fiesco volveria lo más pronto posible con los buques que Ovando enviase en socorro de los náufragos.

Para que el gobernador accediese á sus ruegos, convinieron en autorizar á Fiesco para que oficiosamente revelase á Ovando que Colon tenia en sus inservibles carabelas una gran cantidad de oro.

La curiosidad y la codicia podian ser un aguijon poderoso, y este consejo, dado por Mendez, demostró

una vez más su gran conocimiento del corazón humano.

VIII.

Acordado este plan, rogó Colon á sus improvisados consejeros que llamasen á Fiesco y le dejasen á solas con él.

Obedecieron la indicacion, y el jóven genovés no tardó en acudir al llamamiento de su compatriota y de su jefe.

Entre tanto, habló Mendez con sus descontentos compañeros.

Capítulo LIV.

Un hombre generoso.

I.

Bartolomé Fiesco era, como hemos dicho antes, verdaderamente adicto á Cristóbal Colon.

Nadie como él podia corresponder á los vivos deseos del almirante.

Fiesco podria tener entonces unos veintiocho años.

Dotado de una verdadera imaginacion italiana, con un corazon ávido siempre de emociones, la primera gran impresion que recibió en el mundo fué la ovacion que los genoveses tributaron á su hermano cuando llegó á su patria la noticia de que Cristóbal Colon, el humilde hijo del pueblo, habia descubierto un nuevo mundo y enriquecido con él la ya poderosa corona de España.

El triunfo del gran hombre le impresionó fuertemente, y aquel dia se dijo, imitando á Rafaél:

—¡Tambien yo soy marino!

II.

Luchando con su familia, que no queria de ningun modo que se entregase á los azares de la navegacion, desapareció un dia de Génova, sin recursos y disfrazado, para que no pudieran reconocerle; pidió al capitan de un buque portugués que le llevase á bordo, aunque fuese para desempeñar los trabajos más penosos, y su resolucion, más que sus proposiciones, incitaron al marino lusitano á darle entrada en su buque.

Bartolomé podria tener á la sazon unos diez y ocho años.

Desde entonces, hasta que se embarcó con Colon en calidad de capitan de una de las carabelas, la historia de sus desventuras bastaria á darnos asunto para otra obra.

III.

Ello es lo cierto, que entre todos sus servidores no tenia Colon uno que pudiera comprenderle mejor y estimarle más que Bartolomé Fiesco.

—Amigo mio,—le dijo,—sois jóven, valiente, un bello porvenir se abre en el horizonte de vuestra vida, y por lo mismo el sacrificio que voy á proponeros os

parecerá inmenso; pero no nos queda otro recurso, y cuento desde luego con vuestra cooperacion.

—Haceis bien en contar con ella: tratándose de serviros, no hay sacrificio que no me parezca honroso arrostrar.

—Sabeis cuán angustiosa es nuestra situacion. Estamos á merced de unos hombres naturales enemigos de nuestra raza... El miedo que nos tienen ha contenido hasta ahora sus feroces instintos; pero cuando se aperciban de que al unir nuestras carabelas y estacionarnos aquí, hemos obedecido á una desastrosa necesidad; cuando observen que nuestras fuerzas son ficticias, vengarán en nosotros las calamidades que hemos arrojado sobre sus desgraciados hermanos. Nuestra situacion es, pues, angustiosa, difícil... es necesario que un acto de desesperacion nos salve...

—Lo comprendo, señor,—contestó Fiesco,—y estoy resuelto á secundar vuestros planes.

—Vos habeis oido el relato de Mendez, ¿no es cierto?

—No he perdido una sola palabra.

—Pues bien: parte de lo que ha dicho no es verdad. Ovando le ha recibido bien en la apariencia; pero para tenderle un lazo, del cual sólo con el auxilio de la Providencia pudo librarse.

—¿Es posible?

—Dispuso que uno de sus pajes le asesinara, sin duda para evitar que fuera á España, que comunicase á los reyes nuestro grandioso descubrimiento, que les pidiese auxilio.

—Semejante infamia...

—¡Tenia por objeto un terrible plan! Mi corazon no me engaña nunca, y él me dice que su proyecto no es otro que el de dejarnos aquí morir de hambre y de desesperacion, para venir á enterrar nuestros despojos en el abismo, y recoger la pingüe herencia de honra y provecho que podemos dejarle.

—Eso no lo debemos consentir.

—No, y por lo mismo he pensado enviaros á Santo Domingo, confiándoos allí una mision delicada, una mision indigna de vuestro carácter; pero necesaria para nuestra salvacion. Hay medios que, aunque parezcan reprobados, Dios los perdona, porque conoce la intencion que los adopta.

—Decidme cuál es vuestro proyecto, y contad conmigo para todo.

—He dispuesto que vos y Diego Mendez salgais al mismo tiempo en dos canoas, tripuladas cada una por diez indios, con direccion á Santo Domingo. Si como es de esperar llegais los dos, Mendez os dejará para buscar el medio de encaminarse á España, y vos os presentareis á Ovando.

—¿Con carta vuestra?

—Sí, llevareis una carta mia; pero desde el primer momento le hareis creer que más que por obedecerme, habeis emprendido el viaje para satisfacer la ansiedad de vuestros compañeros.

—No comprendo.

—Es necesario que simuleis una traicion.

—¡Yo!

—Os repugna, lo sé; pero sólo á ese precio podemos alcanzar la salvacion. Si os mostrais adicto á mi persona, si defendeis mi causa, armará el brazo de un hombre para que os asesine; pero podeis decirle: «Mis compañeros yacen enfermos, mueren sin confesion, están desesperados, y os considerarán como un salvador si acudís en su auxilio: el almirante está muy enfermo, su estado es una agonía lenta; tal vez cuando lleguemos sólo hallaremos su cadáver, y entonces podeis aparecer á los ojos del mundo como el descubridor y conquistador de la isla en que más oro se cria. En una carabela enviais á Santo Domingo á los enfermos, y los sanos os acompañaremos á tomar posesion de ese rico país.» Si esto le decís, la codicia hará lo que no haria la caridad en él; aprestará tres buques, vendrá, y poco me importa que se apropie mi gloria. Si los que hoy me odian por que los tengo aquí llegan á un puerto, si mi hermano y mi hijo sobreviven, todo lo daré por bien empleado. ¡Yo creo en la justicia divina, y esto me basta!

—¡Cuán bueno sois!...—exclamó Fiesco conmovido, arrodillándose y besando con efusion la arrugada mano del marino.—Disponed de mí,—añadió.—Tambien confio en la Providencia.

—En ese caso, ¿estais dispuesto á partir?—exclamó Colon.

—Ahora mismo.

—Conviene que antes os mostreis á la gente más decidido á abogar por su causa que por la mia. Hablad con los descontentos, manifestadles vuestras in-

tenciones, y no dudo que tendrán más paciencia para esperar.

IV.

Fiesco obedeció al pié de la letra las indicaciones de Colon, porque comprendió, en efecto, que sólo aquella táctica podria resolver de una manera favorable el problema de su terrible situacion.

Conociendo que los principales agentes de la insurreccion que se formaba en torno de Colon eran los hermanos Martin y Diego Porras, de los que muy en breve daremos algunas noticias á nuestros lectores, habló con ellos, les manifestó su intencion de jugar el todo por el todo, y les dijo que si era necesario iba resuelto á manifestar á Ovando que todos ellos se pondrian á sus órdenes, y faltarian á la obediencia que debian á Colon.

V.

Este pensamiento respondia al que abrigaban aquellos infames, y fué aceptado por ellos con entusiasmo.

La irritacion de los rebeldes se calmó.

Durante el dia, Mendez y Fiesco hicieron los preparativos para ponerse en marcha á la mañana siguiente.

Cada cual eligió diez indios entre aquellos que más confianza les inspiraban por su carácter y por su fuerza muscular.

Se trataba de un trabajo rudo; debian renovarse en los remos de media en media hora, y ayudar á sus jefes en las maniobras del timon.

VI.

Una vez elegidos los indios, se les dieron sus correspondientes raciones de pan de cazabe.

Cada uno fué provisto de una gran calabaza con agua.

Por lo que pudiera suceder, se les mandó que llevaran arcos y flechas, y Mendez y Fiesco se proveyeron de armas y municiones.

Temeroso Mendez de que los caribes, cuya credulidad habia burlado, deseando vengarse, saliesen al encuentro de las canoas, indicó á Colon que debia mandar un fuerte destacamento por la playa, á fin de obligar á los isleños á que se refugiasen en el centro de la isla.

VII.

Bartolomé se ofreció á mandar el destacamento, proponiéndose de paso someter á aquellos indios y obligarles á que les llevasen provisiones; y aquella misma tarde salieron estas tropas, animadas por los hermanos Martin y Diego Porras, á quienes convenia, por lo que saben nuestros lectores, que Fiesco llegase sano y salvo á Santo Domingo.

Al despertar el alba se embarcaron Mendez y Fiesco.

Además del pan de cazabe, llevaban para su uso carne de utia y algunas otras provisiones.

VIII.

Colon, apoyado en el brazo de su hijo, se asomó á la baranda de su camarote para despedir á los dos viajeros, que iban á confiar su única esperanza al proceloso mar.

Mientras su corazon murmuraba una plegaria, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al perder de vista las canoas pareció quedar más tranquilo.

La oracion es el más dulce de los consuelos que puede hallar el alma en sus tribulaciones.

Aquel dia lo pasó el almirante en los brazos de la esperanza.

Hasta sus enemigos, hasta aquellos hombres que vivian á su lado, y que sólo deseaban su ruina, halagados por la creencia de que la traicion de Fiesco romperia las duras cadenas en que el infortunio les tenia sujetos, se mostraron con él más amables que de costumbre.

Aquella noche durmió el gran marino con la serenidad del justo: habia olvidado por un momento que bajo su reposada cabeza ardia un volcan.

Pronto veremos los elementos que se conjuraron contra él.

IX.

Entre tanto, el adelantado con sus tropas prestaba grandes servicios á los dos navegantes.

Los caribes habian jurado vengar la muerte de sus compañeros, y en la parte de la isla en que habitaban, separados por montañas de los pacíficos indios de la Jamaica, tenian preparadas sus canoas para correr en busca del primer blanco á quien descubrieran en el mar.

La llegada del adelantado con sus tropas les hizo abandonar la playa; pero con ánimo de resistir su empuje.

A los primeros disparos de los arcabuces retrocedieron espantados.

Alejándolos á las montañas, pudieron apoderarse de sus víveres, y acamparon en la playa.

X.

Mendez y Fiesco llegaron al anochecer, y como el mar estaba alborotado, y todo hacia presagiar próximas y horrorosas tormentas, decidieron aguardar, protegidos por las tropas del adelantado, á que se despejase el cielo y se serenasen las olas.

Tres dias tuvieron que permanecer en tierra.

Al fin se calmó el temporal, el mar parecia una balsa de aceite, y los dos marinos volvieron con los indios á las canoas.

Hasta entonces habian navegado por la costa: desde aquel punto tenian que salir á alta mar, porque enfrente se hallaba el puerto de Santo Domingo.

Bartolomé Colon no abandonó su puesto hasta que los perdió de vista.

No regresó, sin embargo, adonde estaba su hermano, porque se detuvo en varios lugares indios, con el objeto de entablar amistosas relaciones con sus habitantes, á fin de llevar víveres á sus compañeros.

Capítulo LV.

Presentimientos.

I.

Las desgracias de la vida dejan de serlo cuando el hombre comprende que son grandes y heróicas pruebas á que quiere someterle la voluntad de Dios.

De otro modo, no podrian explicarse esos dolores acerbos y esas terribles calamidades que afligen á las grandes almas.

Y el alma de Colon, que tanto se levantó para concebir, que tanto se sublimó para perseverar, no podia dejar de ser fuerte para arrostrar con ánimo sereno las grandes contrariedades que habian de ofrecerse á su gloriosa empresa.

Además, esa confianza que inspira siempre la conciencia tranquila, alentaba vigorosamente el espíritu generoso del renombrado genovés.

La confianza en Dios y en su bondad infinita son el bálsamo supremo para cicatrizar las heridas del corazon.

Y si Colon sintió abrasarse su mente con la idea de un Mundo Nuevo, esa idea no fué una concepcion humana, fué una idea que Dios le inspiró para que un hombre de su temple y de su fé llevase á aquellas ignoradas regiones los bienes de la religion de Cristo y los beneficios de la civilizacion.

A hombres tan privilegiados no puede abatirles la adversidad ni avasallarlos el infortunio.

II.

Pero no eran los dolores del alma los que le afligian solamente, porque tambien su cuerpo estaba enfermo.

La situacion de Colon cuando al frente de sus carabelas se encontraba en un mar desierto, entre hordas salvajes, con gente desconocida, y entre amigos desleales, no puede describirse; pero la imaginacion suplirá lo que á la pluma falta.

Hay, sin embargo, un dolor que se resiste á la conformidad.

Ese dolor es el que se experimenta por la ingratitud.

Y á Colon, que sólo era capaz de la abnegacion y del desprendimiento, debia impresionarle hondamente la perfidia de las personas á quienes más distinguió con sus favores.

III.

No hacia mucho tiempo que Mendez y Fiesco habian partido, cuando la salud de los españoles empezó á resentirse.

Y era natural.

El clima, los alimentos y las costumbres, influyen en el cuerpo y en el espíritu.

Y el clima, los alimentos y las costumbres de los españoles habian cambiado radicalmente.

La atmósfera abrasadora y húmeda de aquellas regiones, ejercia su funesta influencia sobre hombres que hasta entonces habian vivido en un pais templado.

Y esa influencia era más terrible, porque la vivienda de los tripulantes eran dos buques despedazados.

IV.

El alimento de los indios se componia de vegetales en su mayor parte, y ese alimento no podia convenir á quienes de tan distinto modo vivian en la Península.

Las costumbres de los españoles, alegres y bulliciosas hasta que dejaron la madre patria, se convirtieron en tristes y silenciosas, porque sólo la contemplacion y tétricos presentimientos sojuzgaban su espíritu.

Y en tales circunstancias, cuando la canoa expe-

dicionaria no daba señales de volver, natural era que se empezase á temer por la suerte de los que la tripulaban.

La situacion de los expedicionarios preocupaba á todos los que los aguardaban con febril impaciencia.

Pero les preocupaba de muy diverso modo.

En algunos produjo un abatimiento profundo.

En otros la desesperacion.

V.

Sólo Colon, su hermano y su hijo eran los que arrostraban el peligro con valor y esperanza.

—Es preciso hacer sufrir á ese hombre,—dijo un soldado,—dándole una muerte cruel.

—Sí,—le contestó otro,—porque él nos hace perecer en estas regiones tan separadas de nuestra patria idolatrada.

—No os entregueis á la desesperacion,—añadió un marinero, cuya apacible fisonomía denotaba su honradez y sus nobles sentimientos.—No os impacienteis. Acordaos de aquellos momentos en que todos dudamos de su ciencia y en que le tuvimos por loco.

—Mejor hubiera sido,—añadió el primero,—que por loco le hubiéramos matado y...

—Quizá hoy nos encontrásemos en España,—dijo su compañero,—porque...

—Ya no era posible la vuelta; recordad el estado en que se encontaban los buques y la tripulacion: hubiéramos sucumbido horriblemente.

VI.

Estas palabras del honrado marinero influyeron algo en aquellos soldados, que empezaban á dar la voz de alarma con su descontento y su inquietud.

Pero esa conversacion rápida era un leve murmullo que interrumpia el sepulcral silencio de la nave.

Otra escena más tranquila, pero no ménos triste, tenia lugar en la cámara.

Colon, reclinado sobre la mesa, fijaba su melancólica mirada en su querido hijo.

—¿Qué teneis, padre?—le dijo este.—¿Qué teneis para encontraros tan abrumado y tan pensativo?

—No debe sorprenderte mi situacion,—le contestó.

Eres muy jóven, pero te has educado en la escuela de la desgracia, y te has adelantado á la experiencia. Ya me conoces, ya conoces mi carácter y mis propósitos. Ya sabes con cuánta confianza propuse mis proyectos á varios soberanos de Europa. Ya sabes con cuánta resignacion soporté sus desdenes, y con cuánta alegría recibí la fausta noticia de la proteccion de la reina Isabel. Tú has sido testigo de mis sufrimientos durante la navegacion. Pero te ofendo, hijo mio. Tú has sufrido como yo, y más que yo al ver mis angustias.

—Olvidad, padre mio, esos dias de tribulacion.

—¡Ah! Esas tribulaciones las he arrostrado siem-

pre, porque son inherentes á las grandes empresas, pero siento desfallecer mi conformidad.

—¿Por qué?

—Porque en presencia de la situacion en que nos encontramos, creo que vá á malograrse mi santa empresa.

—¿En qué fundais vuestros temores?

—La canoa de Mendez y Fiesco no regresan. Nuestra gente está desesperada. Las enfermedades crecen, y no veo, ni aun vislumbro, el remedio para tantos males.

La muerte es despreciable para quien tiene fé; pero la muerte, cuando de la vida depende la salvacion de tantos de nuestros hermanos como viven en las tinieblas; la muerte, cuando en la vida estriba el éxito de una empresa santa; la muerte, cuando de la vida puede resultar un gran bien; la muerte entonces espanta y aterra.

—Sí, padre, decís bien: la vida es muy miserable, y sólo es grande cuando se emplea en el bien. Pero... yo... siento en mi pecho la esperanza, yo no me abato, yo sonrío ante el porvenir de las satisfacciones que habeis de disfrutar cuando ofrezcais á la corona de Castilla un nuevo mundo, cuando la lleveis grandes tesoros, y cuando con ellos tengan fin los sublimes propósitos que concibió vuestra mente. ¡Ah! Yo sé que todo eso se ha de realizar; y cuando eso se realice, y cuando vuestros miserables enemigos se vean humillados, entonces sentiré un placer que compensará todos mis quebrantos.

—Habla, habla, hijo mio; tus palabras me fortalecen, y nunca más que ahora necesito fortaleza. Pero no te acuerdes de mis enemigos más que para perdonarlos. ¡Pobres hombres! No me conocen, y me envidian por que creen que sólo pretendo la gloria del mundo, y consideran que mi gloria eclipsa la suya; pero si se persuaden que sólo aspiro á servir á Dios sirviendo á la humanidad, entonces depondrán su encono y me amarán, hijo mio, me amarán.

—¡Ah! Vuestros consejos son siempre los mismos. Yo los seguiré siempre, y perdonaré á vuestros enemigos, no sólo por que me lo decis, sino por que así lo quiere Dios.

—Tus sentimientos dan la vida á mi espíritu; pero ya que para todo tienes valor, no puedo ocultarte que mi salud se ha resentido gravemente, y que mis años laboriosos son presagio de una muerte próxima.

—No desconozco vuestra situacion, padre de mi alma; pero tampoco ignoro la santidad de vuestras ideas, ni la confianza que habeis puesto en Dios.

—Eso es lo que me ha animado siempre, y lo que me ha prestado aliento en las mayores desgracias.

—Pues esa confianza es la que debe tranquilizaros en los críticos momentos que atravesamos. No es vuestra empresa humana, ni motivos humanos os han dado fuerza para luchar contra los graves obstáculos que se le opusieron. El Dios de la bondad os ha querido hacer servir de instrumento para sus miras inescrutables. ¿Lo dudais, padre mio?

—Nunca.

—Pues si no lo dudais, desterrad de vuestro corazon esos fatídicos presentimientos que os mortifican. Abrid vuestro pecho á la esperanza que os es más grata. Considerad que vuestra expedicion no puede ser infructuosa, porque no es la casualidad la que nos ha conducido á tan remotos países. Es la Providencia la que nos ha guiado. ¡La Providencia! ¡La Providencia! ¡Bendita sea!

Conmovido Colon por las palabras de su hijo, permanecia silencioso; pero se creia capaz de coronar con éxito brillante su arriesgada expedicion. Y ante esa esperanza se disipaban sus dolores y se sentia fuerte.

Y nunca le era más necesaria la fortaleza, porque debia prepararse para luchar con la perfidia, con la deslealtad, con la ingratitud.

Capitulo LVI.

Lo que sucede á los que crian cuervos.

I.

No podia sorprender á Colon el descontento de la gente.

Conocedor profundo del corazon humano, se explicaba perfectamente los móviles que habian influido en aquellos hombres para decidirse á acompañarle en tan arriesgada empresa.

Pero esos móviles no eran la mejor garantía de una conducta honrada.

El egoismo, bajo sus múltiples formas, les habia arrastrado.

El indulto de las penas que se habian impuesto á algunos; los empleos que inmediatamente se habian conferido á otros; la codicia, en fin, que les hacia ver horizontes de plata y oro para satisfacer y saciar sus

pasiones, eran los grandes estímulos de semejantes expedicionarios.

II.

La historia de los contrastes humanos no podria reunir y asociar á hombres de tan distintas ideas y sentimientos, y apartarlos de la sociedad en que vivian para alejarse de su país y colonizar playas remotas.

Colon con su grandeza.

Sus compañeros con su ruindad.

Y sin embargo, unos y otros debian prestarse recíproco auxilio.

Unos y otros se necesitaban.

Pero cuando los servicios son egoistas, no es posible la abnegacion y la paciencia.

Y esa abnegacion y esa paciencia faltaban á aquellos foragidos que tuvieron la honra de acompañar á Colon en su brillante expedicion.

III.

Si la voz del sentimiento hubiese hablado en aquellos corazones, no hubiera podido ménos de conmoverles.

La figura de Colon en tan críticos instantes inspiraba compasion por sus padecimientos, admiracion por su ciencia, respeto por su heroismo y amor por el

afecto y el interés que demostraba por sus compañeros.

Y lejos de producir esos afectos tan naturales, sólo producia el encono, la envidia y las pasiones más viles y repugnantes.

Por esos afectos podia conocerse á los hombres que le acompañaban.

Así es que no debe extrañarnos su alevosa conducta.

De quien no conoce la honradez ni es capaz de comprender la caridad, sólo puede esperarse el crímen y la deslealtad.

Pero si todos aquellos hombres hubieran sido gente ruda é ignorante, podria temerse la maldad; pero no su refinamiento.

Y el refinamiento de la maldad estaba reservado para las personas que habian recibido más de cerca y muy señadalamente los favores de Colon.

IV.

El tesorero real, llamado Morales, se habia relacionado con Colon desde el instante en que vió la proteccion decidida que le dispensaba la reina Isabel.

Y esa amistad, que procuró estrechar, no era tan desinteresada.

Morales tenia dos cuñados, cuyo talento y condiciones no les recomendaban para elevados cargos públicos.

Y como estaba persuadido de que la empresa de Colon era simpática á sus soberanos, y comprendia tambien que no era, como á primera vista se habia creido, una locura insigne, consideró que podia convenir á los hermanos de su esposa dos de los mejores destinos de la expedicion.

Para este efecto, procuró captarse la amistad y la benevolencia de Colon, y se los recomendó con encarecimiento.

Y el almirante complació al tesorero real, confiando á uno de sus cuñados, llamado Francisco Porras, el mando de una de las carabelas, y al otro, Diego, la escribanía y contaduría general de la escuadra.

V.

En esos hermanos aconteció lo que por regla general acontece en todos los destinos que se adquieren por influencia, y que no se confieren al merecimiento.

Tanto el uno como el otro eran ineptos para desempeñar las funciones de sus cargos; pero en cambio les sobraba vanidad é insolencia, y desconocian las leyes de la gratitud.

El contador era astuto y desconfiado, y procuraba captarse el afecto de las personas que podian servirle en sus propósitos.

El capitan era rudo y expansivo, pero sus intenciones eran tambien siniestras.

VI.

Los dos tuvieron una conferencia, y convinieron en influir sobre la tripulacion para desautorizar á Colon, y erigirse ellos en jefes de la gente que este tenia á sus órdenes.

Diego Porras, el contador y escribano, llamó una noche al mayordomo de la nave, con quien tenia gran amistad y confianza, pues eran compañeros desde niños.

—¿Qué piensas, —le dijo Diego,—de nuestra situacion?

—Que es desesperada,—le contestó el otro.

—Pues así lo crees, es preciso que nos secundes en nuestro proyecto.

—¿Qué intentais?

—Es preciso que nuestra gente comprenda, como tú y como yo, el conflicto en que nos vemos.

—Me parece bien,—dijo el mayordomo.

—Pues si piensas como nosotros, díme los nombres de aquellos camaradas que pueden influir más de cerca en el ánimo de los tripulantes.

—Cosa fácil. El contramaestre Rolando es amigo mio, y tambien lo son los sargentos Dominguez y Fernandez.

—¿Son gente dispuesta?

—Para todo. Son hombres de pelo en pecho; están aburridos de la larga permanencia que llevamos

en esta costa, y arden en deseos de volver á su país, pero tambien ambicionan recompensas.

—Pues sus aspiraciones podrán satisfacer, porque son justas.

—Manda, pues, lo que quieras.

—Esta noche á las nueve hablaremos los cinco en la proa de la nave.

Capitulo LVII.

Lo que se llama tramar una conjuracion.

I.

En situaciones angustiosas se buscan ávidamente motivos que halaguen y tranquilicen el corazon.

Y el mayordomo, que participaba del descontento general, dilató su pecho al escuchar las palabras de su amigo y paisano el escribano.

Tiempo le faltaba para hablar con el contramaestre y los sargentos.

Y como la vanidad es una de las grandes debilidades del hombre, tambien la sentia el mayordomo al darles á entender á sus compañeros la intimidad que tenia con el contador, y al hacerles ofrecimientos para el dia del triunfo.

El contramaestre y los sargentos se entusiasmaron con las proposiciones de este, y todos convinie-

ron en comparecer al lugar de la cita á la hora señalada.

II.

La noche estaba tempestuosa, y un aire caliente abrasaba las naves.

En tales circunstancias, debia sentirse con más vehemencia la influencia atmosférica.

Los espíritus de los tripulantes estaban febriles y sedientos de venganza.

Sólo deseaban una ocasion oportuna para pronunciarse abiertamente contra su silencioso y discreto jefe.

Y poseidos de semejantes sentimientos, acudieron uno tras otro los conjurados al punto consabido, sin que nadie se apercibiese de que obedecian á una consigna.

En medio de un silencio profundo, aquellos cinco hombres no se vieron, porque las tinieblas de la noche no lo permitian; pero se sintieron reunidos.

III.

El carácter de contador general de la expedicion, Diego Porras, no debiera dejarle entrar en confianzas con quienes tanto distaban de él por sus ínfimas graduaciones, ó sus modestos cargos; pero el hombre ambicioso prescinde de todas las consideraciones, en gracia del buen éxito de sus propósitos.

—¿Estamos ya todos?—preguntó.

—Todos te escuchan,—contestó el mayordomo con cierto aire de arrogancia, para dar á conocer á sus camaradas la familiaridad que tenia con el contador.

Los demás nada decian.

—Bien sabeis que, tanto mi hermano Francisco como yo, nos interesamos por la suerte de cuantos tripulan estas dos pobres y desarboladas naves.

—Ya les he hecho comprender,—añadió el mayordomo,—que quereis salvar á la gente del grave peligro en que se encuentra.

—Estamos agradecidos á vuestros deseos,—dijo el sargento Dominguez,—y podeis contar con nosotros.

En igual sentido se expresó el otro sargento y el contramaestre.

IV.

—¿Podré contar con vuestra reserva?

—Contad con nosotros,—contestaron.

—Entonces nada de lo que pienso debo ocultaros; pero quiero que vosotros me hableis con igual franqueza.

—Os escuchamos con atencion,—dijo el sargento Fernandez.

—No es un secreto el disgusto y la desesperacion de la gente que tripula estas dos desarboladas naves... Por algun tiempo se ha vivido con la esperanza; pero la esperanza ha desaparecido, y la ha reemplazado una realidad funesta. Las enfermedades del cuerpo y el

abatimiento del alma van á concluir con la preciosa existencia de hombres jóvenes, á quienes debe sonreir un gran porvenir; de hombres que se han sacrificado y comprometido en esta arriesgada y penosa expedicion. ¿Y es este el premio de nuestros afanes? ¿Es esta la recompensa de nuestros sufrimientos?

—Teneis razon, teneis razon, —exclamaban las cinco voces.

—Callad, callad, que vuestro entusiasmo puede comprometernos. No seria prudente que diéramos la voz de alarma sin que antes hubiéramos apurado la paciencia y recogido pruebas plenas de que la actitud del almirante es terrible y perjudicial para todos. Si hubiésemos hablado á la salida de la canoa de Mendez y Fiesco, hubiera podido dudarse de la sinceridad de nuestras palabras; pero hoy os podemos revelar un secreto que entonces quizá lo hubiéseis puesto en duda.

—Decid, decid, —exclamó sediento de curiosidad el contramaestre.

—La única esperanza que os mantiene, y que mantiene vuestra disciplina, es el regreso de esa canoa y los socorros que en ella esperais. Pues bien; esa canoa no vuelve, esa canoa no volverá... El tiempo que ha trascurrido abona mis palabras; pero creedme: antes de salir esa nave, sabíamos que no volveria á visitar estas playas. Que no espere nunca el almirante una proteccion que le dé gloria y prestigio, con mengua de todos los que le acompañamos, corriendo tantos peligros y arrostrado tantas contrariedades.

—Sin embargo,—se permitió decir Dominguez en tono de objecion, que queria ver resuelta,—el almirante revela en su fisonomía una gran confianza.

—Es verdad,—añadió el contramaestre;—pero yo creo todo cuanto nos está diciendo el señor contador.

—Vosotros no conoceis á esta clase de hombres. Comprenden de sobra el corazon de la gente sencilla é inexperta, y saben engañarla perfectamente.

—¡Quién lo diria!—exclamó uno de los sargentos.

—Meditad un poco, meditad un poco, y os convencereis de que no os engaño, y comprendereis que es verdad cuando os estoy manifestando. No os hablaria con tanta franqueza si no estuviera penetrado de que sabeis hacer buen uso de estos secretos, y de que puedo contar con vosotros para un plan en que todos estamos interesados igualmente.

Considerad bien las circunstancias en que se encuentra colocado el almirante, y vereis sin gran esfuerzo que su conducta no puede ser otra, si ha de conservar la fuerza de mando y el prestigio de la autoridad que está ejerciendo.

Conoce muy bien que nuestra aspiracion más vehemente es volver á España, y volver con dinero.

—Eso es justo,—dijo el mayordomo.

—Bien lo merecemos,—añadió el sargento Dominguez, que por lo visto era más ambicioso que su compañero.

—Por eso mismo, y por que tanto mi hermano como yo apreciamos vuestra abnegacion y vuestros sufrimientos en lo mucho que valen, no podemos ver

con indiferencia el fin que os aguarda si no se acude á algun medio extraordinario y enérgico.

V.

Las palabras del contador eran un resorte poderoso que movia los afectos de aquellos cinco hombres, que por sus cargos respectivos podian ejercer una influencia muy directa en el ánimo de todos cuantos se encontraban en las dos naves, que estaban amarradas para prestarse un auxilio recíproco.

Habia, sin embargo, que vencer una gran resistencia: la resistencia que la gravedad y el sello del saber, que tanto resplandecian en Colon, oponian á todo proyecto de rebelion.

Y cuando el gran carácter está autorizado por una reputacion gloriosa é inmarcesible, entonces se reviste de una fuerza suprema, que para ser vencida exige otra fuerza colosal.

VI.

Los hermanos Porras no desconocian todo esto, porque son verdades de buen sentido y las comprende el hombre ménos versado en la ciencia de la sociedad.

Si no hubiesen conocido el ascendiente natural que Colon ejercia sobre la gente que mandaba, tiempo haria que hubieran puesto en práctica sus malas artes, y que hubiesen convertido en hechos reales y positivos sus siniestras y maquiavélicas intenciones.

Si la gente de la expedicion no se encontrara ya abrumada por el peso de tanta fatiga y de tanto sufrimiento, jamás se atreviera el contador á tomar una parte tan activa y directa en un plan tan alevoso.

Pero el sedicioso observa constantemente la situacion de todos aquellos con quienes ha de contar para realizar sus propósitos, y eso hicieron los hermanos Porras con los que tripulaban la nave.

Los cobardes son astutos, y su falta de valor la suplen con recursos miserables.

VII.

Diego Porras confiaba mucho en su compañero de infamia el mayordomo, y para asegurarse más de su lealtad en tan desleal empresa, procuró conquistar su vanidad y su egoismo.

Habia halagado su vanidad mostrándose íntimo amigo suyo ante aquella gente subalterna.

Y habia seducido su egoismo, haciéndole grandes ofrecimientos.

Y sin embargo, la voz del contador, á pesar de ser una voz silenciosa, porque así lo exigian las circunstancias del momento, se apagaba muchas veces, porque el temor de que el almirante descubriese su infernal trama le aterraba horriblemente.

Así es que cuando alguno de sus oyentes le interpelaba para hacerle alguna observacion ó dirigirle alguna pregunta, temblaba y se agitaba convulsivo, y

temia que aun con la oscuridad de aquella noche tenebrosa se conociese su turbacion.

VIII.

—¿Cómo sois capaces de esperar los socorros de Mendez y Fiesco?—les decia.—Recordad bien el dia en que salieron. Bien podreis recordarlos con sólo ver la diferencia de vuestros semblantes. Entonces todavía conservábais el vigor y la vida que trajisteis de vuestro país; pero hoy las arrugas del dolor y del sufrimiento surcan vuestro rostro, y abundantes canas matizan vuestras pobladas barbas.

Pues esos socorros que esperais como vuestra única tabla de salvacion, ya os lo he dicho, no vendrán nunca.

El almirante os está engañando, y tambien pretende engañarnos á nosotros; pero ha comprendido que con nosotros no jugará nunca, porque no somos gente ruda é inexperta.

IX.

—Tampoco nosotros,—añadió el sargento Dominguez, herido en su amor propio.

—Pues bien,—siguió el contador;—todo cuanto se ha dicho respecto á ese socorro, es una farsa, es una impostura.

El almirante sabe perfectamente, que si no halaga la esperanza de cuantos estamos á sus órdenes, la re-

belion estallará, y se le despojará del mando; y hombres como Colon, tan ambiciosos, todo lo sacrifican á sus miras particulares, y quieren convertir á todo el mundo en instrumento suyo, en esclavos de su caprichosa y codiciosa voluntad. Sólo así es como quiere tenernos sujetos, porque sólo así podria encontrar en nosotros un apoyo que no merece.

¿Creeis, por ventura, que piensa en volver á España?

—Así lo ha dicho,—contestó el mayordomo.

X.

—¿Qué otra cosa podria decir para halagaros?

No se le ocultan á él vuestros fervientes deseos, y procura entreteneros con ilusiones engañosas.

Pero meditad un poco. Reflexionad sobre la posicion que hoy ocupa el almirante en la córte de España.

Colon hoy no es el favorito de los reyes; no es el hombre lleno de honores y condecoraciones, que está, como por un capricho de la fortuna, esclavo algun tiempo; no es, en fin, el hombre que está ejerciendo una maravillosa influencia sobre los soberanos.

Al fin se le conoció; se comprendieron sus propósitos, y decayó de la gracia que le venia dispensando la córte.

Colon no es hoy más que un desterrado.

¿Y qué proteccion esperais de un desterrado?

Creedme: es el mayor de los absurdos esperar en el almirante.

Y no es sólo el destierro de España el que hoy le oprime, sino que tambien le está cerrada la isla Española.

En las críticas circunstancias en que se encuentra actualmente, sólo puede limitarse á permanecer aquí, y á arrastrar á su infortunio á la gente que le rodea.

Si no abrigara profunda confianza en vuestra sinceridad, no os revelaria un secreto que lo aclara todo, y ante el cual no caben ya las dudas ni las conjeturas. Creo que me lo agradecereis, no sólo por que os distingo con mi deferencia, sino por que es secreto que importa mucho á vuestro bienestar y á vuestra suerte.

—Decidlo pronto,—exclamaron algunas voces, entrecortadas por la emocion y la ansiedad.

—Fiesco, el compañero de Mendez, es completamente nuestro.

XI.

—¿Y qué?—dijo el mayordomo despues de una breve pausa.

—Que Fiesco no quiso marcharse sin estrechar con nosotros la mano de amigo, y darnos una prueba inequívoca y evidente de su verdadero afecto.

Colon quiso ganarle con dádivas y promesas, y él creyó oportuno hacerse el crédulo y pasar por engañado; pero como comprendió que su salida era lo mejor para apartarse de estas regiones y para concluir de sufrir tanto, aceptó la mision y se marchó.

—¿Adónde?—preguntó el mayordomo.

—A España,—contestó el contador con aire grave y en el tono en que se habla cuando se cree haber conquistado un gran triunfo.

Esta contestacion impresionó hondamente á cuantos le escucharon.

XII.

—Pues nos engañan miserablemente,—dijo uno de los sargentos.

—Nos engañan,—exclamaron los demás con exaltada indignacion y subiendo la voz un punto más de lo que convenia á Diego Porras.

—No os alarmeis,—les dijo;—procurad calmaros, que nuestro deseo no es otro que vuestro bien, y por eso me he atrevido á hablaros sin rodeos, porque no quiero que ignoreis nada de lo que está pasando.

Pero tranquilizaos y procurad tener gran prudencia y discrecion para tomar las medidas que han de ser precisas para dar el golpe.

Portaos como hombres dignos de la mision que habeis de desempeñar. Si no contara con vuestra perspicacia y con vuestro conocimiento, no me hubiera atrevido á usar con vosotros un lenguaje tan franco y tan expresivo.

—No os arrepentireis de esa confianza: somos caballeros, y cumpliremos como tales,—dijo Dominguez.

—Mendez y Fiesco han ido á España para poner en juego todas las relaciones de Colon, é interesar á los reyes para que le levanten el destierro.

—Entonces,—exclamó el mismo sargento,—fácilmente se explica la tardanza que tanto nos agita y preocupa. Pero bueno es tenerlo presente, y así sabremos á qué atenernos.

—Para concluir,—les dijo,—el dia que se dé la voz que ha de poner término á situacion tan angustiosa, tendreis un jefe digno de tal empresa: este será mi hermano Francisco Martin, de cuyo valor y pericia no debeis dudar nunca. De acuerdo con él os he hablado, y en su nombre puedo deciros que conteis con su afecto y con el interés más generoso para hacer que en su dia se premien vuestros servicios. Tened en cuenta que las canoas de los indios y estas mismas náves, repuestas y aderezadas, podrán conducirnos á la Española, donde el gobernador Ovando, enemigo encarnizado de Colon, nos recibirá con entusiasmo y aplaudirá nuestra resolucion.

Y cuando en la córte de España se sepa nuestro acuerdo y nuestro heroismo, tendremos en el obispo Fonseca un decidido protector, porque ya sabeis que conoce bien á Colon y que le quiere muy mal.

XIII.

Impresionados fuertemente, se separaron aquellos cinco hombres pensando en la hora de la rebelion que habia de emanciparles de tan enojosa y crítica situacion.

Se acercaba el dia de Noche-Buena.

Y esa noche de dichosos recuerdos para todos los

que allí se encontraban, pensando en su patria y en su hogar, fué una noche cruel y de sufrimientos.

Esta era una magnífica ocasion para dar el golpe; pero el sargento Dominguez habia meditado mucho, y se inclinaba al lado de Colon, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras, si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

Capitulo LVIII.

Un festin en víspera de un motin.

I.

El dia de Año Nuevo lo pasaron los conjurados en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festin la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder?—dijo Francisco Martin Porras.—¿Que el almirante se incomode, que nos prohiba entregarnos á la orgía?... ¡Ojalá! De este modo, con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

II.

El dia anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina,—le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.

—¿La de cenar del mejor modo posible?

—Eso es.

—Decídme qué debo hacer.

—Presentarte á Colon, y manifestarle que estamos hartos de la abstinencia á que nos tiene condenados; que si pasamos mal la Noche-Buena, porque era humanamente imposible adquirir provisiones, ahora que las hay frescas y abundantes, queremos salir de la exígua racion diaria para echar una cana al aire esta noche. El se opondrá, tú nos comunicarás su resolucion, y nosotros tendremos motivos de sobra para desesperarnos.

—Y unos hombres desesperados...

—Son capaces de cualquiera cosa.

—Comprendo.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

—Es que ahora están en el camarote del almirante, su hijo y su hermano.

—Razon de más para abordar la cuestion: ellos le excitarán á que se oponga á nuestros deseos, el adelantado es impetuoso, nos insultará, y sus insultos serán miel sobre hojuelas.

—Hágase vuestra voluntad.

—Vé pronto, y vuelve á darnos parte de tu embajada.

III.

El mayordomo se dirigió en el acto al camarote del almirante.

En buenas palabras expuso las de sus camaradas.

—Nada más justo,—dijo Colon:—por mi parte, accedo gustoso á sus propósitos; dueños son hoy de tomar los víveres que necesiten. Celebren norabuena el nuevo año, y quiera Dios que su alegría signifique nuestra próxima libertad, nuestra partida hácia la madre patria.

Esta respuesta desconcertó al mayordomo.

IV.

No produjo mejor efecto en los conjurados.

—¡Qué cambio es este!—dijo Diego Porras.

—Si habrá sabido algo de lo que proyectamos,—añadió Francisco.

—Su amabilidad quiere decir mucho.

—Tal vez que tiene miedo.

—Miedo no; pero sabe más que Merlin, y empleará esa táctica para desarmarnos.

—Pues se lleva un solemne chasco. Mejor combatiríamos contra el leon que contra el cordero; pero no ha de valerle su mansedumbre.

—Apoderémonos de los víveres.

—¡A cenar! ¡A cenar!

Todos se lanzaron como fieras al sitio en donde se guardaban las provisiones, y saltaron en tierra para celebrar el festin en la playa.

V.

Colon los vió partir con gozo.

—¡Infelices!—dijo.—Justo es que olviden un instante sus penas.

—¡Puede ser que hagan más que olvidarlas!—exclamó el adelantado.

—Piensas mal de ellos.

—Ménos temeria á los indios nuestros enemigos, que á esa chusma.

—Depon todo temor... Esa alegría significa que ha renacido en su pecho la esperanza.

—Un horrible presentimiento me hace pensar de distinta manera.

—Yo confio en mi causa, y espero de un momento á otro la llegada de Fiesco. Poco me importa volver á España como un mísero enfermo ó como un pri-

sionero: lo que deseo es volver, que la justicia triunfa siempre.

VI.

Mientras los conjurados devoraban los manjares y prorumpian en imprecaciones, impulsados por la gula, aquellos tres séres, unidos por el lazo de la sangre, consagraron dulcísimos recuerdos á los que estaban ausentes; es decir, á Diego, á Isabel, á Villejo, á Ana y al noble hermano del gran marino.

Creíanles dichosos, y sin embargo, en aquellos momentos no sufrian ménos que ellos.

Una hermosa luna iluminaba la playa, y reflejaba sus argentados rayos sobre las apacibles olas.

El rumor del festin llegaba confuso al camarote del almirante.

Colon se durmió orando.

VII.

Bartolomé llamó á Fernando.

—Es necesario,—le dijo,—que nosotros velemos y estemos preparados para todo lo que pueda ocurrir.

—¿Temeis?

—Todo lo temo de esa canalla.

—En ese caso, me quedaré velando al lado de mi padre.

—No, eso podria hacerles creer que habíamos adi-

vinado sus planes: vé á tu camarote, y está alerta... Yo haré otro tanto.

Se retiraron, y reinó el mayor silencio en el buque.

VIII.

El rumor de las olas al morir en la playa acompañaba los gritos y los cánticos de aquellos hombres, que no pudiendo embriagarse con vino, se embriagaban con la idea de vengarse, en Colon y los suyos, de los padecimientos que habian sufrido desde que estaban en aquella costa.

En la madrugada del dia 2 de Enero, los hermanos Porras, poseidos de febril ansiedad,

—Hoy es preciso resolver el problema,—dijeron.—O nos lanzamos á navegar en los buques, despues de componerlos, con el consentimiento del almirante, ó sin él. ¿Estais dispuestos á secundarme?

—Sí, sí,—gritaron muchos.

—A nadie se obliga aquí... El que quiera seguirme, que pase á mi derecha... Los que no, que se queden donde están.

IX.

Todos, excepto cinco, pasaron á la derecha de Porras.

Entre los cinco estaba el sargento Dominguez.

—Nosotros,—dijo,—no queremos insurreccionarnos; pero acataremos el fallo de la suerte.

—En hora buena. Vosotros subid á bordo, y aguardad una señal mia. Yo entraré á ver al almirante, le hablaré, y os dirigiré una pregunta en alta voz. Acudid entonces, y demostrad que estais dispuestos á obedecerme.

X.

De acuerdo todos, obedecieron las órdenes de Francisco Porras, que se habia puesto al frente de los conjurados.

El sargento y sus cinco camaradas fueron tambien á bordo, dispuestos á consentirlo todo ménos que los amotinados atentasen contra la vida de Cristóbal Colon.

Cuando todos habian ido á ocupar sus respectivos puestos, el almirante, su hermano y su hijo dormian.

Sólo Dios sabia dónde podian despertar.

Asistamos ahora á la explosion de aquel motin, tan infamemente combinado por la ingratitud y la perversidad.

Capítulo LIX.

El motin de Porras

I.

Colon se despertó molestado por la gota.

Empezaba á amanecer, y aunque oyó movimiento en el buque, no quiso llamar á nadie.

Su enfermedad le hacia padecer más que los contratiempos de que era víctima.

Cuando se veia bajo la influencia de los agudos dolores que experimentaba, perdia la esperanza, el desaliento se apoderaba de su corazon; volvia los ojos al pasado, no veia en el porvenir más que una muerte oscura y desastrosa, y su angustia era horrible.

En esta situacion se hallaba, cuando sin pedir vénia y bruscamente entró en su camarote Francisco Porras.

Colon fijó en él sus ojos, y no pudo ménos de sorprenderse al ver la actitud que tenia.

II.

Con el casco puesto, con la visera medio alzada, perfectamente armado, como si se dispusiera á entrar en combate, y sobre todo, con la expresion del más descarado cinismo en el rostro, no ocultaba que iba dispuesto á faltar á los más sagrados deberes.

—¿Qué quereis?—le dijo el almirante, despues de haberse apercibido de su actitud.

—Quiero,—contestó, procurando disimular su agitacion, aunque sin conseguirlo,—quiero que por última vez, y en representacion de todos los españoles que aquí estamos, oigais nuestras quejas y accedais á nuestros legítimos deseos.

—Si fueran legítimos, no os presentariais á mí con la turbacion en el semblante.

—Mal me conoceis,—dijo Francisco Porras,—si creeis que me turbo por tan poca cosa, y en esa creencia se vé el orgullo que os domina. Pero de cualquier modo, mi deber es hablaros con franqueza. Nuestra paciencia se ha acabado: estamos detenidos en este sepulcro meses enteros, y aunque fuéramos santos el sufrimiento tiene un límite. A nuestras quejas habeis contestado despertando en nuestra alma esperanzas que no se han realizado, que no se realizarán, porque todos os quieren mal: ni en la Española ni en España hay quien sienta deseos de enviaros socorros, y nosotros sin culpa vamos á sufrir la suerte que os reservan vuestros enemigos.

III.

Colon escuchó con estudiada calma aquel lenguaje irreverente.

Más que la indignacion, sentia en su pecho la tristeza, porque se convencia de que aquel hombre y sus secuaces preferian jugar un albur á aguardar las bondades de la Providencia.

—¿Y qué es lo que quereis?—le preguntó con digna y severa mansedumbre.

—No es la primera vez que os lo hemos indicado: queremos que deis las órdenes para que los calafates arreglen los buques del mejor modo posible, y abandonemos la costa.

—Quereis un sueño.

—Peor es el en que vivimos, que se asemeja más á la muerte que á otra cosa.

—Mi deber es velar por vuestra vida, y si accediera á vuestros deseos, os condenaria á una muerte horrible.

La preferimos á la vida que pasamos, y os advierto que aunque empiezo por pedir, nada tendria de extraño que acabase por ejecutar; pues toda mi influencia no bastaria ya á contener á los descontentos.

IV.

Un nuevo esfuerzo costó á Colon el conservar la calma.

—Pensad lo que vais á hacer,—dijo á Francisco Porras:—tal vez avanzan á nuestro encuentro las caravelas que he pedido al gobernador de la Española; tal vez van á acabar nuestros pesares, y entonces vuestra alegria será completa, porque no llevareis en el alma el remordimiento de haber obrado mal, de haber faltado á la fé jurada, de haber abandonado vuestra bandera al verla en gran peligro.

—Es tarde ya; y no es justo que nos sacrifiquemos todos al capricho de un hombre.

—Ese hombre, á quien todos debeis ciega obediencia, no os manda, sin embargo; os pide, os ruega, más por vuestro bien que por el suyo, que espereis algunos dias más.

—Si temeis quedar solo, ¿por qué no escuchais nuestras súplicas? Y si tanto empeño teneis en que compartamos el peligro con vos, ¿por qué no os arriesgais como nosotros á romper esta dura prision, á desafiar las iras del mar, y á perecer si está de Dios que perezcamos, ó á hallar el puerto de nuestra salvacion?

—Buscar una muerte estéril no es heroismo. En nuestras circunstancias seria hasta un crímen, porque con nosotros se perderia el glorioso descubrimiento que hemos hecho en Veragoa.

—¿Y qué importa eso?... ¿No vale más nuestra vida que todo el oro de las Indias?

—Por grandes que sean vuestros deseos de abandonar esta costa, mayores son los mios; pero mi obligacion, ante Dios primero, ante los reyes despues, es atender á la seguridad personal de todos los que están

á mis órdenes. La experiencia, mis conocimientos náuticos, todo me aconseja que no utilice estos buques para navegar. Aquí carecemos de lo necesario para ponerlos en disposicion de servirnos; por lo tanto, respondo á vuestros ruegos que me es de todo punto imposible atenderlos.

V.

—¿Es esa vuestra última resolucion?—preguntó Porras al almirante con insolente arrogancia.

—Quiero mostraros,—le contestó Colon,—que no es por terquedad, por amor propio, por lo que opino de este modo. Si mis razones no os convencen, renuncio de buen grado á la autoridad que ejerzo sobre vosotros, autoridad omnímoda, y ofrezco someterme al fallo de los prácticos.

—¿Qué decís?

—Digo que podeis convocar á los marinos que viven con nosotros, y que despues de examinar el estado de los buques y la distancia que necesitamos recorrer para llegar á un puerto, resuelvan ellos en conciencia si debemos partir ó esperar á que nos socorran, enviándonos buques en estado de navegar.

—Es tarde ya para consultas: el problema tiene que resolverse inmediatamente.

VI.

Y notando por el rumor que se oia cerca del ca-

marote del almirante que sus camaradas estaban ya dispuestos para dar el golpe proyectado, y redoblando su insolencia,

—Ha llegado el momento de resolver,—exclamó:—ó dais las órdenes para partir, ú os quedais aquí con los que no quieran seguirme. Yo, por mi parte,—añadió en alta voz,—estoy por volver á Castilla... Los que quieran pueden seguirme (*).

VII.

Esta fué la voz de alarma, la chispa que produjo el incendio.

Instantáneamente coronaron en toda la extension del buque gritos de:

—¡Yo os sigo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Pronto, salgamos pronto de este sepulcro.

Los marineros y los soldados se presentaron en la puerta del camarote blandiendo sus armas, y mezclando con sus amenazas horribles imprecaciones contra el almirante.

—Tú eres nuestro jefe, Francisco; el único que reconocemos,—decian unos;—dános órdenes, dispon qué hemos de hacer, y te obedeceremos ciegamente.

—¡A Castilla! ¡A Castilla!—gritaban otros.

—Basta ya de contemplaciones.

(*) Palabras textuales.

—El que no quiera seguirnos que se quede aquí á ser pasto de los indios.

—Más que entregarlos á su furia, vale que los matemos.

—Sí, sí; ¡mueran los cobardes!

—¡Muera el almirante!

—¡A ellos! ¡A ellos!

VIII.

Y los rebeldes, arrastrados por la pasion que les dominaba, blandian las armas y pugnaban por entrar en los camarotes para asesinar á Colon, á su hijo y á su hermano.

Toda la influencia de Francisco y de Diego Porras, que no deseaban al pronto ir tan lejos, era inútil para contener aquella manada de tigres.

IX.

Colon no pudo sufrir más.

Abandonando el lecho, sin ponerse sus armas defensivas, con la espada en la diestra, quiso salir de su camarote para amonestar por última vez á los suyos, para morir luchando, si tal era el término que la divina voluntad habia reservado á su vida.

Las fuerzas le faltaban, y apoyándose en las tablas llegó hasta la puerta, á tiempo que el sargento Dominguez y algunos otros leales impedian el paso á los rebeldes.

Viendo á su jefe en gran peligro, le cogieron en brazos y le obligaron á volver al camarote, formando despues una guardia para defenderle.

X.

Bartolomé habia salido á luchar, y con la lanza en ristre y la rodela atacó á los malvados y defendió su persona.

Fernando, por su parte, corrió á la defensa de su padre.

Los pocos leales hicieron que el jóven y su tio quedasen al lado del almirante, y salieron á rogar á sus compañeros que partieran, puesto que nadie se oponia á su marcha; pero que respetasen la vida de Colon, porque su muerte á mano airada no hallaria nunca piedad.

Gracias á esto, abandonaron los buques, dispuestos á buscar los medios de partir.

Capítulo LX.

Los buenos y los malos.

I.

Los extremos se tocan siempre.

La reaccion debe ser tan violenta como la accion, segun una ley que se opera, tanto en el órden físico, como en el órden moral.

Y como la accion habia sido violenta, inícua y espantosa, la reaccion habia de ser silenciosa.

No paréce sino que la voz del remordimiento impone silencio al corazon, cuando se ha olvidado la conciencia de aquellos deberes que le ha promulgado la ley natural.

II.

Los protagonistas de tan nefanda hazaña estaban embriagados por sus propios excesos.

No se daban cuenta de lo que acababa de suceder.

Pero estaban sedientos de abandonar aquellos sitios, que les acusaban de sus iniquidades, y no querian dilatar su marcha.

Y sin embargo de que su crímen era tan inmenso, parecia que lo ignoraban, que no tenian conciencia de sus actos, y que estaban satisfechos de su conducta.

Al ménos eso indicaba la alegría que se reflejaba en el semblante de aquellos hombres, que olvidados de lo que se debian á sí mismos, olvidados de lo que debian al almirante, y olvidados de la lealtad que juraron guardar, sólo se inspiraron en el más grosero egoismo para realizar sus miserables planes.

III.

Los autores de aquella rebelion no quisieron aplazar ni un solo momento su embarque, y para el efecto se dirigieron á la playa, donde estaban amarradas y custodiadas por los indios diez canoas, que á los mismos habia comprado Colon el dia antes.

Francisco Martin Porras, que tan ferozmente se habia portado al rebelarse contra su jefe, y al arrastrar á la gente de la nave para dar cima á su propósito, se presentaba entonces como una fiera que tiene á su disposicion la presa y que se dispone á devorarla.

IV.

Su hermano el contador, que tan cobarde y men-

guado habia sido para preparar la sedicion, y que habia temblado ante la idea de que Colon pudiera sorprenderle, se mostraba ya altivo y satisfecho, engreido de su triunfo, y creyéndose superior al gran hombre, á quien tan cruelmente abandonaban, dejándole en aquella apartada region, sin más compañía ni recursos que la lealtad de unos pocos, y una cohorte de enfermos, que reclamaban una solícita asistencia.

V.

—Adelante, adelante,—gritaba una voz enronquecida.

—Sigámosle, sigámosle,—decia un sargento que se destacaba entre una turba de soldados.

—No hay que perder un momento.

—¡Hemos triunfado!

—Abandonemos esta sepultura, donde hemos estado enterrados en vida.

—Dejemos á ese hombre que tanto nos ha martirizado, y que nos engaña con falsas promesas.

—Que vengan todas esas canoas.

—Traedlas presto.

—Somos muchos, y tienen poca cabida.

—Ya están aquí.

—¡No precipitarse!

—Id con calma, que aquí no nos manda nadie.

—Mando yo; pero para guiaros y conduciros á salvacion,—dijo el capitan Porras, que se sentia herido en su amor propio de jefe improvisado al oir aquellas

frases anárquicas, que conspiraban contra su autoridad.

VI.

El cuadro que ofrecian aquellas dos tristes y huérfanas naves era triste y sombrío.

¡Pobres buques, que habian agotado sus fuerzas, y que se abrazaban cordialmente para sostenerse, como guiados por el instinto de conservacion!

¡Pobres buques, destinados á una gloriosa empresa, y convertidos en escenario de una gran iniquidad!

Allí no habia órden, ni concierto, ni plan.

Aquello era digna conclusion de una orgía.

VII.

Mientras tanto, las canoas de los indios se acercaban, y se ponian al costado de las naves.

Los pobres indios que las tripulaban no podian explicarse, ni acertaban á comprender lo que pasaba; pero obedecian á aquel conjunto de voces sin concierto que les mandaba con imperio.

Los insurgentes empezaron á descender de las naves y á colocarse en las canoas.

Y en aquella situacion aparece en medio del torbellino la figura de un jóven, demasiado jóven para caracterizarse como jefe de una contrarebelion; pero su sobrada energía y su valiente actitud le prestaban aliento para dirigirse á aquella turba desenfrenada.

Aquel noble jóven era Fernando Colon.

VIII.

Hijo digno de aquel hombre providencial, no podia ménos de exaltarse en presencia de un hecho tan escandaloso, y ébrio de cólera y de indignacion:

—¡Miserables!—les decia.—Miserables, cobardes, hombres sin honor. Sois hasta indignos de morir por mano honrada.

No podríais defenderos, porque temblaríais ante un valiente.

Marchad, marchad en busca de fortuna, y ya encontrareis el premio de vuestra alevosía.

—¡No hacedle caso, está loco!

—Que lo salve su padre.

—Que perezca con él.

—Bastante hacemos dejándole con vida.

—Bien merece la muerte.

—Ya la encontrarán pronto.

IX.

Todas estas frases, que se perdian entre la gritería y la confusion, formaban un gran contraste con la justa indignacion que rebosaban las palabras del hijo del almirante.

Y mientras esto sucedia, bajaban los unos, saltaban los otros, y todos procuraban colocarse en las ca-

noas, temiendo no encontrar en ellas sitio bastante para emprender tan vergonzosa fuga.

X.

—¡Ellos se salvan, ellos se salvan! ¡Felices de ellos!—decia una voz agonizante.

—¡Ayúdame, ayúdame!—le decia otro.

—No puedo, me faltan fuerzas, me es imposible levantarme.

—Apóyate en mi brazo, paisano, que para las ocasiones son los amigos.

—Gracias, compañero; pero aguarda un momento.

—Mira que no estoy para esperar.

—Déjame coger mi maletilla.

—¡Compadeceos de mí!

—No puedo con dos.

—Andrés, no corras tanto, que me muero y tú puedes darme vida.

—Toma la mano, levántate y come.

—No puedo andar.

—¡Pues entonces!

—No me dejes.

—¡Cargo contigo, y adelante!

XI.

No debe extrañarnos aquella algarabía, porque era muy natural en la escena que se estaba operando.

Y tampoco deben admirarnos estos rasgos de caridad y compañerismo de los rebeldes.

Si la rebelion es un mal, porque relaja la disciplina y quebranta el principio de autoridad, no siempre los rebeldes son verdaderos criminales.

Al ménos los rebeldes que sirven de instrumento suelen ser á veces crédulos y confiados.

Y en aquella ocasion obedecian muchos de ellos á un supuesto equivocado, no sólo por que creian que el almirante les habia engañado, sino por que se habian persuadido de que quedándose en las naves era segura su muerte, y huyendo se salvaban.

Por eso mismo no debemos medir con igual vara á todos los insurgentes.

Por la misma razon no podemos calificar á todos con el dictado de traidores é infames, porque muchos de ellos procedian con sencilla sinceridad.

Sólo así se explica esa solicitud que los unos tenian por los otros.

Sólo así se comprenden esos rasgos de desprendimiento y de caridad entre gente que se insubordinó de una manera tan miserable.

XII.

—¡Ah! Cuán pocos somos los que quedamos,—decian los más apegados á la disciplina.

—¿Qué vamos á hacer?

—Seguir la suerte de nuestros compañeros que se van.

—¡Pero es tan bueno, es tan valiente el almirante!

—¡Sin embargo, nos comprometemos sin esperanza!

—¡De nada le ha de servir nuestra lealtad!

—¡Tenemos familias!

—¡Tenemos esposas!

—¡Tenemos hijos!

—¡No nos pertenecemos!

—¡Marchémonos!

—¡No se qué hacer!

—¡Es preciso salir pronto!

—¡Que están llenas las canoas!

—¡Saltemos por aquí!

—¡Por aquí!

XIII.

—¡Ah!... No, no es verdad, no es verdad lo que estoy viendo,—decia una voz trémula, la voz de un anciano, en cuya noble fisonomía se veia el sello de la sabiduría, del valor y de la enfermedad.—No es verdad que Diaz haya saltado á las canoas.

—Sí, sí,—contestaba Fernando Colon á su atribulado padre.

—¡Y tambien Caballero! ¡Y tambien Fuentes! ¡Y tambien... ¡Ah, es imposible! ¡No, no lo creo, ó estoy loco! ¡Estaré desvariando!

—¡No, padre, no desvariais; es la verdad la que estais viendo! Tambien son miserables aquellos hombres á quien tanto queriais, tambien os abandonan,

tambien se marchan y se unen á los que tan ruinmente se han amotinado.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Irán á combatir, irán á pelear contra ellos, irán á defenderme.

—Miradlos, padre, miradlos. Mirad qué tranquilamente se han colocado en las canoas.

—Sí, sí, es una triste realidad; es una funesta realidad lo que ven mis ojos.

—Ya no hay duda. ¡Que sobre ellos caiga la maldicion de Dios!—decia Fernando, hirviendo en cólera.

XIV.

—¡Nunca!—exclamó su padre.—¡Nunca! ¡Que Dios les perdone, y que nos preste energía para vencer esta terrible situacion. Pero vosotros, vosotros,—les dijo á los que se preparaban para huir en las canoas,—¿vosotros os habeis olvidado de los deberes más sagrados, os habeis olvidado de vuestra bandera, de vuestros juramentos y de vuestra disciplina? ¿Cómo habeis dudado de mí? ¿En qué os he faltado? ¿Por qué me negais vuestra confianza?

—Está desesperado. Bogad, bogad, bogad,—repetian varias voces en las canoas.

—¿Creeis que el hombre que ha descubierto estas regiones, para bien de la humanidad y de España, es capaz de sacrificaros? ¿Dónde habeis visto mi ambicion ni mi codicia? ¿De qué me acusais? ¿Ignorábais, por ventura, que todas las grandes empresas llevan

consigo grandes sufrimientos? ¿Ignorais que la gloria sólo se conquista con heroismo? ¿No os dice vuestro corazon que soy incapaz de engañaros?

—¡Que os oigan los indios!

—Predicadles á ellos, que nosotros no necesitamos vuestros sermones.

—Pues tened heroismo para morir, y conformaros con vuestra suerte.

XV.

—¡Pobre almirante! ¡Pobre almirante! Y le dejamos para no verle jamás. Era nuestro padre, y le abandonamos,—decia una voz entre sollozos entrecortados y reprimidos.

—¡Me arrepiento, me arrepiento!—le contestaba secretamente otra voz imperceptible.

—Prefiero la muerte á la traicion.

—La prefiero á la ingratitud.

Y se lanzó al agua.

XVI.

Su compañero le siguió, y las canoas volaban, enmudecidas á la vista de dos hombres, que inspirándose en grandes sentimientos, se arrojaron al mar para sufrir los rigores de la suerte del almirante.

El almirante y su hijo se abrazaron, y dulces lágrimas surcaron sus mejillas.

XVII.

Los momentos de un sepulcral silencio fueron breves.

Dos hombres subieron violentamente á la nave.

Eran los que acababan de ser redimidos por el arrepentimiento.

Eran Caballero y Fuentes, los que postrados de hinojos ante el almirante, besaban sus piés y los regaban con sus lágrimas.

Colon y su hijo los estrecharon con el entusiasmo de la más exaltada gratitud.

Capitulo LXI.

Despues de la tormenta.

I.

Un historiador, á quien seguimos muy de cerca, porque vá siempre por el camino de la verdad, al llegar á este punto de la historia del infortunado Colon, tributa á su memoria entusiastas y merecidas alabanzas.

En tanto que los hermanos Francisco y Diego Porras y su chusma vagaban con aquel desesperado y triste desenfreno, consecuencia inmediata del abandono de los justos principios, Colon aparecia sereno, majestuoso, confiado, como un hombre que cumple sus deberes, que vive en paz con su conciencia.

Ya le hemos visto esforzarse en consolar á los enfermos, en animar á los leales, en levantar la fé sobre la duda, la esperanza sobre el desengaño, olvidándose

de sus padecimientos físicos, de su penas morales, y esto precisamente en los instantes en que unos cuantos desagradecidos, enarbolando la bandera de la más inícua de las rebeliones, se llevaban la parte vigorosa y sana de su gente.

II.

La reaccion, como hemos visto, no tardó en operarse.

Hasta los que por efecto de sus enfermedades no habian podido partir con los rebeldes, y entre estos últimos se hallaban Bernardo de Valencia, Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, animados por el sargento Dominguez y por los arrepentidos Fuentes y Caballero, se mostraron dispuestos á prestar obediencia á Colon y á emplear su ascendiente para con los demás, á fin de que, tranquilizando su espíritu, recobrasen pronto la salud y pudieran oponer resistencia á los indios, si aprovechándose de sus disensiones, intentaban atacarlos, ó contribuir á que los indígenas respetasen los tratados para que no les faltasen provisiones.

III.

El almirante formuló su promesa de una manera aun más explícita, aun más terminante:

—Poned en Dios,—les dijo,—toda vuestra confianza, no dudeis de su infinita misericordia, de su

ilimitada Omnipotencia, y yo os prometo solemnemente que al regresar á España me arrojaré á los piés de la reina, y obtendré para vosotros de su munificencia premios que recompensen vuestros padecimientos.

Estas palabras produjeron el efecto de un bálsamo dulcísimo sobre aquellos agitados corazones.

IV.

Llegó la noche y se entregaron al descanso, sin pensar ya en los rebeldes, que acaso caminaban á la muerte.

En medio del silencio, interrumpido por el suave murmullo de las olas, sólo un hombre no podia conciliar el sueño.

Habia sufrido demasiado, y aunque habia conseguido un verdadero triunfo, no se le ocultaba que la tardanza de Fiesco significaba su muerte, que Ovando no le enviaria auxilio, y que los que se habian calmado no tardarian en desesperarse.

A esta lúgubre idea siguieron otras más tristes todavía.

Los hombres más útiles para contener á los indios, para defender los buques de cualquiera invasion, se habian marchado; no quedaban en torno suyo más que enfermos.

Los cinco ó seis que podian prestar servicio tenian necesidad de asistir á sus camaradas, y no podian salir en busca de provisiones.

Los indios estaban acostumbrados á que los espa-

ñoles fuesen hasta sus mismas chozas á recoger los alimentos, á llevarles las chucherías con que los pagaban, y era posible que perdiendo la costumbre y el miedo se desentendiesen por completo de sus huéspedes.

V.

La Providencia, que velaba por el gran hombre, quiso que los padecimientos de sus soldados mitigasen los suyos, y que reanimadas sus fuerzas, hallase en aquellos instantes críticos la actividad y la inspiracion que necesitaba para evitar los próximos conflictos de que se veia amenazado.

«Por medio de una invariable buena fé y de una amistosa conducta, dice uno de sus historiadores, hácia los naturales, y usando juiciosamente los artículos de tráfico que le quedaban, se procuró de cuando en cuando considerables cantidades de víveres »

VI.

Al dia siguiente del en que estalló la rebelion, mandó al sargento Dominguez á buscar al cacique de la tribu más próxima á la costa, y le manifestó que las escenas que habian presenciado habian sido un castigo que habia impuesto á los que con sus abusos habian causado mayor daño á los indios.

—En lo sucesivo,—le dijo,—podeis anunciar á vuestros hermanos que nadie os molestará, y que en

cambio de los víveres que nos traigan recibirán los diges más preciosos.

VII.

Para mantener la disciplina entre los suyos, llamó á los que estaban sanos, y les dijo:

—La precipitada fuga de los rebeldes ha sido causa de que nos dejen las mejores provisiones. Aun tenemos galleta, y con el pan de cazabe y la carne de utia, podremos vivir hasta que acudan á socorrernos. Pero voy á haceros una proposicion. Es necesario que los enfermos se restablezcan pronto, y para ello creo que debemos duplicar su racion de galleta, privándonos nosotros de ese alimento.

—Sí, sí,—dijeron todos;—lo principal es que se restablezcan.

—Pero vos,—dijo uno,—estais tambien enfermo; sois nuestro jefe, y debeis participar de ese manjar que es el que mejor sienta á vuestro debilitado estómago.

—Yo soy vuestro jefe, y es en mí un deber daros ejemplo: mi principal deseo es ver á todos buenos, mejorados de sus dolencias, prontos á contrarestar los atentados de los indios, dispuestos á recibir confiados los auxilios de la Providencia.

VIII.

La reaccion que se operó en su favor continuó creciendo.

El gran hombre, devorando sus penas, ocultando sus temores, velando sus zozobras con la actitud de la tranquilidad, logró infundir la esperanza en todos los ánimos.

«Con este trato atento y amistoso,—dice Washington Froign,—restableció Colon la salud y alegría de sus compañeros, y los puso á todos en estado de contribuir á la seguridad comun.

»Juiciosos reglamentos, pacífica, pero firmemente sostenidos, restablecieron y conservaron el órden, comprendiendo todos, gracias al supremo y generoso esfuerzo de su jefe, que las restricciones que les imponia eran inspiradas por su propio bien, que la disciplina es el puerto de salvacion en todos los conflictos que producen las rebeliones.»

IX.

Pero apenas logró Colon disminuir las penalidades de su gente, apenas adquirió la seguridad de su obediencia, surgieron nuevos peligros, nuevas complicaciones.

Los indios comenzaron á echarse en el surco.

Poco afectos al trabajo, preferian pasar el tiempo entregados á la molicie, á cultivar la tierra, á fabricar el pan de cazabe, á cazar las utias.

Los víveres disminuian, y necesitaban los hombres sanos abandonar á los enfermos para ir á reclamar á los indígenas los alimentos que debian entregarles con arreglo á los pactos establecidos.

Estos se evadian por medio de fútiles pretextos.

—Si no estais contentos con los dijes que os damos por nuestras provisiones, pedid más;—les decian los enviados.

—Todos tenemos abundantes joyas de las que nos dais en cambio de víveres, y cuanto mayor sea el número de ellas que poseamos, menor será su valor y su importancia,—contestaban los indios.

Los emisaros volvian sin provisiones.

X.

Desesperados, recurrian algunas veces á las amenazas.

—¡Bah! No nos amedrentamos,—decian los caciques.—Os han abandonado la mayor parte de vuestros compañeros, sois pocos, y cuando vuestro jefe no ha podido dominar á los que se han rebelado contra él, ménos podrá dominarnos á nosotros, que en último caso somos libres, nada le debemos, y podemos, si nos molesta, arrojarle de nuestra costa.

Este lenguaje era la expresion del deplorable efecto que la infame conducta de los rebeldes habia producido.

No era, sin embargo, lo más temible.

Aquellos desalmados vagaban por la isla, cometiendo toda clase de excesos, desacreditando á su jefe, y encendiendo la más profunda irritacion en los indígenas.

Estos, que llenaban diariamente la playa y con-

versaban con los españoles, comenzaron á retraerse y á mostrarse hostiles.

XI.

Las provisiones llegaron á faltar por completo.

Ni Diego Mendez ni Bartolomé Fiesco daban señales de vida.

El conflicto que les amenazaba adquiria cada dia mayores proporciones.

—Luchemos con ellos, sometámolos á la fuerza,—decian algunos, y Bartolomé Colon era de esta opinion.

—Las probabilidades del éxito están en su favor,—contestaba el almirante.—Más que la fuerza ha de salvarnos la maña.

—Mejor será perecer á sus manos que morir de hambre.

—No temais... Dios me inspirará.

—Es que pasado mañana daremos fin á las últimas provisiones.

XII.

—¡Pasado mañana!—dijo de pronto Colon.

—Sí.

—Pues bien,—añadió despues de recogerse un momento,—yo os prometo que pasado mañana tendremos abundantes víveres.

—No es posible.

—¡Fiad en mí!

XIII.

Al hacer esta promesa, habia obedecido el gran hombre á una verdadera inspiracion.

Gracias á sus conocimientos astronómicos, pensó que la naturaleza iba á proporcionarle, precisamente el dia en que más lo necesitaba, el medio de infundir pavor á los indios, de aparecer ante ellos como un hombre sobrehumano.

XIV.

Al dia siguiente envió á un indio que le servia de intérprete á llamar en su nombre á los caciques, anunciándoles que tenia que hacerles importantes revelaciones.

Despues de convocarlos para el momento en que podria adquirir sobre ellos un nuevo y gran prestigio, aguardó con calma aquella hora suprema.

Capítulo LXII.

Hombres sin alma.

I.

Aquella promesa solemne del almirante, despues de tantas escenas de sentimiento, tranquilizó los corazones de todos.

Las rápidas emociones del dolor al placer habian producido un efecto maravilloso.

No veian ya á Colon como al aventurero y al ambicioso: lo veian como al jefe más autorizado y digno, y como al padre más solícito y cariñoso.

Todo cuanto sucedia tenia algo de sobrenatural.

No es el acaso el que trasforma á los hombres de ingratos y turbulentos en dóciles y resignados.

Es la Providencia, la que despues de haberlos sometido á pruebas más ó ménos heróicas, quiere premiar las penas y vivificar los corazones angustiados.

Las condiciones del tiempo y de la situacion en que se encontraban aquellos desgraciados, no eran las mejores para dejarse alucinar por la impostura.

Era preciso que hubiera algo de grande, de extraordinario y de sobrenatural en aquel que los contuviera y dominase.

II.

Pero abandonemos por un momento á los leales para seguir á los traidores.

No es posible que encontrasen paz ni calma los que más que por su propia conservacion, ni la de la gente á que sedujeron, se proponian desprestigiar el poder y amenguar el mérito del almirante, sirviéndoles su derrota de pedestal para sus codiciosos propósitos.

Por de pronto, no habian comenzado su fuga, cuando aquellos dos beneméritos se arrojaron al agua para volver como hijos pródigos al seno de aquellas naves abandonadas.

Y ese ejemplo debia ejercer su influencia en las canoas, pues á la bulla y la algazara con que se habian embarcado, sucedió un silencio profundo.

Bien lo conocieron los hermanos Porras, y por eso todos sus esfuerzos se dirigieron á alejarse precipitadamente de aquel sitio, que podia ser un poderoso atractivo, un gran iman para los hombres á cuyo frente se encontraban.

III.

En aquellos momentos serian ineficaces cuantas promesas pudieran hacer.

Ni su carácter, ni su talento, ni sus virtudes, eran populares entre su gente.

Y es seguro que su bandera no hubiera arrastrado prosélitos, si no hubiesen explotado el descontento de aquellos infelices, que cansados de padecer, y habiendo perdido la esperanza, sólo querian encontrar un pretexto para salir de aquella terrible cárcel.

Su derrotero fué hácia la isla del Oriente, ó sea el mismo que habian seguido Mendez y Fiesco.

IV.

En tan funesta situacion para los hermanos Porras, se propusieron halagar á los cuarenta y seis hombres que les acompañaban.

—Nada temais,—les decia el capitan;—ha llegado para vosotros la hora suprema de la emancipacion.

—Ya lo deseábamos,—contestó un soldado, que conociendo la poca autoridad de sus jefes, queria familiarizarse con ellos.

—Agradecednos nuestra iniciativa y nuestros esfuerzos por redimiros,—añadió el contador.

—Hemos salvado nuestras vidas y nuestra libertad,—añadió una voz imperceptible.

—Pues adelante,—dijo un sargento.

—Pero estamos escasos de provisiones.

—¡Estaban tan pobres las naves que hemos dejado!

—Pero algo más podia haberse sacado.

—Hemos embarcado tan precipitadamente...

—¡Si pareciamos cobardes!

—Al correr tanto, creí que huiamos de un peligro inminente.

—No sé por qué nos dimos tanta prisa.

—Y eso que éramos los vencedores.

—Valian tan poco los que quedaban.

—Si estaban enfermos casi todos.

—Pues hemos hecho muy mal en no habernos provisto con más abundancia.

—No estamos tan lejos, y aun podriamos volver.

—Seria un disparate, que nunca consentiré,—exclamó Francisco Martin Porras,—porque no quiero comprometeros. Considerad que estas canoas no están para idas y venidas.

V.

Estas palabras las pronunció entrecortadas y revelando un miedo que no se escapó desapercibido para ninguno.

—Vamos, capitan,—se permitió decirle un subalterno,—yo me comprometo, sólo con doce hombres, á partir para las naves, tomarlas por asalto y apoderarme de todos los artículos que pueden convenirnos para nuestro viaje.

El tono en que se expresaba el subalterno hizo

temblar á los hermanos Porras, y el contador, que si carecia de valor, abundaba en astúcia, se apresuró á parar el golpe.

—¡Bien por el bravo!—le dijo.—No dudamos de tu valor, y algun dia conocerás la particular estimacion que te tenemos. Ya contamos con tus brios; pero los aplazamos para ocasion más oportuna y brillante.

VI.

Los que oyeron al sargento, sorprendieron en sus palabras un acento de desconfianza en la empresa en que todos iban comprometidos, y un deseo de volver á las naves para pedir perdon al almirante y para correr con aquel gran hombre todos los peligros que le aguardaban.

Y los iniciadores de la rebelion comprendieron tambien la actitud del subalterno, y trataron de desfigurarla ante su gente y de halagarla con vanas y mentidas promesas.

—Nada más tengo que decirte, pues mi hermano te ha manifestado nuestros sentimientos,—añadió el capitan.—Y adelante, adelante,—añadió con voz ronca.—¡Adelante! Es preciso que lleguemos pronto á una playa vecina, donde podremos surtirnos de abundantes provisiones.

—Ya las necesitamos; las que tenemos son muy malas y muy escasas.

—Peores hubieran sido si continuamos con Colon.

Ya visteis que se concluian, y que no habia esperanzas de reemplazarlas.

—Estaban apurados los recursos de aquellos indios.

—Es gente tan frugal...

—Se contenta con tan poco...

—Y los que estamos acostumbrados á una gran vida...

—Los que somos españoles...

—Nada, nada; ya que hemos abandonado al almirante por el mal trato que nos daba en el alimento, y por el largo tiempo de cautiverio que llevábamos, es preciso que cambie pronto nuestra situacion. Es necesario que empecemos á gozar, ya que tanto hemos sufrido.

—Y el navegar en canoa de indio no es cosa cómoda.

VII.

Estas frases, que se cruzaban entre aquellos hombres, indicaban bien á las claras que no estaban dispuestos á sufrir, y que si muy pronto no se satisfacian sus deseos, estarian dispuestos á cometer toda clase de atropellos, haciendo las primeras víctimas en los que los habian sacado de las naves.

—Quiero demostraros el interés que me inspirais,—les dijo el capitan Porras;—y ahora mismo vamos á dar un asalto á aquellas guaridas de indios que desde aquí se ven-

—Aprobado, aprobado .. y manos á la obra.

Poco tiempo despues atracaban entre unas rocas las diez canoas de los rebeldes.

Aunque aquellos indios eran vecinos de los de las naves, y no debian extrañar el encontrarse entre españoles, sin embargo, se sorprendieron de aquella visita intempestiva, que venia á turbar su calma, porque instintivamente conocieron que la actitud de aquellos hombres era amenazadora.

VIII.

—Venimos á saludaros,—les dijeron,—y á pasar con vosotros algun tiempo.

—¿Nos trataréis bien?

—¿Nos dareis buena comida?

—¿Sereis muy obsequiosos con nosotros?

—Somos vuestros amigos.

—Ahí hemos dejado á vuestros enemigos.

—Esos, esos son: los que están al otro lado de aquellas rocas.

—Nosotros os queremos; pero tenemos que cumplir órdenes severas.

—Es preciso que nos surtais de provisiones.

—¿Qué es lo que teneis?

—Vamos á registrar sus chozas, que algo de bueno encontraremos.

—Tenemos poco, tenemos poco,—contestaban los pobres indios.

—Pues nos dareis lo que tengais.

—Pero tenemos hambre, y lo propio aconte á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

—Pues nosotros mandamos; tenemos fuerza, y os haremos cumplir con nuestras exigencias.

X.

Si aquellos hombres hubieran conservado un resto de los nobles sentimientos y de las ideas caballerescas que les inspiraba Colon, no hubiesen cometido los inauditos atropellos que cometieron con los salvajes.

Todo cuanto encontraron lo convirtieron en su presa, y para que nada les ocultaran, los sujetaron á los más duros y crueles tratamientos.

XI.

Alguno, ménos inhumano, queria descargar sobre Colon el peso de su conciencia, y les decia que ellos no eran los que les arrebataban el alimento; que el almirante era el que les habia dado órdenes terminantes de saquearlos. Que no tenian culpa alguna en lo que hacian, pero que su jefe les pagaria todo lo que les arrebataban.

Este era el lenguaje de los ménos malos, de los que aun podian conocer todo el daño que causaban á gente tan sencilla é inofensiva como los indios.

Les hacian ver que Colon era el mayor enemigo de los indios, y el gran tirano de aquellas playas. Se esforzaron cuanto pudieron por desacreditarle y por

despertar contra él una saña cruel, hasta el punto de decirles que si no les pagaba lo que ellos habian tomado obedeciendo su mandato, le quitasen la vida.

XII.

Aquella gente malvada no tenia corazon para compadecerse. No habia en ella más que un refinado egoismo.

Y cuando las tormentas de la mar pusieron en peligro las canoas, como carecian de lastre para aligerarlas, arrojaban al agua los indios que ménos útiles les eran, conservando solamente los necesarios para el remo.

XIII.

Eran diestros nadadores aquellos infelices, y procuraban seguir á nado á las canoas, asiéndose á ellas para tomar aliento y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herian con el filo de las espadas, y les cortaban las manos.

De esta manera inícua dieron muerte á diez y ocho.

Cuando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y víveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, cometiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es la más brutal y feroz de las fieras.

Capitulo LXIII.

El último recurso.

I.

Al fin se encontraron reunidos.

Era por cierto una asamblea bien hetereogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

II.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los

salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insurgentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpador, al tirano, al hombre fatal que iba á aquellas regiones para causar su ruina y para asolarlas completamente.

III.

Por eso mismo, los indios celebraban cordialmente la situacion crítica de las naves, y esperaban que la falta de víveres concluiria por hacer morir de hambre á toda la tripulacion, que solo habia ido á aquel país para sacrificarlo.

No se ocultaban á Colon las preocupaciones de los indios, ni el ódio mortal que le profesaban.

Pero si no acudia á los indios, le era imposible proveerse de los víveres que le eran tan indispensables para atender á las más precisas necesidades de su gente.

Para hablarles de este asunto, que tanto les interesaba, era para lo que los habia convocado.

Y persuadido como estaba que por los medios ordinarios no podria conquistar sus simpatías ni ponerlos á su servicio, apeló á un recurso hábil é ingenioso.

IV.

—No sabeis para qué os he llamado, —les dijo por medio de su intérprete,—y deseo que lo sepais pronto, porque quiero dispensaros un gran favor, y espero que me correspondereis.

—No, no; no nos hará favor,—decia un indio.

—Es muy malo,—añadia otro.

—Si nos querrá matar.

—No, no tiene provisiones.

—Eso es lo que quiere.

—Pues no se las daremos.

—Que se muera él.

—Y todos los españoles.

—Que nos dejen en paz.

V.

Estas y otras frases se escapaban de los inquietos labios de los indios congregados en las deterioradas naves de Colon.

Y aunque él comprendia todo cuanto ellos pensaban, aparentó una gran serenidad, sin esforzarse mu-

cho, pues la serenidad en los más graves peligros era uno de los rasgos que más le caracterizaban.

—Confiad en nosotros,—les dijo en tono dulce y afectuoso.

—No, no confiaremos, porque es un tirano.

—Porque quiere robarnos.

—Pero ya no puede, porque los otros españoles se han escapado, y estos son ya pocos y están enfermos.

Estas y otras palabras parecidas interrumpian el discurso de Colon; pero continuaba:

—Confiad en nosotros, porque os queremos, y no os hemos hecho daño alguno.

—Sí, sí; que por él nos quitaron todo cuanto teníamos guardado.

—Y nos dejaron sin comer.

VI.

Al comprender Colon que le acusaban de despojador, él que tan evangélico y tan caballero era en toda su conducta:

—No,—dijo con palabra severa y conmovida;—no, nunca se cometerán por mí semejantes atropellos. Al contrario, siempre prohibiré muy severamente á los hombres que estén bajo mi mando, que hagan daño alguno en las personas y en los bienes de los pobres y desgraciados indios.

—Yo los quiero con todo mi corazon,—añadió,—y estoy dispuesto á hacerles todo el bien que me sea posible.

—Pues así lo dijeron,—exclamaba un indio.—Ellos aseguraron que todo cuanto hacian era lo que les habia ordenado su jefe.

—Mentian los miserables, mentian alevosamente. No fueron mandados por su jefe; fueron prófugos de estas naves, donde siempre habia órden, disciplina y gran respeto al prójimo, á quien miramos como á nuestro hermano, lo mismo que á su propiedad.

VII.

Aunque las palabras de Colon eran ininteligibles para los indios, aunque el intérprete se las tradujese genuinamente, sin embargo, el acento y la majestad con que las pronunciaba les daban un carácter de verdad y de grandeza, que producia su efecto entre los salvajes.

—Nosotros no podemos dañaros, porque no nos pertenecemos, no somos dueños de nuestra conducta. Nosotros adoramos á un Dios que está en el cielo, y que desde el cielo bajó á la tierra, y lo hizo para enseñarnos el amor inmenso que debemos tener á todos los hombres, sea cualquiera el país que habiten y la raza á que pertenezcan. Y nosotros queremos ser fieles á la enseñanza que recibimos de la Divinidad, no sólo por que así le agradamos, y ese es nuestro mayor deseo, sino por que si así no lo hiciéramos, seríamos terriblemente castigados.

A los hombres que se portan bien los envia contrariedades y trabajos; pero al fin les premia y los

recompensa crecidamente con grandes y visibles dádivas.

Vosotros lo habreis observado,—les decia;—vosotros habreis visto que la expedicion de Diego Mendez, hombre honrado, generoso y valiente, fué protegida por la Divinidad, porque se proponia un gran fin, y sólo aspiraba á cumplir sus deberes más sagrados.

Pero ya sabeis la suerte que ha cabido á esos infames capitaneados por los hermanos Porras. Ellos empezaron por sublevarse contra mí, y muy pronto sintieron los rigores de la expiacion, porque perdieron todo su prestigio para la gente que mandaban; y más tarde sufren toda clase de padecimientos, acosados por el hambre, por las enfermedades y por su propia conciencia, que en voz muy alta les acusa de sus grandes crímenes.

Y esa Divinidad, inflexible para con los malos, pero bondadosa con los hombres de buena voluntad, os castigará sensiblemente si no cumplís aquellos deberes que vuestra razon os promulga muy claramente.

No ignorais que no se debe dañar á otro, ni tampoco se os oculta el deber que teneis de prestaros recíproco auxilio y proteccion. Si no os auxiliárais, moriríais devorados por el hambre y por vuestras necesidades no satisfechas.

Pues esos deberes que conoceis, nos los ha enseñado muy ámpliamente el mismo Dios cuando descendió al mundo y habitó entre nosotros.

Por eso no os haremos nunca mal, y procurare-

mos prestaros servicios. Pero si vosotros no haceis lo mismo, caerán sobre los que os porteis indignamente toda clase de calamidades.

Esta noche misma se verificará un acontecimiento que os llenará de confusion y espanto. Esta noche misma quedareis envueltos en una oscuridad tenebrosa, que sobrecogerá vuestros corazones y os llenará de confusion.

Y ese suceso os hará arrepentiros de vuestras culpas, y temblareis ante la idea del poder de Dios y de las penas inmensas con que podrá castigaros.

VIII.

—Quiere asustarnos.

—Sí, sí; lo que quiere es que le demos víveres.

—¡Si dirá la verdad!

—Aquí estamos nosotros, que somos vuestros hermanos, los que hemos venido á estas regiones para haceros un gran bien, que todavía no podeis conocer ni apreciais. Y aquí estamos débiles, enfermos y sin alimentos ni recursos.

—Mejor, mejor.

—Eso es lo que queremos.

—Así morirán pronto.

IX.

Estas eran las frases con que murmuraban los in-

dios al saber la situacion en que se encontraban los buenos españoles que habian sido fieles á Colon.

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenian otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitian recurso alguno.

X.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un mónstruo, como un infame, como un usurpador.

XI.

Y al persuadirse Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

—Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conocereis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

Capítulo LXIV.

Dios y el hombre.

I.

Las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas, impresionaron á los indios.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusion y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.

Pero tampoco nadie tenia valor para oponerse y resistir.

II.

Los indios abandonaban las naves.

Y Colon quedaba en ellas muy seguro de que su estratagema habia de dar grandes resultados.

—¿Será cierto?

—No, no; no puede ser.

—¿Y qué haremos si sucede?

—Nunca hemos visto una cosa tan extraordinaria.

—Y dice que no nos quiere mal; dice que nos quiere bien. Pues si nos quiere...

—No lo creamos, no lo creamos, porque ya nos dijeron que nos engañaria.

—Pues no lo creeremos.

—Estos españoles saben más que nosotros, y querrán robarnos.

—Y el que nos ha hablado debe saber más que los otros. Por eso no debemos creer lo que nos ha dicho.

—¡Pero esta, esta noche!

—Me da miedo.

—Y dice que es amigo de Dios, y que Dios vino al mundo y enseñó á los hombres lo que debian hacer para agradarle.

—Que deben amarse unos á otros.

—Y perdonarse la ofensas.

—Y hacer bien á los enemigos.

—Ya caigo, ya caigo. Lo dice por él, lo dice por él. Como él es nuestro enemigo, quiere que le socorramos. No, no; no le haremos caso.

—Será un impostor.

—Entonces me tranquilizo.

—Yo habia empezado á temblar.

—Creia que esta noche se hundiria la tierra y nos enterraria á todos.

—Y no nos veríamos más.

III.

—¿A qué habrán venido aquí los españoles?

—Matarlos, matarlos.

—No me atreveria.

—Ni yo tampoco.

Esta era la conversacion de los indios cuando se retiraban despues de haber oido las proposiciones de Colon.

Y en medio de aquella soledad, de aquella tristeza, de aquel abatimiento general, parecia que el almirante queria sonreirse.

Su sonrisa era la del cristiano en el momento en que vá á presenciar un triunfo providencial.

No es posible, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, hacerse superior á una situacion tan crítica como aquella, si el Dios de la clemencia y de la misericordia infinita no se interpone entre los hombres para despertar en unos ideas grandiosas y salvadoras, y para ablandar los corazones de los otros.

IV.

El escéptico más absoluto depondria sus preocupaciones en presencia de ciertos sucesos que se prestan á una meditacion profunda.

Unas naves derrotadas y unos hombres hambrientos y enfermos, alejados de su país y situados en playas desconocidas y de gente salvaje; de gente que les consideraba como á sus más implacables enemigos, acudiendo á estos mismos para que les diesen alimento y para que les prestasen los recursos que eran indispensables á su subsistencia, es un problema de resolucion imposible dentro de la esfera ordinaria. Y en esas situaciones tan especiales es donde debe estudiarse la influencia de la Divinidad sobre los destinos humanos.

V.

Todo el talento de Colon hubiera sido ineficaz para vencer obtáculos tan supremos, toda su ciencia hubiera sido estéril, todo su cálculo impotente, porque los razonamientos del filósofo no pueden destruir de un golpe las creencias arraigadas entre los salvajes.

Y ¿á qué debe atribuirse el que Colon se encontrase por entonces en aquellas playas? ¿Fué la casualidad la que lo llevó al Nuevo Mundo? ¿Fué la casualidad la que puso á prueba su sufrimiento, y la que le dió valor para sobreponerse á la deslealtad y á la ingratitud

de su gente? ¿Fué la casualidad la que permitió que en instantes tan supremos pudiese anunciar á los indios un acontecimiento extraordinario, que de ser cierto habia de influir grandemente entre ellos para que mirasen en Colon un hombre superior y favorecido de Dios, y para que en vez de obedecer á los instintos de venganza que les embargaban, templasen su ódio, le rindiesen obediencia y se sometiesen á su voluntad, convirtiéndose en afectuosos prójimos y en dóciles y voluntarios esclavos?

VI.

¡Pobres hombres los que no se detienen á examinar sucesos como el que nos ocupa!

¡Pobres, los que sólo ven el azar en los acontecimientos que se repiten en el mundo!

¡Pobres, los que no levantan su mirada al cielo y ven que Dios, desde su excelso trono, vela con solicitud amorosa por sus criaturas, y prepara para los buenos soluciones gloriosas y fecundas cuando se encuentran inundados en el piélago insondable de la adversidad!

Pero los que en todo y para todo lo grande ven la Providencia, muestran un placer supremo en reconocerla en situaciones tan terribles como en la que se hallaban el almirante y sus compañeros.

VII.

El tiempo corria velozmente.

Las provisiones de las naves estaban agotadas.

No habia salvacion posible fuera de la caridad de los indios.

Y los indios desconocian la caridad cristiana, y sólo se inspiraban en su corazon para tratar con amor al amigo y con saña cruel al enemigo.

Y no habia entonces para ellos un enemigo tan terrible como Colon.

Apúrese, pues, la inteligencia para dar soluciones satisfactorias á un problema tan delicado y tan complejo, y la inteligencia naufragará en un mar de tinieblas.

Pero rindase la inteligencia ante las aras de la fé, y cerrando los ojos se llenará de luz, y verá que el Omnipotente le prestará recursos sobrenaturales para hacerse superior á circunstancias extraordinarias.

Sólo así puede explicarse el suceso que se estaba realizando en aquellas apartadas regiones.

VIII.

Llegó por fin aquella noche tan esperada, y que tanto preocupaba á los indios.

Porque aun los más incrédulos abrigaban sérios temores.

—Esta noche es mucho más oscura que otras,—exclamaba un indio.

—No, no; es que tienes miedo,—le contestaba otro.

—Pues veo ménos.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Teneis razon, teneis razon.

—¡Ay, ay de mí! ¡Hay de nosotros!

—¡Somos perdidos!

—¡Quién nos salvará!

—¡Perdidos, perdidos! ¡No hay salvacion!

—¡La Divinidad nos castiga, porque no hemos obedecido al jefe de los españoles!

Una confusa y terrible gritería atronaba el espacio. Lágrimas, sollozos, alaridos y palabras entrecortadas se percibian desde las naves.

—¡Perdon! ¡Perdon!

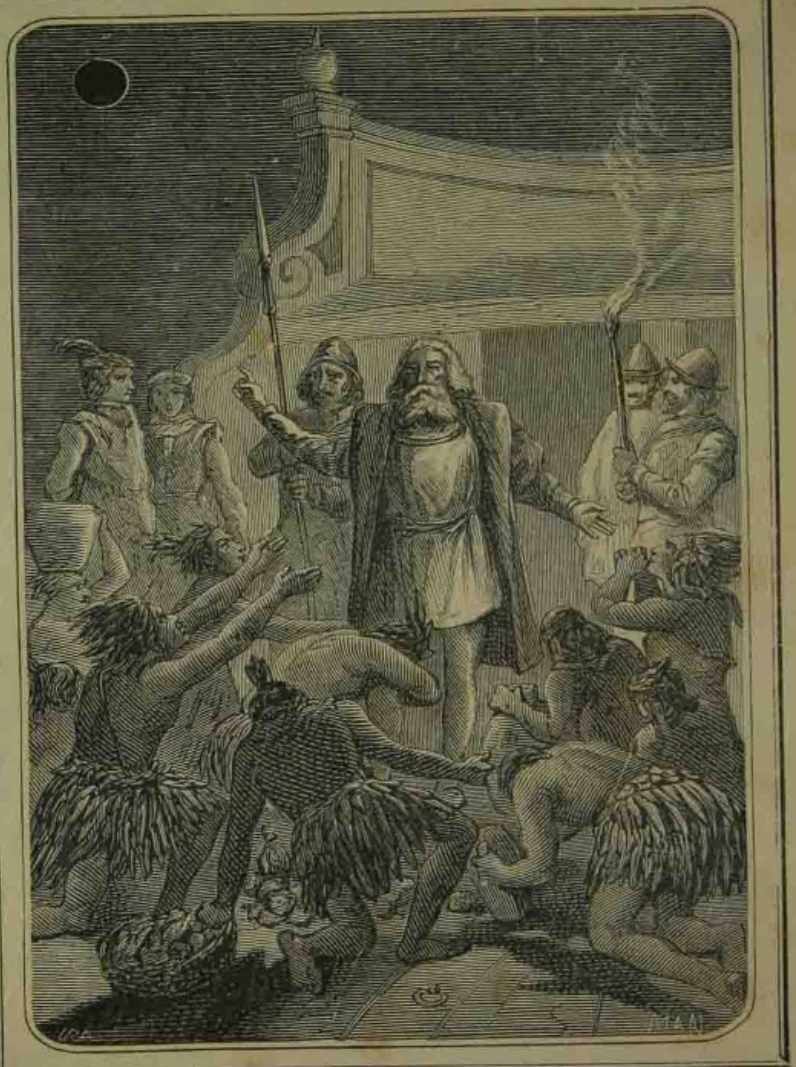
—¡Que se aplaque la Divinidad! ¡Que se aplaque!

—Ya creemos lo que nos ha dicho, y le serviremos como esclavos.

—Le llevaremos cuanto tenemos.

IX.

Y corrian entre las tinieblas algunos indios, corrian instintivamente hácia los buques con la esperanza puesta en Colon, en quien veian un hombre sobrenatural, y á quien querian pedir perdon á nombre de todos, rogándole que intercediese con la Divinidad.



CRISTOBAL COLON. —...recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.

Pero las tinieblas eran mayores, y cuando llegaron al borde de las naves la oscuridad era absoluta.

—¡Favor, favor para nosotros! ¡Compasion para nosotros!

—¡Auxiliadnos! ¡Auxiliadnos!

X.

Subieron por fin á las naves, y se afanaban los pobres salvajes por estrechar á Colon y por postrarse ante él, pidiéndole su proteccion.

—Aquí teneis lo que hemos podido traeros. Aquí lo teneis. Recibidlo ahora, aunque sea tan poco; recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuando tenemos.

XI.

El almirante se conmovia al ver la tribulacion de los indios; pero hubiera sido imprudente si los hubiese explicado el fenómeno, y consultando á miras discretas se retiró á su camarote.

XII.

Mientras tanto, crecia la impresion de los indios, porque aquella oscuridad tan espantosa les aterraba, y sólo esperaban las palabras de Colon para tranquilizarse.

XIII.

Apareció por fin el almirante, y con voz severa y palabra afectuosa así les dijo:

—He pedido á Dios por vosotros. Le he rogado que os perdone, porque ignorábais la enseñanza sublime que nos dió cuando habitó entre los hombres; le he dicho que perdone vuestros pecados, que perdone vuestras faltas, así como vosotros tambien perdonareis á los que os ofendan.

—Sí, sí; perdonaremos á nuestros deudores.

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdon de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atrevereis á pedir perdon á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios tambien os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colon, le salvó de una muerte cierta.

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

Capítulo LXV.

Desventuras sin fin.

I.

La estancia de Colon y de los suyos en la costa de de la Jamaica es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo.

Es necesario reconcentrar toda la atencion para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia habia encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aun puede concebirse.

Pero un mes y otro... hasta diez... un invierno,

una primavera, un otoño... ¡Esto es el colmo del infortunio!

II.

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un sólo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo lejos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjeaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus tripulantes en playas alejadas, á las que servia de paseo á los desventurados náufragos.

III.

—¿Pero es posible que tarde tanto Fiesco?—preguntaba Bartolomé Colon á su hermano.—Por fuerza ha debido morir en la travesía.

—No,—decia el almirante,—la Providencia no lo habrá permitido.

—¿Qué significa entonces su tardanza, qué la absoluta carencia de noticias en que estamos?

—¿Por qué desesperar?

—Es que los dias pasan y se llevan nuestras esperanzas.

—Para devolvérnoslas al siguiente.

—Eres demasiado bueno, Cristóbal,—repuso su hermano.

—¡Tengo fé en Dios!

—Yo tambien, que á cristiano viejo nadie me gana; pero esto es demasiado; no hay paciencia que baste...

—Confia... espera.

IV.

Bartolomé sospechaba á veces de la lealtad de Fiesco; pero no se atrevia á comunicar sus temores á su hermano.

Un dia se resolvió al fin á confiarlas.

—Me temo que Fiesco haya desempeñado su papel con demasiada perfeccion.

—¿Qué quieres darme á entender con esas palabras?

—Que á mi juicio ha olvidado su acrisolada lealtad.

—No le conoces si dudas de él.

—Pues ¿qué pensar entonces?

—Pienso que Ovando no ha caido en el lazo que iba á tenderle para salvarnos, y le ha aprisionado para que no pueda volver á obligarnos á tomar una resolucion desesperada; ó por lo ménos, creo que, deseoso de mi ruina, ha decidido no venir en auxilio nues-

tro hasta que con arreglo á sus cálculos hayamos perecido todos.

—Eso seria demasiada inhumanidad.

—Capaz es de todo: su único deseo es que perezcamos para anunciar nuestro fin á los reyes, y pretextar que no ha podido salvarnos, porque en mi orgullo, en mi soberbia, como dicen mis enemigos, no he querido rebajarme á acudir á él.

—¿No crees que convendria que fuera yo á reclamar socorro?

—¿Y cómo?

—Como ha ido Mendez, como ha ido Fiesco.

—¡Es imposible!

—Las olas me respetarán como á ellos.

—¿Te has olvidado de que sin tí no hay nada? Mis achaques, mis pesadumbres, me tienen postrado en el lecho casi siempre; y aunque Dios me ha inspirado y me ha otorgado su inmensa proteccion para que yo pueda adquirir influencia con los indios, sin embargo, es indispensable que permanezcas á mi lado, que mis subordinados vean en tí la fuerza que me falta, que yo halle en tu cariño el aliento que sin tí y sin mi pobre hijo me habria abandonado por completo.

V.

Bartolomé no insistió.

El tiempo pasaba, y no pudiendo figurarse Colon que llevase Ovando su crueldad hasta el extremo de

abandonarle por completo, de no ir siquiera á saber si habia perecido ya, pensó que la embarcacion que con este objeto debia haber mandado, habria perecido en la travesía.

Esta creencia, que se arraigó en su alma, pareció confirmarla un suceso.

VI.

Una mañana vieron á muchos indios bajar de las montañas y acercarse á un objeto que las olas habian arrojado á la orilla, como á unas cien varas del paraje donde residian los españoles.

Los indígenas trasmitieron su sorpresa y su curiosidad á los españoles, y algunos de ellos, prévio el permiso del almirante, fueron á ver qué era.

VII.

Poco despues volvieron á participar á su jefe y á sus compañeros que el objeto que habian arrojado las olas era un fragmento de la baranda de un buque.

Algunos dias despues se vió en alta mar el casco de un buque con la quilla hácia arriba, flotando á merced de las olas.

Colon se confirmó en su creencia: aquel buque habia sido enviado para llevarlos á Santo Domingo.

En el barco se habia perdido su única esperanza.

VIII.

Un profundo desaliento se apoderó de todos.

Colon mismo no ocultaba á nadie la postracion en que cayó.

Al desaliento sucedió la más espantosa desesperacion.

—Ya lo veis,—dijo Bernardo de Valencia, no pudiendo disimular por más tiempo;—Ovando creerá que hemos salido para España en el buque que nos ha enviado, y habiéndose perdido, no nos queda más recurso que la muerte.

—Más felices son que nosotros los que se rebelaron.

—Vaya un premio que dá la Providencia á nuestra lealtad.

—A nuestra abnegacion...

—Más nos valia haber seguido la suerte de nuestros compañeros.

IX.

Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, unidos con Bernardo de Valencia, capitanearon una nueva insurreccion, que debia ser más terrible que las anteriores, porque entonces no veian la muerte como una probabilidad, sino como una consecuencia necesaria de su situacion.

X.

La chispa no tardó en comunicar el fuego á los que estaban febriles.

Otra vez más detuvo el golpe la Providencia, que siempre estaba al lado del gran hombre.

Un diálogo que van á oir mis lectores lo demostrará.